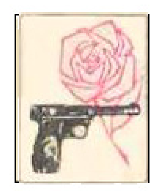


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Prohibido rigurosamente espiar, vol.1 y 2

El conflicto del Sudeste asiático requiere una especial atención por parte de los USA, y así, deciden organizar una misión de espionaje especialmente encubierta por una estratagema digna de la CIA: comprometer en esa delicada y peligrosa misión a gente ajena al espionaje, que viaja apaciblemente en el yate llamado *Manhattan*, que de apacible no tiene nada. Aquí lo que importa es conseguir el objetivo fijado, para lo cual tampoco se repara en gastos y en medios técnicos. Se espera conseguir un gran éxito con el truco del *Manhattan*, pero como era de temer, considerando el poco éxito que en general los norteamericanos tuvieron en Vietnam, la misión sufre un tropiezo inesperado: los vietnamitas tienen un ramalazo de desconfianza y capturan el yate…



Lou Carrigan

Prohibido rigurosamente espiar, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 83

Brigitte en acción - 84

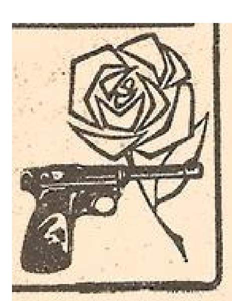
ePub r1.1

Titivillus 22.07.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

El hombre estaba tendido en una cómoda silla extensible, en la terraza del grandioso, elegante y bello *bungalow*, nada menos que en una de las hermosas y lisas playas de Gran Bermuda, del grupo de las Bermudas, de fiscalización británica.

Ante él tenía el verde mar y estaba rodeado de césped mullido, de baladres, de hermosos árboles frondosos. Al lado tenía una mesita en la que se veía un paquete de cigarrillos, una botella de buen *whisky*, un recipiente de cristal con cubitos de hielo y un vaso que contenía ambas cosas. También había una pequeña radio de bolsillo, que precisamente sonaba en aquel instante, emitiendo su llamada.

El hombre la tomó inmediatamente y la accionó.

—¿Sí?

—Gorman: ¿todo bien ahí?

—¿Bien? Yo diría que magníficamente.

—Espléndido. Estamos llegando con el coche. Y traemos el paquete. Supongo que estás en el *bungalow*.

—Desde luego.

—Pues no te muevas de ahí. Dentro de hora y media, aproximadamente, Nino y Faverec pasarán a recogerte en el coche para llevarte al aeropuerto.

—¿Y por qué tanto rato esperando?

—Porque antes de pasar a recogerte queremos dejarlo todo en orden. Primero pasaremos la carga al avión y nos aseguraremos de que todo va bien por aquí. Entonces ellos dos irán a buscarte.

—De acuerdo. Por mi parte no hay prisa, te lo aseguro. Hasta luego. Cerró la radio, la dejó sobre la mesita y tomó un vaso de *whisky on the rocks*. Bebió un buen trago, lo dejó y se dedicó a encender parsimoniosamente un cigarrillo.

Estaba ya fumando placenteramente, con los ojos entornados

bajo el refulgente cielo azul lleno de sol, cuando oyó el sonido del motor de un coche llegando al *bungalow*. A los pocos segundos, el sonido del motor cesaba, precisamente en el pequeño y circular *parking* del *bungalow*, colocado a la derecha del edificio, bajo un grupo de árboles de copa muy frondosa entre los cuales se había construido, utilizándolos como soportes, un tejado de plástico ondulado, en previsión de las frecuentes lluvias.

Gorman entornó los ojos astutamente, y su mano se hundió bajo la camisa, allá donde llevaba la pistola. No esperaba a nadie tan pronto, de modo que valía más estar prevenido…

—¡Eh! ¡Buenos días! —Oyó una voz femenina—. ¿No hay nadie en casa?

Gorman no contestó. Continuó mirando hacia el lugar por donde tenía que aparecer el intruso, sin apartar la mano de su pistola. Y la intrusa apareció pocos segundos después, mirando desconcertada a todos lados.

Apenas verla, Gorman sonrió y sacó la mano de bajo su camisa, soltando la pistola. Era lo malo de aquella profesión tan peligrosa a la que estaba dedicado: uno llega a desconfiar hasta de su propia sombra, como suele decirse. Pero, desde luego, no iba a desconfiar de aquella muchacha. No hay que llevar la cosas tan lejos. La recién llegada muchacha parecía una muñequita… Más aún: parecía un angelito de ojos azules y cabellos negros, con una deliciosa boquita sonrosada que se entreabría formando un circulito encantador. Llevaba unos *shorts* listados muy finamente en rojo y negro y una blusita de color dorado. Tan dorado como su propia piel. Caminaba tan graciosamente sobre sus zapatitos playeros, pero de tacón alto, que Gorman empezó a sonreír, encantado de la vida. ¡Aquello sí era una mujer…!

Por todo equipaje, el angelito de ojos azules llevaba un maletín rojo, con florecillas estampadas, tan azules como sus propios ojos.

Ella le había visto, por fin, y se acercó a él, sonriendo dulcemente. Se plantó delante, y Gorman permaneció sentado, en parte, por descortesía y parte por el asombro ante tanta y tan magnífica belleza. Aquella chica era… era… divina. Divina, ciertamente.

—Buenos días, señor. ¿Está usted solo?

Por fin, Gorman consiguió reaccionar.

—¿Por qué pregunta eso?

—Bueno —sonrió la divina—… Generalmente, yo suelo entenderme mejor con las señoras. No creo que mis productos interesen a los caballeros. ¿Su esposa no está, señor?

—No tengo esposa.

—Oh… Entonces he perdido el viaje…

Gorman se puso en pie y se acercó a la muchacha, sonriendo torcidamente. Tenía dos horas de tiempo, a lo mejor. Pero aunque solo fuese hora y media, no cabía duda de que podía aprovechar muy bien aquellos noventa minutos.

—No lo asegure tan pronto, nena. ¿Qué vende usted?

—Bueno… Usted se va a reír, señor.

—No, no… Le prometo no reírme. Ya sé que las damas compran muchas veces cosas absurdas. ¿De qué se trata esta vez?

—Digamos que se trata de… un elixir de larga vida.

—¿De veras? —rio Gorman.

—Entiéndalo bien, señor: el elixir asegura que…

—Verdaderamente no me interesa. —Gorman pasó la mano por el cuello de la muchacha y la atrajo suavemente, acariciando la fina piel—. De todos modos, quizás usted pueda… ofrecerme algo que sí me interese. ¿Un traguito, nena?

Ella se le quedó mirando fijamente, parpadeando mucho, como un querubín sorprendido. Por fin sonrió con gran timidez.

—Me parece que sus intenciones no son buenas, señor.

—Ya verás como sí. —Gorman se inclinó y besó en un lado el cuello de la vendedora a domicilio, que se estremeció ligeramente, pero no se resistió—… Eres una chica dócil y simpática. Quizá te compre algo.

—¿Pero no el elixir de larga vida?

—No. Eso no. —Rio Gorman—… ¡No pretendas embaucarme con tales tonterías! ¿Qué más cosas vendes?

—Se lo mostraré, señor…, si me suelta unos segundos.

—¿Unos segundos solamente? Acepto. Luego… seguiremos intimando. Te voy a preparar un…

—Primero vea mis artículos. Y ojalá sea cierto que no he perdido el viaje, señor.

—Te aseguro que algo te compraré. Aunque sea para tirarlo al mar, pero algo te compraré. Veamos qué llevas de muestra.

—Oh, sí…

La muchacha dejó el maletín sobre la mesita, lo abrió y sacó un cepillo para el cabello.

—Vaya… ¿Qué haría yo con esto? —Sonrió Gorman.

—Es muy útil para mantener limpio el cabello… Las cerdas son de nylon finísimo y especial; de una suavidad incomparable. Y vea el cuerpo del cepillo, señor: es de marfil de una sola pieza, con pequeños rubíes incrustados. Una pieza única en el mundo, se lo aseguro.

—¿Única en el mundo? ¿Y quieres venderla? Oh, vamos, vamos, nena…

—Le aseguro que es cierto. Tiene la particularidad de… Gorman pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Te lo compraré, de acuerdo. Ahora dime cómo te llamas.

—Brigitte Montfort, señor. Pero las gentes como usted me conocen en todo el mundo con el nombre de Baby.

El hombre quedó petrificado un instante, completamente aturdido, como si sus reflejos, su mente, hubiesen dejado de funcionar. De pronto respingó, soltó a la muchacha, llevó la mano bajo la camisa, iniciando un paso atrás… Se oyó un chasquido, y en el extremo ancho del cepillo capilar apareció una aguda hoja de acero, que lanzó fuertes destellos… El hombre alzó la cabeza, mientras sacaba ya su pistola. Vio los ojos de Baby fijos en él. Y vio aquella sonrisa helada, que llevó frío a su corazón.

Fue lo último que vio. La manita derecha de aquel querubín de dulcísimos ojos azules se movió velozmente, fuertemente, y la hoja de puntiagudo acero se clavó en el vientre de Gorman, con escalofriante rasgar de carne. Gorman gimió débilmente, se inclinó hacia adelante… y el acero volvió a hundirse en su cuerpo, con seco golpe, un poco más arriba que antes. La pistola escapó de los dedos de Gorman, y él habría caído al suelo si Baby no le hubiese empujado con dos deditos hacia la muy cómoda silla extensible, en la cual quedó tumbado cara al cielo el pobre Gorman, con los ojos abiertos, la boca crispada.

—Ya le dije, señor, que era un cepillo único en el mundo, pues tiene la particularidad de que, al apretar de determinado modo el mango, sale esta navaja afiladísima, que puede matar.

Pero Gorman ya no podía oír a su asesina. Tampoco podía ver el

cielo azul y restallante de sol de las islas Bermudas, tan tranquilas y hermosas, casi paradisíacas. El pobre Gorman debía de estar ya rindiendo cuentas al Diablo. Y así se quedó, cara al sol, manchada de sangre la camisa, sin acabar su último cigarrillo, ni su último *whisky*.

Baby limpió la hoja de acero, la escondió de nuevo en el cepillo, que, efectivamente, era único en el mundo, y guardó en su maletín el cepillo. Luego se fue adonde había dejado el coche, lo sacó del *bungalow*, lo dejó en el ancho camino de tierra, a unas doscientas yardas, y regresó a pie, para detenerse de nuevo ante Gorman, moviendo pesarosamente su cabecita.

—¿Lo ves, querido? Debiste comprarme el elixir de larga vida. ¿Quién sabe? A lo mejor ahora estarías vivo…

Enjugó con soda el vaso en el que había estado bebiendo el cadáver llamado Gorman, y entonces se sirvió ella media pulgada de *whisky* y echó dos trocitos de hielo. Recogió su maletín, la radio de bolsillo de Gorman y, claro está, el vaso con *whisky*. Con todo ello se encaminó directamente hacia la playa de finas arenas brillantes, dejando a Gorman descansando para siempre de esta dura y penosa vida.

Llegó a la orilla del mar, casi metiendo los piececitos en el agua. Se descalzó, se quitó la blusita dorada y los *shorts* y quedó en un despampanante bikini rojo, en cuya diminuta pieza superior, en el sujetador izquierdo se veía bordada en azul una B muy graciosa y pintoresca. B de Brigitte, o B de Baby. Cualquiera sabe…

Se tendió en la arena, y se desperezó lánguidamente. Sabía que tendría que esperar. Y, por tanto, ¿por qué no aprovechar aquellos minutos para tomar un poco de sol?

* * *

Abrió los ojos al oír el traqueteante motor de un helicóptero por encima de ella. Y tuvo que entornarlos para evitar el cegador destello del sol y poder ver el aparato. Era pequeño, de esos especiales, velocísimos, en los que había viajado algunas veces, cuando había sido llamada con urgencia a la Central de la CIA, en el condado de Langley.

El helicóptero estaba descendiendo, pero ella no se movió. Sabía

que en aquel aparato solo podían llegar amigos de la agente Baby. Pero, pensándolo mejor, y por si acaso, sacó su pistolita de cachas de madreperla del maletín, y continuó luego tumbada tranquilamente, aunque un poquito enfadada. ¿Qué ocurría? ¿Acaso había pedido ella ayuda? ¿Por qué la venían a fastidiar?

Por fin, el helicóptero se posó en la playa, a unas cincuenta yardas de la más hermosa e implacable espía del mundo. Las aspas dejaron de girar, e inmediatamente un hombre saltó a la arena, dejando estupefacta a Baby.

¿Qué habría ido a hacer tío Charlie a las Bermudas?

¿Y por qué tanta prisa? ¿Por qué corría tío Charlie con tanta precipitación, como un simpático mono calvo, agitando los brazos…?

¿Creía acaso que ella no lo reconocía y que iba a dispararle?

Charles Pitzer llegó ante la tumbada y soleada espía, jadeando por la corta carrera sobre la arena, y haciendo perentorios gestos con una mano.

—¡Brigitte, vámonos… ahora mismo! —exclamó.

—¿Qué ocurre, tío Charlie? ¿O es que estoy dormidita, soñando, y usted está en Nueva York? Claro… Esto tiene que ser una pesadilla horrible…

—¡Déjese de tonterías! ¡La están esperando en Washington con la máxima urgencia!

—Por el amor de Dios… La CIA es muy desconsiderada conmigo, tío Charlie. Regreso de Andina y me envían a las Bermudas. Y aún no he terminado en las Bermudas cuando…

—¡No hable más y vámonos!

Brigitte se puso en pie, desganadamente.

—¿Quiere esperar aquí un minuto, tío Charlie?

—Si es solamente un minuto, de acuerdo. ¡Pero solo un…!

Brigitte ya se alejaba, caminando graciosamente sobre la caliente arena, hacia el helicóptero. El hombre que lo pilotaba había saltado a la arena y estaba fumando un cigarrillo. Pitzer vio a Brigitte llegar junto al piloto, decirle algo y luego besarle en una mejilla. El hombre sonrió, tiró el cigarrillo a la arena, subió al helicóptero, y cuando Brigitte se hubo apartado lo conveniente, puso en marcha el aparato; las hélices comenzaron a girar…

Pitzer enrojeció intensamente, tan encolerizado que su presión

arterial debió de llegar a un límite muy peligroso.

—¡Pero qué demonios…! —Estalló, en un alarido—. ¡Eh, Simón! ¡Simón, aterrice de nuevo o…!

Pero el helicóptero se iba elevando más y más… Y cuando Pitzer llegó junto a Brigitte, el aparato era ya una mancha en el cielo, cada vez más pequeña, más distante…

—¿Está loca? —Aulló el jefe de la CIA en Nueva York—. ¡Ese aparato lo necesitamos para volver a Washington! ¡Ya atraparé yo a ese idiota y le… le…!

—Tío Charlie, si vuelve a insultar a uno de mis muchachos, le aplicaré un golpe de karate que se quedará inválido —sonrió Brigitte—. Volvamos a tomar el sol.

—¡Usted está loca! ¡Nos están esperando en…!

—Y si me insulta a mí le cortaré una oreja… O mejor, la lengua. ¿Quiere hacer el favor de callarse unos minutos, amor? Me encanta tomar el sol en paz. Si tiene algo que decirme, que sea con calma, con modales de caballero. ¿Entendido?

Volvió a donde tenía su maletín y se tumbó en la arena, tranquilamente.

Pitzer se fue tras ella, refunfuñando por lo bajo, crispado el rostro en una mueca de furia. Pero cuando se sentó en la arena y vio el espléndido cuerpo de la espía a su alcance, se calmó más que mucho. Brigitte abrió un ojito, y sonrió.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció.

—No. Tenemos que…

—Ssssttt… Ni una palabra más durante quince minutos, se lo suplico, tío Charlie.

Volvió a cerrar el ojito y se quedó inmóvil, sonriendo bajo la caricia del sol. Pitzer volvió a enrojecer, abrió y cerró varias veces la boca y, por último, la dejó cerrada, con gesto furioso. No le habría sorprendido nada que la agente Baby se hubiera quedado dormida al sol, con toda su desfachatez habitual…

Quince minutos más tarde, ni un segundo más ni un segundo menos, Baby abrió los ojos y se sentó en la arena.

—Qué día tan espléndido de sol —comentó—… ¿Tenía usted algo que decirme, tío Charlie?

—El helicóptero que usted ha devuelto a la Central pasó a recogerme esta mañana a Nueva York. De allá vinimos a las

Bermudas, directamente a este *bungalow* adonde usted fue enviada hace dos días para solucionar el asunto. Pero ocurre que los hombres de este *bungalow* no merecen la intervención de la agente Baby. Otros agentes de la CIA terminarán ya el trabajo. Están en camino. Mientras tanto…

—¿Terminar otros agentes un trabajo empezado por mí? Eso no ocurrirá jamás, a menos que yo esté imposibilitada de hacerlo. Tengo todo el engranaje final en marcha y…

—Brigitte, se lo suplico, atiéndame. El caso es urgentísimo. Usted ya ha sido oficialmente relevada de esta misión. Tenemos que ir a la Central inmediatamente, donde le están esperando toda una serie de datos, fotografías, instrucciones… ¡Es un caso gravísimo! Y ahí sí que precisamos realmente a la agente Baby.

—¿De qué se trata?

Mientras hacía la pregunta, Brigitte había sacado su relojito del maletín, y frunció el ceño al ver la hora.

—Una docena de muchachos…

—Vamos hacia la casa. Pero siga… Siga hablando, por favor.

Recogió sus cosas de la arena y se incorporó, echando a andar hacia el *bungalow*, con Pitzer a su lado, llenándose los zapatos de arena, furioso por la movilidad de la espía, que parecía no hacerle mucho caso; esa era la verdad.

—Una docena de muchachos americanos que estaban dando la vuelta al mundo han sido apresados por los norvietnamitas, frente a las costas de Vietnam del Norte. El yate en el que viajaban, llamado *Manhattan*, estaba…

Charles Pitzer enmudeció bruscamente y palideció un poco al llegar a la terraza y ver allí, cómodamente muerto de dos cuchilladas, al hombre que parecía estar tomando el sol.

—Se llamaba Gorman —dijo Brigitte—. Tuvo la mala idea de no comprarme mi elixir de larga vida. Aunque… He estado pensando sobre eso, y me parece que no le habría servido de nada… ¿*Whisky*, tío Charlie?

—Emmm… Sí. ¡Sí, sí, creo que… que voy a tomar un buen trago de *whisky*!

—Hágalo directamente de la botella…, a menos que usted mismo no quiera ir a buscarse un vaso.

—Beberé de la botella…

Y, en efecto, bebió un buen trago. Dejó la botella, tosió, miró el cadáver, y de nuevo a Brigitte, que se había sentado en otra silla extensible, dejando el maletín junto a ella.

—¿Lo ha matado usted? —musitó Pitzer.

—Desde luego. Él, así como los hombres que componen su grupo, no merecen la vida, puesto que solo la encaminan a perjudicar a sus semejantes. Siéntese, tío Charlie.

—Brigitte, debemos marcharnos ahora mismo. Deje esto. Ya le he dicho que otros agentes han salido ya hacia las Bermudas; ellos terminarán el trabajo…

—De ninguna manera. Oh, vamos, tío Charlie, usted sabe muy bien que yo me las arreglaré para llegar a Washington antes que el helicóptero, de modo que déjeme terminar a satisfacción este asunto. Además, tendrá usted la suerte de ver actuar a Baby a lo vivo, no por fotografías o informes. Y eso, querido, es algo que muy pocos hombres que lo hayan conseguido pueden decirlo, porque están muertos. ¿De qué me estaba usted hablando?

Capítulo II

—De doce muchachos que… ¿Qué está haciendo ahora?

—No se preocupe. Siga, siga, tío Charlie.

Brigitte había abierto de nuevo el maletín y había sacado un aparato metálico, plano, con un pequeño cuadrante de cristal en el que se veía una flechita. Lo dejó sobre la mesita, tras apretar un pequeño botoncito rojo. No ocurrió nada, lo cual pareció satisfacer a la espía. Luego sacó su pistolita y se la sujetó con esparadrapo en el muslo derecho, en su parte posterior, cerca de la nalguita. En menos de quince segundos quitó una pieza de la radio de bolsillo de Gorman y lo tiró todo, indiferente, entre unas matas de baladre cercanas. La radio, simplemente, había sido estropeada, de modo que si alguien llamaba, así lo comprendería y no se alarmaría por el hecho de que Gorman no contestase.

Finalmente, Brigitte encendió un cigarrillo, volvió a sentarse, con cuidado de no lastimarse la pierna con la pistolita, y se quedó mirando a Pitzer, alzando las cejas.

—¿Y bien, tío Charlie?

—¿Qué…?

—¿Se ha quedado mudo? —rio Brigitte.

—No… Bueno, sí… De asombro y admiración. Está usted bellísima, adorable, divina, maravillosa. Si usted quisiera, yo…

—¿Ese es el asunto urgente que le ha traído a Gran Bermuda?

—Sí… ¡No! —Pitzer respingó fuertemente, y su rostro se ensombreció—. ¡Claro que no era este el asunto! Le estaba diciendo que tenemos que marcharnos enseguida a la Central, y que…

—Y que otros chicos de la CIA están en camino, etcétera, etcétera, etcétera… Lo que me interesa es eso de los doce muchachos americanos que han sido apresados por los norvietnamitas. Supongo que no eran soldados, si iban en un yate.

—No… No eran soldados.

—Entonces, ¿qué hacían por esos lugares tan peligrosos?

—Bueno… Ellos… viajaban. Estaban dando la vuelta al mundo para aprender cosas…

—¿Y fueron a Vietnam a aprender cosas? ¿Qué cosas?

—Pues… de todo. Demonio, cuando uno da la vuelta al mundo es para conocer todo el mundo, ¿no?

—Así debería ser. Muy bien: doce muchachos americanos están dando la vuelta al mundo en un yate llamado *Manhattan*, llegan frente a las costas de Vietnam del Norte, allá son apresados por los servicios de vigilancia costera norvietnamita, y… ¿Y qué? ¿Cuál es el problema? No creo que los norvietnamitas quieran complicarse la vida con esas cosas, tío Charlie.

—¿Eso cree? Pues sepa que no quieren soltarlos.

—¿Cómo? —Musitó Brigitte—. ¿Por qué no? ¿Con qué derecho se quedan con esos muchachos americanos?

—Los… los acusan de espionaje.

Brigitte frunció el ceño; por un instante, su dulce mirada azul se endureció.

—¿Y no es cierto? —murmuró.

—Desde luego que no. Sepa que las edades de esos muchachos oscilan entre los diecisiete y veinte años…

—Yo hice mi primer trabajo de espionaje a los dieciséis, tío Charlie —recordó Brigitte.

—Bueno… Oh, vamos, no querrá comparar a Baby con cualquier otro espía del mundo, Brigitte. Usted es un caso completamente fuera de lo común. Además, aquel fue un trabajo aislado que…

—Tío Charlie —cortó secamente Brigitte—: ¿son o no son espías nuestros esos doce muchachos americanos?

—Le juro que no. Son chicos universitarios, todos ellos muy inteligentes… Por supuesto, sus padres son todos personajes muy importantes del país. Millonarios… Quiero decir, multimillonarios, claro. Aparte de sus grandes cantidades de dinero, poseen… enormes influencias en todas las esferas importantes…

—Y la CIA no quiere que esos padres se enteren de lo sucedido.

Pitzer casi estaba sudando.

—Así es —murmuró.

—¿Los vietnamitas no han hecho pública su… hazaña?

—Todavía no. Pero quizá lo digan de un momento a otro. Y eso,

como comprenderá, no nos interesa.

—Temo que no acabo de comprender, tío Charlie. ¿Qué culpa tiene la CIA de lo sucedido? ¿Por qué preocuparnos por algo en lo que, según me asegura usted, no tenemos nada que ver?

—Bueno… Verá cómo ocurrieron las cosas: el rector de la Universidad fue quien propuso esa vuelta al mundo a los muchachos que podían… atender los gastos de esos estudios especiales. Los padres de todos esos muchachos aceptaron encantados la idea, sin preocuparse por los gastos que pudiera ocasionar tal viaje alrededor del mundo. Lo importante era que los muchachos, además de aprender cosas en los libros, las aprendiesen en el propio mundo en que vivimos, de tal modo…

—Tío Charlie, sé que viajar instruye mucho. Pero se me está ocurriendo una cosa: esos doce muchachos… ¿se fueron ellos solos a dar esa vuelta al mundo en un yate?

—No… Claro que no…

Tit, se oyó. Brigitte miró hacia el aparato del botoncito rojo.

—Siga —musitó.

—Bueno… Naturalmente, ese yate precisaba de una tripulación experimentada, ¿no cree?

—Por supuesto. Tit-tit…

Ahora fue Pitzer quien miró hacia el aparato del botoncito rojo. La aguja se había movido, señalando hacia la carretera. Y la señal iba siendo cada vez más seguida y más clara.

—Parece que tiene usted localizado a alguien…

—Así es. Se están acercando, según parece. Son bastante puntuales. Dígame: ¿qué clase de tripulación colocaron en el yate *Manhattan*? ¿Gente de confianza?

—¡Naturalmente!

—¿Cuántos hombres?

—Cuatro. Cuatro marinos expertísimos, curtidos en todos los mares, conocedores de todo el mundo.

—¿Exalumnos de esa Universidad, quizá?

—Pues… uno de ellos, sí, en efecto.

—¿Y los otros?

—Todos son exuniversitarios, desde luego.

—Ya veo… ¿Y a qué se dedican ahora, profesionalmente, esos cuatro hombres que tripulan el yate *Manhattan*?

—Bueno… Ellos… ellos son ahora… agentes de la CIA.

Brigitte se quedó mirando hoscamente a Charles Pitzer, que se mordía los labios y desviaba la mirada, no poco mortificado. Sabía muy bien lo que Brigitte Montfort estaba pensando.

Tit-tit-tit-TIT-TIT-TIT…

—Será mejor que se esconda por ahí —dijo secamente Baby—… Pronto tendremos visita.

—Brigitte, no quiero que se arriesgue ahora en una cosa mucho menos importante que lo del yate *Manhattan*. En Washington…

—En Washington tendrán que esperar. Se me asignó una misión, y yo voy a terminarla. Esos hombres no llevarán los isótopos a Estados Unidos. ¿Está claro, tío Charlie?

—Pero es que otros agentes…

—Cuando esos otros agentes llegasen a las Bermudas, esos hombres ya estarían volando hacia Estados Unidos. Escóndase.

Pitzer miró hacia el aparato, que emitía ahora la señal con gran fuerza. Hasta el punto de que Brigitte volvió a oprimir el botoncito rojo, y el aparato quedó silencioso. No menos silenciosamente, el jefe de la CIA en el sector de Nueva York se puso en pie y se dirigió hacia unas matas, llevando la mano derecha al interior de su chaqueta…

—No quiero que intervenga —dijo Brigitte—. A menos que sea del todo y absolutamente necesario.

—Está bien. Tenga cuidado…

—Lo dicho —sonrió duramente Baby—: usted todavía no me ha visto de verdad en acción, tío Charlie. Pórtese bien, muy calladito. Vea y oiga; eso es todo.

Casi no había tenido tiempo Pitzer de esconderse entre las matas cuando se oyó la llegada del automóvil, el frenazo. El motor se paró…

—¡Gorman! —Llamó alguien—. ¿Estás listo? ¡Vámonos!

Brigitte permaneció sentada, impávida, fumando, fijos sus ojos en el lugar por donde, lo sabía muy bien, iban a aparecer pronto dos hombres. Y así fue, apenas cinco segundos más tarde. Los dos tenían fruncido el ceño y miraban con disgusto a todos lados.

—Gorman —insistieron—. ¿Qué demonios…?

La vieron los dos a la vez y se detuvieron en seco. Sus ceños se fruncieron aún más. Luego reanudaron la marcha hacia la terraza.

Brigitte se puso en pie y señaló hacia la extensible donde estaba Gorman, dando la espalda a los recién llegados, Nino y Faverec.

—Está aquí —dijo, tímidamente—… Estábamos bebiendo, y de pronto se sintió mal. Quise llevarlo a algún sitio, pero me… me dijo que pronto vendrían unos amigos que…

Uno de ellos se adelantó, mirando fijamente a la bellísima muchacha en bikini, que parecía muy asustada. El otro quedó más atrás, desconfiado y alerta, pero sin sacar su pistola. Ninguno de los dos, al parecer, quería ponerse en evidencia, puesto que no parecía necesario.

Nino, el más adelantado, hizo la pregunta mientras desviaba la mirada hacia Gorman:

—¿Quién es usted y qué hace en este…?

—Soy Baby.

La respuesta de la divina espía llegaba al mismo tiempo que Nino veía el ensangrentado pecho de Gorman, su lívido rostro rígido… Lanzó una exclamación, tanto por aquel fúnebre espectáculo inesperado como por la no menos inesperada revelación de la muchacha. Su mano se hundió prestamente bajo la chaqueta…

Brigitte dio un tironcito de la pistolita que llevaba pegada al muslo, la alzó y apretó impávidamente el gatillo.

Plop.

Nino recibió el balazo en el centro de la frente, saltó hacia atrás como disparado por potentes muelles…, y todavía estaba cayendo, y sacando su pistola el demudado Faverec, cuando la diminuta arma con cachas de madreperla volvía a disparar.

Plop.

Faverec recibió la bala en el centro del corazón, justo cuando Nino acababa su corto vuelo, ya muerto. Una balita diminuta, que rozó la mano que penetraba bajo la chaqueta en busca de la pistola… Una pequeña balita que detuvo en seco el corazón de Faverec, quien osciló hacia atrás, cayó de rodillas y luego de bruces. *C'est finie!*

Brigitte fue al cenicero, apagó allá su cigarrillo, recogió el aparato del botoncito rojo y lo metió en el maletín, junto con la pistolita. Mientras, se ponía la blusita dorada y los *shorts,* Charles Pitzer reapareció en la terraza y tuvo tiempo de examinar

brevemente a los dos hombres.

Cuando Brigitte terminó y su manita asió el maletín, Charles Pitzer la estaba mirando, un poco pálido, impresionado.

—¿Siempre…, siempre trabaja así?

—Siempre, querido. Cuando no hay dudas de que alguien merece la muerte, yo lo mato. ¿Nos vamos?

—¿No tiene… nada más que hacer, o esconder los cadáveres, o cualquier cosa…?

—¿Para qué? ¿Acaso no nos vamos de las Bermudas?

—Pero sin helicóptero…

—Su imaginación es muy pobre, querido tío Charlie… ¿Cómo pensaba usted que yo iba a abandonar las Bermudas? ¿A nado? Vamos: nos está esperando un coche muy cerca de la casa, con el cual iremos al aeropuerto, donde nos está esperando una velocísima avioneta, que, previos ciertos detalles finales de este trabajo de Baby, nos llevará en poco más de dos horas a Washington. ¿Satisfecho?

Pitzer se pasó la mano por la frente, miró a los tres hombres, luego a Brigitte y asintió con la cabeza.

—De acuerdo —susurró—… Nunca me ha gustado luchar contra un huracán, querida.

* * *

Subieron los dos a la avioneta, acomodándose Brigitte ante los mandos. Pero no la puso todavía en marcha, sino que tomó los prismáticos que tenía a su alcance y se dedicó a mirar con ellos, a través del cristal de la carlinga, hacia otro aparato situado unas trescientas yardas más allá, en otra pista. También era una avioneta, pero más grande y potente.

Cuando hubo mirado a su satisfacción tendió los prismáticos a Pitzer.

—¿Quiere mirar, tío Charlie? Es la avioneta llamada *The Red Bird*, roja y blanca. ¿La ve?

Pitzer estaba mirando y asintió.

—Sí… Hay un hombre junto a ella. Parece que está esperando algo… Mira con impaciencia su reloj…

—Hay dos más arriba, ya en la avioneta. El que está en tierra se

llama Fimballon, y está esperando a Gorman, Nino y Faverec. Naturalmente, ellos no llegarán, y Fimballon subirá a la avioneta, preocupado, o mejor dicho, asustado, y se irán de aquí, hacia Estados Unidos, llevando en la avioneta esos isótopos.

—Si sabe dónde piensan aterrizar podríamos llamar a la Central para que los estuviesen esperando…

—No. No sé dónde van a aterrizar. Pero tampoco me importa. Ya verá cómo Fimballon no espera más de diez minutos, como máximo. Dejará que sus amigos se las arreglen solos. A fin de cuentas, no son aficionados en estas cosas y saben que lo primero es lo primero…

—Ahora está llamando por una radio de bolsillo…

—Oh, sí. Solo que Gorman no podrá contestar, porque su radio está estropeada. Y porque está muerto, claro. No sé si los otros llevaban radio… ¿Se fijó usted, tío Charlie?

—No… ¿Cómo pudo usted olvidar ese detalle?

—La verdad es que no me interesa. ¿Qué decía usted respecto a esos cuatro hombres de la CIA que componen la tripulación del yate llamado *Manhattan*? Deme los prismáticos y seguiremos conversando mientras usted me explica bien el asunto.

Pitzer le entregó los prismáticos, y Brigitte continuó vigilando las actividades del llamado Fimballon, cuya impaciencia era notoria.

—Bien… Creo que todo está dicho —carraspeó Pitzer—… Esos cuatro tripulantes son de la CIA. ¿Qué más puedo decir?

—Puede decirme, por ejemplo, si estaban en… «funciones» al ser apresados en aguas norvietnamitas.

—Bueno… No exactamente. Lo cierto es que todos los que viajan en ese yate no se dedican de un modo claro al espionaje…

Brigitte bajó los prismáticos y miró enfurruñada a Pitzer.

—¿Qué le pasa a usted? —refunfuñó—. ¿Acaso pretende enviarme otra vez a Vietnam sin decirme la verdad, sin darme todos los informes completos y verídicos?

—Me dijeron que se los facilitarían en la Central…

—¿Y por qué perder tiempo? Dígame usted todo lo que yo necesito saber, y así, cuando lleguemos allá, solo tendré que seguir viaje a Vietnam.

—Y recoger antes unos documentos, informes escritos…

—Por Dios, tío Charlie, ya sé todo eso. ¿Quiere explicarse de una vez?

—De acuerdo. —Pitzer suspiró profundamente—. La verdad es esta, Brigitte: ese yate, todo él, es un espía.

Brigitte, que estaba mirando de nuevo con los prismáticos, se incorporó vivamente, interesada.

—Nuestros amigos emprenden el vuelo. Y nosotros saldremos dentro de un minuto.

—Pero si esa avioneta es más rápida que esta no podremos alcanzarlos ni saber adónde van…

—Siga con eso del yate espía. ¿En qué consiste?

Puso en marcha el motor, precalentándolo. La otra avioneta se deslizaba ya por la pista…

—La idea partió de la Central —musitó Pitzer—… Consistía en enviar un yate en apariencia inofensivo, con unos estudiantes que daban la vuelta al mundo, disfrutando de la vida. Pero, al mismo tiempo, iban en el yate cuatro de nuestros mejores hombres, encargados de espiar completamente toda la costa norvietnamita. Es un modo de disimular las verdaderas actividades del yate, eso de ir en viaje de estudios…

—Siga, siga.

La otra avioneta estaba ya en el aire, y Brigitte maniobraba con la suya para alzar también el vuelo…, cosa que hacía segundos después, tras lo cual, el tranquilizado Pitzer proseguía su interrumpida explicación.

—Pues bien… El problema está en recuperar a esos muchachos y a nuestros cuatro agentes. Y mucho tememos que los norvietnamitas no estén dispuestos a entregarlos fácilmente. Según informó nuestro agente principal en Vietnam del Norte, están acusados de espionaje.

—Todos los americanos que están en el extranjero son acusados de lo mismo. Igual ocurre con los rusos. Nos presentan a un ruso en una cena diplomática, y en el acto pensamos que es un agente de la MVD. Pero eso, querido, hace falta probarlo… ¿Acaso esos muchachos inocentes o nuestros cuatro agentes, ya no tan inocentes, llevan pruebas de que son espías? No creo que tengamos que preocuparnos tanto, tío Charlie.

—Pero… convendría sacar de Vietnam a esos chicos antes de que sus padres se den cuenta de lo que ocurre, antes de que sepan

nada.

—Los norvietnamitas los soltarán pronto, ya que no encontrarán ninguna prueba de espionaje.

—Si no los recuperamos pronto, sus padres pondrán el grito en el cielo. La nación entera se va a estremecer cuando ellos empiecen a lanzar sus gritos de ira.

—Ya entiendo. ¿Sabía el rector de la Universidad el… alcance de ese viaje?

—Bueno… Realmente…

—Entiendo: el rector es de los nuestros. ¿No es así?

La avioneta estaba ya muy alta sobre el mar, volando a toda velocidad tras la otra, que se iba empequeñeciendo en la distancia…

—Sí… Así es.

—Mal asunto para él, si la cosa trasciende. Y muy mal asunto para la CIA, ¿no es cierto, querido? Hace ya casi un año me jugué la vida para demostrar al mundo que la CIA no utilizaba a sus jóvenes universitarios en el espionaje[1]. Y no lo pasé muy bien, precisamente. Ahora me sale usted con que la CIA sí utiliza a sus universitarios en el espionaje internacional, nada menos.

—Bueno…

—Esperemos, sin embargo, que los norvietnamitas no encuentren ninguna prueba a la que aferrarse y no pase nada. No me parece que la cosa sea tan importante como para movilizar sin descanso a la agente Baby, tío Charlie.

—Ellos, tanto nuestros hombres como esos doce muchachos, no llevan nada comprometedor, es cierto.

—Entonces no pasará nada y quedarán libres, sin más consecuencias, antes de que los padres de esos chicos empiecen a lanzar sus gritos de ira.

—Es que… ya le he dicho que todo el yate es un espía.

—No sé si comprendo, querido.

—Todo el yate está equipado de un modo… especial. Para un observador normal, es un yate corriente, por supuesto. Pero mucho nos tememos que los servicios de contraespionaje norvietnamita, sin duda asesorados por rusos o chinos, o ambos, encontrarán pronto los equipos especiales.

—¿Qué equipos especiales?

—Telecámaras, sonar miniatura de rastreo ultrasensible, radar; naturalmente, radio de onda ultracorta, dispositivos de escucha a larga distancia con grabación de esos sonidos… En una sola pasada, el yate *Manhattan* puede conseguir una información tal que harían falta doscientos de nuestros mejores hombres para obtenerla. Es… el último grito del espionaje norteamericano. Aparatos nuevos, sistemas nuevos… Los cuatro agentes que tripulan ese yate han vivido día a día su construcción, han sido entrenados especialmente para utilizar todos esos aparatos de técnica moderna, desconocidos por el mundo. Ni siquiera los rusos tienen idea de hasta dónde hemos llegado en nuestra inventiva electrónica para el espionaje. Si se quedan con ese yate, podremos decir que habrá ocurrido un desastre terrible para la CIA.

Brigitte miraba incrédulamente a Pitzer.

—¿Y han utilizado a doce muchachos inocentes para llevar a cabo ese proyecto? —musitó.

—Bueno… Había que darle el máximo aire de inocencia al yate *Manhattan*…

—Pero… pero… ¡Ustedes son todos unos cochinos, tío Charlie! ¡Por Dios! ¿Cómo han sido capaces de cometer esa canallada con doce muchachos que deberían estar tranquilamente estudiando en su Universidad? ¡La vuelta al mundo en viaje cultural, en pleno curso universitario…! ¡Cochinos! —Brigitte estaba seriamente disgustada—. ¡Cochinos y cien veces cochinos todos ustedes! ¡Doce chicos que…!

—No se ponga así conmigo —gruñó Pitzer—… La idea no fue mía, al fin y al cabo.

—¿Qué más da? ¡Todos ustedes son iguales! ¿Acaso no hay suficientes espías profesionales en Estados Unidos? ¿Por qué tenían que utilizar a esos muchachos?

—La inocencia de un viaje instructivo…

—¡Cochinos! ¡Ah, si por mí fuese, ahora mismo avisaría a los padres de esos muchachos…! ¡Ya lo creo que les avisaría! Pero mucho me temo que eso solo serviría para empeorar las cosas.

—Sin duda… Por eso hemos pensado que usted debería ir allá a intentar recuperar el yate…

—¿El yate o a esos doce muchachos?

—Bueno… Ambas cosas son igualmente interesantes… No, no,

no he querido decir eso, no me mire así… Pero ese yate…

—Tío Charlie, voy a decirle algo: iré a Vietnam del Norte, seguiré las instrucciones que dentro de poco me serán entregadas en la Central, me jugaré la vida una vez más…, pero será en beneficio de esos muchachos inocentes. ¿Está claro?

—Pero el yate-espía… Si los rusos o los chinos lo examinan descubrirán todos nuestros sistemas de espionaje electrónico…

—Al demonio el yate. Si puedo lo recuperaré. Pero no pienso arriesgar ni una sola vida por él. ¡Ni una sola, ¿se entera?!

—Cálmese… Por favor, Brigitte, cálmese… Sabemos que usted conseguirá… lo mejor que pueda conseguirse. Por eso ha sido elegida…

Emmm… Hablando de otra cosa: ya no se ve la otra avioneta… ¿Seguro que no sabe adónde van ellos?

—Sí lo sé: ¡al infierno!

Abrió el maletín, sacó un aparato, movió el dial hacia la derecha…, y por delante de ellos, muy lejos, se vio una llamarada roja y negra, como una bola de fuego rodeada de humo… Una bola de fuego que cayó velozmente hacia el mar, dejando una estela de negro humo muy espeso, visible desde larga distancia… Luego, nada. Cuando pasaron por allá, parecía que nada hubiese ocurrido. El mar seguía en calma, tras engullir los restos del siniestrado aparato.

Brigitte guardó el radio-detonador a distancia y miró enfurruñada a Charles Pitzer.

—Unos cochinos —insistió—… Todos ustedes son unos malditos cochinos.

Y la avioneta siguió vuelo hacia la Central de la CIA. Y desde luego, Baby había terminado también aquella misión. No faltaría más.

Capítulo III

Durante casi cinco horas, la agente Baby estuvo recibiendo toda clase de instrucciones e informaciones en la Central de la CIA Transcurridas estas, un avión especial la llevó de Washington a Los Ángeles, California, adonde llegaron a primeras horas de la mañana siguiente.

En Los Ángeles, la señorita Montfort tenía pasaje de primera especial en un jet velocísimo de una línea regular de pasajeros. Siguiente destino: Honolulú, en las Hawái. Allí, aquella misma noche, fue recogida por un ultrasónico caza de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que la trasladó a Wake Island, encima de las Marshall Island, a una base norteamericana; allá, el caza yanqui repostó y fue rapidísimamente revisado por media docena de técnicos expertos. Una hora después de aterrizar en Wake Island, con el tiempo justo de comer algo, el caza reemprendía el vuelo. Destino: Saigón, Vietnam del Sur.

De este modo, en treinta y seis horas aproximadamente, la espía recorrió casi catorce mil millas, en una singladura aérea que habría alterado los nervios de cualquier persona normal, dada la urgencia del caso.

Sin embargo, cuando finalmente descendió del caza en Saigón, la espía internacional tenía todo el aspecto de llegar de una vueltecita deportiva aérea.

Y allá, en la base norteamericana, la estaban esperando cuatro hombres. Uno de ellos, un coronel del Marine Corps, tenso el rostro, y que pareció muy decepcionado al ver a la persona que debía resolver el peliagudo problema de la captura del yate-espía llamado *Manhattan*.

¿Casualidad? ¿Era casualidad que aquel proyecto de espionaje modernísimo, con los mayores adelantos electrónicos desconocidos todavía en el mundo, llevase el mismo nombre que el ya anciano

«Proyecto Manhattan», precursor del lanzamiento de la primera bomba atómica?

El coronel yanqui tuvo muy poco tiempo para mostrar su decepción. Ni siquiera fue presentado a la espía; una vez comprobado que todo había ido bien hasta allí, el militar se retiró, y Brigitte Montfort, alias Baby, quedó en compañía de los tres hombres de paisano. ¿Sus nombres?: Simón I, Simón II, Simón III. Nombres que parecían de reyes, pero que eran, simplemente, de espías, de acuerdo a la denominación que Baby daba siempre a sus colaboradores en una misión.

Fue llevada a un coche, que partió inmediatamente, alejándose de la base americana.

Y ya dentro del coche, la espía miró a Simón I.

—¿Cómo está la situación? —preguntó.

—Pésimamente. Han transcurrido cuarenta y ocho horas desde que el *Manhattan* fue capturado, y mucho nos tememos que los vietnamitas se decidan en cualquier momento a darlo a conocer al mundo.

—En cuyo caso no habría posibilidad de intervención por parte de la CIA —musitó Brigitte.

—Sería catastrófico. La notificación al mundo de esa captura nos colocaría en una situación difícil…, a menos que los *viets* no pudieran mostrar el yate. Si ese yate lo… recuperamos, ellos podrán decir lo que quieran, y a nosotros nos bastaría con desmentirles, con decir que eso ha sido un sueño producido por el opio.

—No va a ser fácil rescatar ese yate, Simón.

—¿Fácil? —rio ásperamente Simón II—. Yo le hago ahora mismo una apuesta, Baby: si sacamos ese yate del pequeño puerto-embarcadero de Vinh, donde está ahora, me hago monje budista.

—No es una gran apuesta —sonrió Brigitte—… Se sabe que muchos americanos han hecho eso, Simón.

—Bueno… Pues digamos entonces que si conseguimos sacar ese yate de Vinh, yo me dedico a cazar tiburones a manos limpias.

—Eso ya es una apuesta seria. Aceptada.

—¿Cómo? ¿Acepta? —exclamó Simón II.

—Bien entendido que yo me comprometo a quitarles de las manos a los *viets* ese yate. Y siempre y cuando la captura no haya sido notificada al mundo. Simón: ya lo veo a usted en la barriga de

un tiburón.

Los tres espías se miraron entre sí, asombrados y divertidos, utilizando el espejo retrovisor aquel que llevaba el volante.

—Bien —musitó Simón I—… Es reconfortante su buen humor, Baby. Pero insisto en que la cosa está francamente mal. Y ha empeorado por el hecho de que dos de nuestros cuatro hombres que iban en el yate han escapado.

Ahora fue Brigitte quien se sorprendió.

—¿Está seguro? ¿Han podido escapar de un yate rodeado de norvietnamitas por todas partes…?

—No me pregunte cómo lo han hecho. Pero, lo han hecho. Uno de ellos está bien; el otro tiene dificultades de visión.

—No comprendo…

—Les dispararon, naturalmente. Una de las balas dio en la cabeza de nuestro compañero, y parece que ha producido trastornos visuales. Desprendimiento de retina, o algo así… ¡Yo qué sé!

—¿Cómo están informados de todo esto? ¿Tenemos más compañeros allá, en Vinh?

—Ninguno más. Pero sí algunos agentes vietnamitas. Usted tendrá ocasión de conocer, si no la matan antes, al más importante de nuestros colaboradores vietnamitas. Se llama Din Peih. Pronto le enseñaremos una fotografía de él para que pueda reconocerlo en el momento oportuno.

—Si llego viva a Vinh, ¿no? —Sonrió Brigitte.

—Eso es: si llega viva a Vinh.

—Bueno… La cosa no está tan mal como parece, Simón, creo yo.

—¿De veras? ¿Qué ve de bueno en todo esto?

—Digamos que la huida de esos dos compañeros nuestros nos garantiza el silencio de los norvietnamitas respecto a la captura del yate *Manhattan*.

—¿Por qué motivo?

—Los norvietnamitas, naturalmente, asegurarán que el yate fue capturado en aguas jurisdiccionales suyas. Sin embargo, hay dos hombres fugados, escondidos en cualquier parte, que quizá tengan algo que decir al respecto. ¿No creen?

De nuevo se miraron los tres espías.

—Santo cielo… ¡Es cierto! Si conseguimos rescatar a nuestros dos compañeros podremos desmentir las afirmaciones de los *viets*.

Es evidente que nuestros compañeros dirán que el yate estaba en aguas internacionales…

—Todo eso está muy bien —dijo Simón III, al volante—. Pero… ¿qué dirán los catorce americanos que quedan prisioneros en el yate? Os aseguro que un lavado de cerebro haría decir tonterías hasta al presidente de los Estados Unidos. Y esos muchachos, tan jóvenes, encerrados ya durante dos días con expertos en interrogatorios… Quizá nuestros compañeros resistan incluso una semana. Pero esos chicos… Son casi unos niños. Les lavarán el cerebro con la misma facilidad con que nosotros nos lavamos las manos. Así de fácil.

—¿No está exagerando la capacidad de contraespionaje de los norvietnamitas, Simón? —musitó Brigitte.

—¿La de los *viets*…? Oh, sí, quizá la de ellos sí. Pero ¿qué me dice de los chinos, y de los rusos? Tenemos casi la certidumbre de que están atizándose palos unos a otros para conseguir la primacía en interrogar a esos muchachos; además, evidentemente, tanto el Servicio Secreto chino como la MVD soviética harán lo imposible por apoderarse del yate. De momento, sabemos que hay un destructor chino cerca de Vinh, en aguas internacionales. Y si las noticias del norte de China no fallan, dos poderosos escoltas soviéticos salieron de la base rusa de Vladivostok hacia el Sur.

—Dios… Parece que nos están poniendo las cosas un poco difíciles…

—¿Un poco? ¡Bien! —rio Simón II—. Al menos, usted no se desanima fácilmente. Esperemos que nos lleve a buen puerto. Esta misma noche saldremos hacia el norte en un avión que nos tirará al mar frente a Vinh, pero en aguas internacionales. Allá nos recogerá un submarino, que nos acercará lo máximo posible a la costa norvietnamita, y nos dejará en un par de botes, que…

—Creo que no lo haremos así, Simón —musitó Brigitte.

—¿No? ¿Cómo entonces…?

—Iré sola.

—¡¡¡Qué dice…!!! —aulló Simón I—. ¡Eso es una locura!

—La locura sería arriesgarnos los cuatro a la vez. De modo que iremos llegando a Vinh en… oleadas. Oleadas de uno, señores. ¿Podremos estar en contacto después de que yo llegue a Vinh?

—Din Peih tiene una radio, naturalmente. Sí… Podremos estar

en contacto, pero… ¡Oh, vamos, usted lo que quiere es suicidarse!

—Por el contrario, me encanta la vida. Además, tengo compromisos con algunos amigos, a los cuales cité para dentro de algunas semanas… Uno en Viena, otro en Casablanca, otro en Berlín… No puedo ser tan descortés de no presentarme, ¿no les parece? ¿Qué me dicen del maquillador? ¿Está preparado?

Los tres hombres de la CIA tardaron algunos segundos en salir de su estupor.

Por fin, todos sonriendo torcidamente, Simón I musitó:

—Está todo preparado para su metamorfosis, Baby. Pero insisto en que…

—Iré sola, de momento. ¿Falta mucho para llegar a nuestro cuartel general en Saigón?

—No. Unos pocos minutos…

Fueron apenas ocho.

El auto se detuvo en una vieja granja en las afueras de Saigón, rodeada de helechos y plantaciones de arroz. Solo se veía una débil luz en una ventana.

Simón III sacó su pistola, y se apeó, caminando inmediatamente hacia la casa. Lo vieron llamar allí. La puerta se abrió y enseguida el espía se volvió, haciendo una seña con un brazo.

—Vamos —dijo Simón I.

Entraron en la casa, y Simón III, tras un vistazo al oscuro exterior, cerró la puerta. La luz que habían divisado desde el exterior la producía un quinqué de petróleo. El interior de la granja era pobre, triste, deprimente. Olía a sal y a húmedo. Había sacos y viejas esterillas por el suelo, que, al parecer, estaban destinadas a servir de lecho. Bien… Así es la vida. Pocas semanas antes, en Viena, la agente Baby había estado rodeada de lujo, de joyas, envuelta en abrigos de visón y chinchilla. Ahora le tocaba oler a sal y a húmedo, y, posiblemente, tendría que dormir en sucias esterillas. Ser espía no es precisamente cómodo…

Había un hombre junto al quinqué, que se acercó sin más ceremonias y alzó el rostro de Brigitte, de modo que la luz le diese de lleno.

Luego la tomó de un brazo y pasó los dedos por la fina piel dorada, examinándola también muy atentamente.

—Se podrá hacer —dijo—… Ella tiene la piel muy fina, sin

vellosidades de ninguna clase. En cuanto a su rostro, es ya notablemente exótico de natural. Será fácil.

—Magnífico —sonrió Brigitte—. Empecemos ahora mismo, doctor.

—Hay un pequeño inconveniente…

—¿Cuál?

—Sus ojos, tan azules… Las norvietnamitas los tienen negros, usted ya sabe.

—Por supuesto. Pero supongo que usted conoce la existencia de microlentillas de contacto especiales, teñidas de diversos colores.

—Hijita —sonrió el hombre—… Usted es un ser… anormal. Sus características físicas, realmente, son adaptables a cualquier raza cuyo color de piel no tenga un tinte… exagerado. Pero sus ojos… Son demasiado grandes.

—¿Perdón…?

—Yo le retocaré los párpados ligeramente, y espero que esa pequeña… operación de maquillaje y cirugía conserve los efectos durante… tres días, pongamos. Su piel es fina y dorada; puede, por tanto, pasar… más o menos bien por una muchacha vietnamita. Ahí no hay problemas. Pero sus ojos, concretamente el iris, es decir, la parte azul, es demasiado grande. No tengo microlentillas de ese tamaño…

—¿Ese es el problema?

—Sí. Tardaría un día en conseguir…

—¿Qué inconveniente hay en que use mis propias microlentillas?

—¿Tiene usted…? —exclamó el doctor.

—Por supuesto. ¿Hemos dicho negras…? Muy bien.

Abrió su maletín rojo con florecillas azules estampadas, sacó un tarrito de crema embellecedora…, que ella jamás necesitaba pero que encajaba perfectamente en un maletín de belleza femenina; desenroscó la base de cristal, y hurgó con un dedito, tras humedecerlo levemente, entre un montoncito de microlentillas. Sacó una, luego otra… Las mostró en la palma de la mano.

—Son de mi medida exacta.

—Va a ser usted la vietnamita más bella jamás vista. Lástima que tendrá que… ocultar esa belleza con ropas viejas, sandalias deterioradas, sombrero cónico de paja… Si me permite, le pondré

las microlentillas ahora, para ver el efecto que…

Fue Brigitte quien se las puso por sí misma con una rapidez que dejó atónito al cirujano.

—Bien… ¡Espléndido! Por favor, siéntese en ese cajón… Necesitaré más luz, ahora… Tapen las ventanas…

Dos potentes linternas iluminaron el rostro de Baby una vez esta se hubo sentado. Las cortinas de saco fueron corridas previamente, de modo que la luz no trascendía al exterior. El doctor abrió su negro maletín y comenzó a sacar instrumentos, mirando de soslayo aquel bellísimo rostro, que ahora tenía los ojos negros… Ya todo preparado, dio un tironcito a los párpados de Brigitte, hacia afuera.

—Magnífico… Magnífico en verdad. Va a ser absurdamente fácil, señorita. Si en cualquier momento le hago daño…

—Adelante, doctor.

* * *

Hora y media más tarde, y una vez recogidos los largos cabellos negros formando un clásico moño de mujer oriental, la agente más fabulosa de todos los tiempos estaba convertida en una bellísima vietnamita…, pero demasiado bien vestida. Simón I le entregó unas prendas femeninas, y Brigitte se cambió de ropa velozmente, con la sola protección de volverse a los cuatro hombres, los cuales, a su vez, tuvieron la delicadeza de no mirar.

—Estoy lista, caballeros.

Se volvieron a la vez y lanzaron una exclamación… ¿Era la misma mujer? Con aquellas ropas, las viejas sandalias, el sombrero de paja cónico, un poco inclinada hacia delante, juntando mucho los pies…

—Asombroso —murmuró el cirujano—… Asombroso en verdad. Pero no olvide, señorita, que ese cambio en su rostro solo durará tres días, como máximo. Comprenda que no ha habido intervención de bisturí, y sí solamente ciertos pliegues que no garantiza una larga duración…

—Tres días es más que suficiente, doctor.

—¿Suficiente para recuperar el yate y sus ocupantes? —Sonrió secamente Simón II.

—O para no regresar jamás, Simón.

Los cuatro hombres se miraron, sobrecogidos. Tras unos segundos de casi dramático silencio, Simón I miró su reloj y musitó:

—El avión está esperando, Baby. Y también el submarino, por supuesto.

* * *

El copiloto cerró la radio y se volvió hacia Brigitte, que fumaba tranquilamente, entreteniendo la espera. Arriba se veían las estrellas; abajo, el mar, negro, con manchas brillantes muy pálidas…

—Todo correcto —murmuró el copiloto—. Puede saltar… y buena suerte. Mmm… Si quiere, daremos una vuelta, mientras termina ese cigarrillo…

Brigitte sonrió, apagó el cigarrillo con dos deditos, y lo entregó al impresionado muchacho.

—Volveré a terminarlo en cuanto pueda, jovencito. ¿*Okay*? El joven aviador tragó saliva e intentó sonreír.

—*Okay*…

Segundos después, sin una sola vacilación, la agente Baby se lanzaba al espacio, desde una altura superior a los dos mil pies. Y el paracaídas, negro, se abrió cuando estuvo cubierta más de la mitad de la distancia hacia el mar.

Arriba, el joven copiloto miraba al jefe de vuelo, mayor que él, más veterano, menos impresionable.

—Bobby —musitó—… ¿de verdad es una mujer?

—Eso parece. Volvamos.

—¿Crees que podrá… volver a Saigón para fumarse… el cigarrillo?

—No volverá. Pero puedes guardar el cigarrillo como recuerdo.

Abajo, la espía internacional estaba llegando al mar. La caída fue perfecta, impecable. En pocos segundos quedó libre de los atalajes que sujetaban el negro hongo a su espalda. Firme en su manita derecha, el paquete envuelto en tela impermeable que contenía su maletín y las ropas que debería usar una vez en tierra firme.

Cinco minutos más tarde, un submarino emergía silenciosamente a unas cien yardas de su posición. En el acto, Baby comenzó a nadar

hacia allí, sin prisas… Cuando llegó junto a la oscura mole, solamente había dos hombres en la cubierta. Ya habían lanzado una escala de cuerda, y Brigitte trepó ágilmente por ella. En pocos segundos se encontró en el interior del submarino. La escotilla fue cerrada, y se oyeron los bocinazos de inmersión.

El comandante del submarino de la U. S. Navy tendió su mano a la empapada muchacha.

—Capitán comandante Peter Adams. ¿Café y ropa seca?

—Se lo agradeceré, comandante. ¿Cuándo llegaremos a la costa?

—¿A la costa? No llegaremos allá, lo lamento.

—¿Me van a dejar en el límite de doce millas? —exclamó ella.

—Tampoco. Llegaremos hasta donde sea posible. Con mucha suerte, quizás a un par de millas de tierra firme.

—Oh… Es suficiente —suspiró Brigitte—. ¿Está preparado el bote neumático?

—Desde luego.

—Bien… ¿Qué hay de ese café, comandante?

* * *

Una hora más tarde, el radarista dio la alarma.

—Dos navíos, señor. Se están acercando.

—Seguramente nos han detectado… ¿Distancia actual?

—Una milla.

—¿Y la costa?

—Milla y media… Un poco más.

—Emersión rápida. Sin señales acústicas. Preparados para virar ciento ochenta inmediatamente.

Las órdenes comenzaron a circular por el submarino. En un minuto, este se hallaba en la superficie… A lo lejos, las luces rojas de unos navíos que se iban acercando.

El bote neumático fue lanzado al agua, y la escalerilla tendida, sujeta por dos fornidos marinos. Brigitte estrechó la mano al comandante del sumergible, saludó con simpático gesto a los dos marinos y se deslizó por la escala de cuerda, que fue velozmente retirada. Subió al bote y comenzó a remar inmediatamente. Por supuesto, los navíos enemigos tenían ya en sus pantallas de radar al submarino, de modo que, lógicamente, si maniobraban para atacar

no sería a un minúsculo bote, que quizá ni siquiera se reflejaba en sus radares.

Y de todos modos, para alcanzar al submarino yanqui, tendrían que darse mucha prisa, pues ya había desaparecido bajo las aguas, lanzando a su alrededor una sucesión de olas concéntricas que alzaron varias veces el ligerísimo bote neumático donde la más audaz espía del mundo remaba hacia la costa enemiga.

Apenas había recorrido doscientas yardas cuando los dos enormes buques llegaban al lugar donde poco antes había estado el submarino americano. Los potentes reflectores fueron lanzados hacia las negras aguas, en todas direcciones, moviéndose rápidamente… Para cuando llegaron a donde estaba el pequeño bote, Brigitte había ya saltado al agua y había dado la vuelta a su embarcación, colocándola sobre su cabeza… Con un mínimo de suerte, las luces pasarían por encima del mojado bote, igual que sobre el agua y no sería visto.

Durante un minuto, el potente trepidar de las máquinas llegó con toda claridad hasta la espía. Luego se fue alejando, alejando… Cuando sacó la cabeza de debajo del bote neumático, los navíos enemigos le volvían la popa, navegando mar adentro, lanzando hacia allí sus enormes haces de luz…

Y veinte minutos más tarde, en verdad fatigada, la agente Baby saltaba a la arena de una pequeña playa, tirando del bote hacia tierra firme. Conseguido esto, se tendió en la arena, cara al cielo, abierta de piernas y brazos, respirando acompasadamente, lentamente… En dos minutos recuperó su ritmo normal respiratorio. Y en el acto, tras arrastrar más hacia el interior de la playa el bote, comenzó a cavar en la arena, con uno de los remos. Necesitó tres minutos para considerar el hoyo lo bastante grande para contener el bote, que se había ido deshinchando tras la presión en la válvula. Lo enrolló apretándolo cuanto pudo y lo tiró al hoyo, así como los remos… Vio entonces que había hecho el hoyo demasiado grande; pero, ciertamente, más valía así.

Había empezado apenas a tirar arena para cubrir el bote cuando estuvo segura de oír voces. Irguió el torso, alarmada, y su mirada fue hacia el borde de la playa, allá donde comenzaba la vegetación… De nuevo unas voces llegaron hasta ella, pero no pudo entender ni una sola palabra.

Ante sus desorbitados ojos, de pronto, apareció un hombre en el borde de la maleza. Y otro más allá… Se tiró dentro del hoyo, encogiéndose cuanto pudo, mientras abría frenéticamente el maletín, envuelto en tela impermeable… El agua chorreaba todavía por su cabeza, y las ropas se pegaban a su cuerpo…

Oyó las voces más cerca.

Desde más a la derecha llegaron más voces.

También se oía el rumor del mar… Y poco después, el crujir de la arena bajo unos pies. Un crujido que se iba acercando… Cuando volvió a sonar una voz fue tan cerca de ella que comprendió que debía actuar.

Asomó la cabeza cautelosamente…

A su derecha, tres hombres, separados, caminaban hacia la playa. Uno de ellos tenía el brazo extendido, señalando mar adentro. Seguramente estaban comentando el paso de los dos navíos, y se acercaban a la playa por si había alguna novedad. Estaban muy cerca de Vinh, y la vigilancia parecía bastante rigurosa.

Delante de ella, el norvietnamita más cercano apareció como un gigante, a menos de cinco yardas, caminando directo hacia el hoyo, a cuyos lados se veían los montículos de arena acumulada. El hombre se detuvo en seco cuando aquella media figura apareció en el borde del hoyo. Abrió la boca, movió el fusil hacia allí…

Plop.

El norvietnamita saltó hacia atrás, lanzando un agudo chillido. Inmediatamente, a ambos lados, volvieron a oírse las voces, las llamadas. Pero ya Brigitte había salido del hoyo, con el maletín en una mano y la pistolita en otra, y corría hacia la espesura… Tras ella se oyeron algunos disparos, más gritos… Dos balas se hundieron en la arena cerca de sus pies, y otra arrancó un trozo de corteza a un gran helecho cuando llegaba a la maleza, donde desapareció con la rapidez de un felino…

* * *

Una hora más tarde, todo su equipo quedaba enterrado a menos de tres millas de Vinh. De allí en adelante, la agente Baby sería simplemente una chica vietnamita, sin más armas que sus manos, su

astucia, su valor. Dejó una señal conveniente en el lugar donde había enterrado su querido maletín y las ropas mojadas que había estado utilizando. El bote hinchable, por supuesto, habría sido descubierto. Eso haría que fuese buscado un hombre, o dos quizás… Pero nunca una mujer vietnamita. Buscarían vietnamitas del Sur o quizás americanos.

Pero no a la bella y casi andrajosa vietnamita que, con las primeras luces del día, caminaba escondiéndose hacia Vinh. Una vez allí, todo lo que tendría que hacer era recuperar catorce hombres y el más moderno buque-espía del mundo.

Solamente eso.

Capítulo IV

La agente Baby llegó a Vinh a media mañana. Había caminado despacio a propósito, escondiéndose de cuando en cuando, además, controlando debidamente el tiempo.

Es decir, no llegó propiamente a Vinh, sino al río Song Ca, última barrera natural hasta la mencionada población. Sobre el Song Ca habían dos puentes: uno, más nuevo, grande y sólido, en la parte más cercana a su desembocadura, en el golfo de Tonkín, en el Mar Sur de China; el otro puente, más pequeño y antiguo y situado más al Norte, o sea más tierra adentro, tenía que encontrar su contacto. Si esto no ocurría, la espía internacional se encontraría completamente perdida y metida como nunca en un avispero, del cual no le sería fácil salir por sus propios medios.

El primer puente que vio fue el nuevo, el grande. Entonces solo tuvo que desviarse, siguiendo tierra adentro la orilla derecha del río Song Ca, hasta divisar el otro puente. Así como en el grande había visto abundantes camiones cargados con hombres y material, en el pequeño abundaba más la gente a pie y en bicicletas. Vinh era un poblado no demasiado grande, pero se veían algunas *rikshaws*, tiradas por ágiles *coolies*. También se veían unos cuantos soldados en negligente vigilancia. Sin duda confiados en que los americanos, cuando atacaban tan adentro de Vietnam del Norte lo hacían por medio de la aviación, no en patrullas o guerrillas, como lo hacían ellos. Las últimas noticias aseguraban que treinta mil hombres norvietnamitas estaban cercando Saigón. Un cerco que podía ser muy peligroso. Ya anteriormente, un fuerte contingente de guerrilleros habían llegado nada menos que a la embajada de los Estados Unidos en Saigón, donde, tras causar muertes y destrozos, habían tenido que ser desalojados a punta de bayoneta, o poco menos…

Bien. Ella tenía que cruzar el puente. Una vez hecho esto, todo

dependía, inicialmente, de otra persona: el vietnamita adicto a la CIA, llamado Din Peih.

Y, ciertamente, Din Peih estaba allí, al lado del puente, un poco apartado, de pie junto a una bicicleta tendida en el suelo, fumando en una pipa de caña, con la clara e inocente actitud de quien espera a alguien. A Brigitte le había sido mostrada su fotografía, y ella sabía que no podía equivocarse. De mediana estatura, ancho de hombros, boca grande, negros ojos muy ligeramente oblicuos, descalzo, vestido casi miserablemente; se había echado hacia atrás el cónico sombrero y se veía su cabeza pelada, apenas con una décima de pulgada de cabello. Era más bien feo, pero, por supuesto, eso no significa desventaja alguna en el espionaje… cuando se es de verdad espía.

No obstante a reconocerlo perfectamente, Brigitte pasó cerca de él sin mirarlo, sin dirigirle la palabra. Din Peih la miró, pero sin especial atención. Él estaba esperando a una mujer que parecería vietnamita, pero eran muchas las mujeres que pasaban cerca de él. Y el hecho de que Din Peih no le prestase particular atención convenció a Brigitte de que su disfraz, por el momento, era perfecto.

Durante tres o cuatro minutos estuvo paseando por las cercanías del puente, mirándolo todo, examinándolo todo con su aguda mirada de veterana espía. Luego, diciéndose que si había alguna trampa allí, ella no podría verla, regresó a donde estaba Din Peih.

Se detuvo ante él, tímidamente, sin alzar la cabeza, y señaló hacia Vinh, cuyas primeras casas tocaban el río.

—MMMmmm… Mmmmm… —Pareció esforzarse en hablar.

Din Peih la miró con tranquila curiosidad y dijo algo en vietnamita, naturalmente. Brigitte movió negativamente la cabeza y volvió a señalar hacia la población. Alzó una mano, extendiendo dos deditos. Luego se pasó la misma mano por los ojos y los dejó cerrados.

Din Peih miró velozmente a ambos lados de ambos.

—¿Busca al americano ciego? —musitó ahora en inglés.

Brigitte se tocó las orejitas y abrió la boca, señalando su interior, moviendo un poco la lengua.

—AAAaaa…

Luego volvió a mostrar dos deditos ante los ojos de Din Peih,

que asintió con la cabeza.

—¿Busca a los dos que han escapado del yate? —preguntó.

Brigitte asintió con la cabeza, señalando de nuevo su boca y tocándose otra vez las orejas.

—AAaaa… Mmmmm…

—¿Desconoce mi idioma y, por tanto, se hará pasar por sordomuda?

Baby asintió enérgicamente con la cabeza. Din Peih colocó la bicicleta en posición vertical y subió al sillín, señalando la barra, ante él. Brigitte se sentó de lado allí, y el vietnamita comenzó a pedalear.

Se adentraron en Vinh, pero pronto Din Peih se desvió hacia el oeste, buscando el barrio más pobre. Se cruzaron con abundantes bicicletas, *rikshaws*, bastantes coches… El vietnamita pedaleaba, impávido, con sus fuertes piernas muy musculadas. Poco a poco fueron penetrando en un barrio tan abigarrado que casi se hacía imposible continuar en la bicicleta, pero Din Peih iba gritando y tocando el timbre del manillar… Había puestos de pescado y de frutas, se vendían tortas con algo que parecía miel, platos de arroz, verduras… Un poco más allá, artículos diversos, como sombreros, sandalias, lentes, pantalones, pipas, relojes…

Sin haber tenido que desmontar, Din Peih se introdujo por una gran puerta arqueada, de piedra, a cuyos lados se veían algunos mendigos canturreando su miseria. Luego, un par de calles se bifurcaban. Peih tomó la de la izquierda… Poco después entraba en un gran zaguán, en el cual había un perro casi sarnoso, que primero enseñó los dientes y luego comenzó a mover el rabo alegremente, en cuanto llegó a su olfato el muy conocido olor de su amo.

Din Peih detuvo la bicicleta, y Brigitte saltó de ella, dirigiéndose inmediatamente hacia la puerta de madera que había a un lado. Tiró de ella, pero no cedió. Peih dejó la bicicleta, diciéndole algo al sarnoso can, que sin duda sería un eficaz vigilante de las pertenencias de su amo. Fue a la puerta, llamó tres veces, lentamente, y luego dijo algo en su idioma.

La puerta se abrió, y Din Peih señaló hacia el interior. Había allí otro vietnamita, que apenas debía de tener dieciocho años, y que miró con gran curiosidad a la mujer, que entró rápidamente. Luego cerró la puerta y se fue tras ellos.

Cruzaron lo que parecía un pasadizo, luego un patio con un estanque de aguas muy sucias en el que, milagrosamente, vivían unos cuantos peces; había también bambúes y algunas flores muy descuidadas. Luego había otro edificio, de barro, piedras y bambúes. Din Peih abrió aquella puerta, y la espía entró. Peih entró también y cerró, dejando afuera al muchacho. Por un ventanuco con marco de bambúes entraba un rayo de sol.

—Ya puede hablar, si quiere —dijo Din Peih.

—Espero que usted sepa quién soy —dijo Brigitte.

—Me dijeron que vendría hoy una mujer vietnamita que, en realidad, es norteamericana, y a la cual tendré que llamar Baby.

Brigitte asintió con la cabeza.

—¿Quién y cómo le dijo eso?

—Por la radio tres hombres que se llaman Simón.

—¿Los tres se llaman Simón?

—Eso dijeron.

Brigitte tendió su manita al vietnamita.

—Le estamos muy agradecidos por lo que está haciendo, Din Peih.

—Siento mucho no poder hacer más. El asunto es demasiado… grande para mí y mis amigos.

—Lo comprendo. ¿Qué posibilidades hay de acercarse al yate?

—Ninguna, que yo sea capaz de ver. Pero quizá pronto tengamos noticias.

—¿En qué sentido?

—Es posible que tengamos alguna oportunidad de entrar al yate.

Brigitte lo miró vivamente interesada.

—¿Lo cree posible? —exclamó.

—Posible, sí. Quizás. Pero no lo sabremos hasta más tarde, no sé exactamente cuándo.

—¿Cómo lo haríamos?

—Se lo explicaré si hay alguna posibilidad. ¿No quiere ver a los dos americanos?

—Sí, desde luego.

Tuvieron que cruzar dos habitaciones. En la tercera, Brigitte vio a sus dos compatriotas… Pero antes vio la pistola, que apareció bajo su naricita apenas entró allí. Quien la empuñaba era uno de los tripulantes del yate, que se había escondido tras la puerta. El otro

estaba en un rincón, con otra pistola en la mano, pero caída la cabeza sobre el pecho, como indiferente a todo. Los dos hombres se veían barbudos, desaseados; su aspecto no era bueno, precisamente.

—Guarde la pistola, Simón —sonrió Brigitte, echándose el cónico sombrero hacia atrás.

—¿Baby? —Casi gritó alegremente el hombre.

—Sí.

El americano que estaba sentado en el suelo alzó velozmente la cabeza, y Brigitte, a la clara luz del sol que entraba por dos ventanas, pudo ver sus ojos, brillantes, pero inexpresivos, mirando a todos lados a la vez… y a ninguno.

—Tad —musitó el ciego—… ¿Es ella? ¿Ha llegado Baby?

—Sí, Kirk. Es ella.

Brigitte se acercó al llamado Kirk, le tomó las manos y tiró de él, obligándolo y ayudándolo a ponerse en pie. Luego tomó entre sus manitas el barbudo rostro de su colega.

—¿Qué es esto, Simón? —reprendió amablemente—. ¿Se ha dado por vencido por este pequeño contratiempo? ¡Eso no me gusta nada, querido!

—Sáquenos de aquí… ¡Por lo que más quiera, Baby, sáquenos de aquí!

—De acuerdo. Lo que más quiero son, precisamente, mis muchachos de la CIA. Los sacaré de aquí, Simón…, cuando sea posible. Espero que lo comprenda. Hay dos compañeros nuestros en el yate. Y doce muchachos americanos, que también deben de estar deseando volver a casa… ¿Lo comprende, Simón?

—Sí… Creo que sí…

—Tengo la impresión de que ha perdido los nervios, querido… ¿Es eso verdad? ¿Es eso posible en un compañero de la agente Baby? ¡No puede defraudarme de este modo!

—Baby —gimió el espía—…, estoy ciego. No puedo hacer nada, no sirvo para nada. Sé que Taddeus habría podido escapar si no se hubiese empeñado estúpidamente en quedarse conmigo para ayudarme… Usted tiene que arreglar esto… Sáquenos a los dos de aquí, o al menos convenza a Tad para que escape él. ¡No quiero que por mi culpa…!

—Lleva así dos días —refunfuñó Tad—… La verdad es que si ahora le he dejado una pistola es porque la visita podía ser otra

muy diferente a usted, Baby. Pero normalmente lo tengo desarmado.

—¿Ha intentado…?

—Dice que si él muere yo podré marcharme. No llegó a intentarlo, pero comprendí que lo estaba pensando.

Brigitte volvió a tomar el rostro de Kirk entre sus manitas y le besó suavemente en los labios, ásperos y secos.

—Cálmese, Simón. No se trata de hacer tonterías, sino de aferrarse desesperadamente a la vida. Siempre se está a tiempo de morir…, pero no de vivir. Veamos: ¿no tenía usted una herida en la cabeza?

—Detrás —explicó el otro espía—… Din Peih le ha puesto ahí una gasa… La verdad es que la herida, como tal, carece de importancia. Está limpia, sin infección… Es apenas un corte.

—Siéntese de nuevo, Simón —pidió Brigitte, empujando los anchos hombros hacia abajo; el espía obedeció, ella vio la gasa, sujeta a la parte pelada de la cabeza por unas tiras de esparadrapo, y la alzó por una parte—… En efecto, la herida, en sí, no tiene importancia. Debe de haber interesado los nervios ópticos, de algún modo… No entiendo gran cosa de esto, desde luego, pero opino que un buen cirujano oftalmólogo podrá poner fácilmente remedio a la ceguera. Oh, vamos, Simón, usted se está portando como un niño malcriado. ¿Qué tal si en lugar de pensar cosas lúgubres se dedica a pensar en algún medio de ayudar a los compañeros que están prisioneros? ¿No se le ocurre nada?

—¿Qué quiere que se me ocurra, si ni siquiera puedo ver?

—Pero puede pensar, ¿no? Pues le aconsejo que en lugar de pensar tonterías, se pregunte: ¿qué puedo hacer yo por mis compañeros, por esos doce muchachos? ¿Cómo podría ayudarles? Piénselo bien, Simón: ¿no sería magnífico que a un espía temporalmente ciego se le ocurriese el modo de ayudar a sus compañeros? ¿No sería magnífico que, incluso estando ciego, un agente de la CIA todavía resultase útil?

—Usted… usted no está hablando en serio…

—Muy en serio. ¿Sabe cuándo he tenido yo las mejores ideas?

—¿Cuándo?

—Cuando he estado en gravísimo peligro. Normalmente soy una jovencita tonta y caprichosa, que quiere dos docenas de rosas rojas

cada día, que bebe champán con guinda, que cambia de auto cada seis meses, de vestuario cada mes, de zapatos cada día… También me gusta nadar, un poquito esquiar, tomar el sol… Y mi distracción favorita: mirarme al espejo y decirme una y mil veces que soy la más linda chica del mundo. Como ve, toda una serie de pequeñas tonterías que me hacen particularmente feliz. ¿No está de acuerdo en que son tonterías?

—Bueno —casi sonrió el espía ciego—… Lo parecen ahora, sí.

—Por supuesto. Cuando vivo tranquila, soy una damita de lo más tonta y caprichosa. Pero cuando me he visto en apuros, mi cabecita llena de pájaros se ha amoldado a las circunstancias. Y todo porque me he dicho que mi muerte no iba a beneficiar a nadie de los buenos y, en cambio, sí podría beneficiarlos estando viva. Es simple, Simón.

—Yo… Creo que pensaré algo, Baby…

—Esa es su obligación. ¿O va a permitir que todo lo hagamos los demás, simpático? Es muy cómodo recibir un balazo y decir que ya no sirve uno para nada. Demontres, Simón: piense. Piense algo que pueda beneficiarnos a todos. ¿Quiere unos cuantos problemas en los que pensar? Pues ahí van. Uno: ¿de qué modo se podría sacar el yate *Manhattan* de la vigilancia a que está sometido? Dos: ¿cómo rescatar, al menos, a nuestros compañeros y a esos doce muchachos inocentes de verdad? Tres: ¿cómo impedir que el yate vaya a parar a manos de los servicios secretos de China o Rusia? Cuatro: ¿cómo escapar de aquí una vez haya podido lograrse algo de lo anterior? Y si quiere más problemas se los buscaré con mucho gusto.

—Son suficientes… Me gustaría poder verle el rostro, Baby. Debe de ser algo… emocionante de verdad.

—¿Le gustan las vietnamitas?

—Hay vietnamitas muy lindas.

—Entonces le gustaría. Pero voy a hacerle un trato, Simón: salgamos todos de Asia, volvamos a casa… Y yo le prometo que una noche cualquiera, cenaremos juntos, en mi apartamento, para que pueda verme al natural.

—¿Al natural… completamente?

—¿Por qué no? —rio Brigitte—. ¡Es una promesa!

—Es una buena perspectiva —sonrió ya definitivamente el espía ciego—. Creo que voy a dedicarme a pensar.

—Magnífico. Y conserve esa pistola, Simón.

—Tad dice…

—Tad dice que usted conserve la pistola… ¿No es cierto, Tad?

—Es cierto.

—Bien. Ahora vamos a dejar aquí a este muchacho invidente para que se dedique a resolvernos los problemas mentales, mientras nosotros estudiamos el modo de actuar directamente, sin fatiga cerebral. ¿*Okay*, Simón?

—*Okay, Baby.*

Brigitte se incorporó, sonriendo, y se volvió hacia su otro compañero.

Din Peih permanecía apartado, inmóvil, mirando muy fijamente a la muchacha, que en pocos minutos había resuelto el gran problema de un hombre que tenía pensamientos de suicidarse.

—¿Cuánto tiempo estuvieron presos, Simón?

—Unas pocas horas. Tuvimos la oportunidad de escapar, y…

—Están aquí, y no importa cómo escaparon. ¿Qué tal los trataban los norvietnamitas?

—Asombrosamente bien. Son muy astutos.

—Sí… Muy astutos. La clásica actitud amistosa que suelta la lengua más que las torturas. Preguntas amables, sugerencias, sonrisas, buen trato… Y mientras tanto, van tirando de la lengua que da gusto. Afortunadamente, esos doce muchachos cándidos no saben nada de nada, de modo que respecto a ellos podemos estar tranquilos. ¿Cuánto cree que podrán resistir ese lavado amable de cerebro nuestros dos compañeros que están en el yate?

Simón sonrió despectivamente.

—¿Foster y Michael? Ellos resistirán cien años, si es preciso. No los engañarán con tonterías. Si quieren saber algo por ellos tendrán que tomar otras… medidas. Y entonces, los dos se cerrarán como ostras.

—Pero solo hasta cierto límite, Simón. Luego hablarán. Dirán cualquier cosa, con tal de que dejen de torturarlos. Es natural.

—Eso me temo —susurró Simón.

—Cuando ustedes dos escaparon del yate… ¿habían descubierto ya los norvietnamitas la instalación de espionaje?

—Aún no, me parece. Hacían preguntas de tipo… personal, no técnico. Pero ahora lo habrán encontrado todo, naturalmente.

—Sí… Es de temer. No hay por qué considerar tonto a nadie. ¿Estaban ustedes en aguas internacionales cuando los apresaron?

—No. La verdad es que estábamos en sus aguas.

—Mal asunto. De todos modos, nuestra respuesta en todo momento y a todo el mundo será que estábamos en aguas internacionales. Espero que esto esté claro, y que ustedes cuatro así lo hayan dicho al ser apresados.

—Por supuesto.

—¿Y los muchachos?

—Ellos no tienen ni idea. Y si nosotros decimos que estábamos en aguas internacionales, los muchachos dirán lo mismo. A menos que los… «convenzan» para que digan lo contrario.

—Ese es el gran peligro… Por Dios, este es un asunto descabellado. ¿Qué les ocurrió? ¿Por qué tuvieron que entrar en las aguas norvietnamitas, Simón? ¿Fue un accidente?

—¿Usted, Baby, pregunta eso? ¡Claro que no fue un accidente! Teníamos que espiar, eso es todo.

—Claro… Debería estar prohibido rigurosamente espiar. Pero como las cosas son como son, habrá que buscarles una solución. Por cierto, Din Peih, usted dijo antes…

—Tendremos que esperar —insistió Din Peih.

—Pues esperaremos. Mientras tanto, me irán explicando cosas de ese yate y de esos muchachos, de cómo los apresaron… Hay que conocer bien el terreno antes de disponernos a dar un disgusto a nuestros enemigos. ¿El yate está en el río, quizá?

—No. Está en la playa más cerca de Nghi Xuán que de Vinh, en realidad. Hay un pequeño muelle, y el yate está entre dos navíos *viets*, muy vigilado. Yo creo que será imposible…

—¿Qué es lo posible? ¿Qué es lo imposible. Simón? Nadie lo sabe con seguridad. De momento, entretengamos la espera a que nos obliga Din Peih charlando de estas cosas. Luego…, ya veremos.

Capítulo V

La espera duró tres horas, quizás un poco más. Transcurrido ese tiempo, un hombre fue introducido en el escondrijo de los espías, acompañado del muchacho vietnamita que abriera la puerta por la mañana a Brigitte y Din Peih.

Un hombre menudo, de avanzada edad, mirada impávida y también vestido con andrajos o poco menos. Miró a los dos americanos, a la muchacha vietnamita de los grandes ojos y, por último, se dirigió a Din Peih en su idioma. Comenzaron a hablar los dos rápidamente. El recién llegado hacía algunos gestos, señalando al exterior, hacia el oeste, y asentía a menudo con la cabeza…

—¿Ustedes entienden algo? —preguntó Brigitte a sus dos compañeros.

Los dos movieron negativamente la cabeza. El espía ciego, que, en efecto, había permanecido muy pensativo incluso cuando comía su plato de arroz con las manos, dijo de pronto:

—Creo que he pensado algo, Baby.

—¿Sí? Magnífico, Simón… ¿Qué cosa?

—Bueno… Yo creo que ese yate jamás podrá ser recuperado… ¿No está de acuerdo?

—Todavía no he visto personalmente la situación, pero, por lo que ustedes me han contado, y de acuerdo a la más simple lógica, creo que debo estar de acuerdo con usted… ¿Qué ha pensado?

—Que habría que sacarlo de ahí.

—¿De dónde? ¿Del embarcadero de Nghi Xuán? —musitó Brigitte.

—Claro. Está demasiado vigilado. No nos engañemos: sacar de ese embarcadero el yate será imposible por nosotros mismos. En cuanto a sacar a esos catorce compatriotas, todavía me parece más difícil. Catorce americanos corriendo por las calles de Nghi Xuán o de Vinh sería como… como poner ante un cazador una manada de

conejos.

—Ciertamente. Lo ideal sería llevárnoslos en el yate, mar adentro, hasta llegar a las aguas internacionales. Pero eso no parece factible, ya que hay lanchas rápidas en ese muelle de Nghi Xuán, ¿no es así?

—Desde luego.

—Además, no solo están las lanchas rápidas, sino embarcaciones de las llamadas pequeñas. Y luego tenemos los dos navíos fondeados muy cerca de ese pequeño muelle. Suponiendo que nos llevásemos el yate, con un par de cañonazos nos harían papilla, Simón. A menos que usted tenga una buena idea para evitar eso.

—No… No, no… Yo solo he pensado que sería quizá conveniente sacar el yate del embarcadero, porque es posible que entonces hubiese más posibilidades de acercarse a él…

—¿Cómo?

—No sé…

—¿Y cómo cree que podríamos sacar el yate del embarcadero de Nghi Xuán?

—¡No lo sé! ¡Es solo una idea!

—Bueno… Una idea es… una idea. Y como todas, será tenida en cuenta, Simón.

—Ese yate no saldrá de ahí a menos que lo escolten, como mínimo, los dos grandes navíos *viets* fondeados en la playa. —Intervino el otro Simón—… Y cuando eso hagan será con todas las garantías, camino de su base naval de Haiphong.

—Yo solo he expuesto una idea —masculló el agente ciego.

—Quizá sea buena —musitó Brigitte—. Habrá que estudiarla más detenidamente. Una cosa es segura, queridos: nuestra misión no podrá ser llevada a cabo por medio de la fuerza. Si así fuese, nuestra U.
S. Navy
lo haría mucho mejor que nosotros. Pero eso no puede ser. De modo que, por el momento, solo tenemos un arma: nuestra astucia de espías. Si fallamos en la astucia, todo lo demás será en vano.

—Usted es la más astuta de la CIA, ¿no?

—Eso dicen. Pero no hago milagros, Simón… Oh, parece que Din Peih ha terminado ya su conferencia con el viejecito… ¿Tenemos algo interesante, Din Peih?

Este se sentó ante Brigitte y los dos americanos, en el suelo, haciendo señas al viejo vietnamita para que le imitase. Lo señaló con el pulgar.

—Él es Chi Pen Dong. De toda confianza. Al menos —sonrió—, de la misma confianza que yo pueda merecerles a ustedes…

—Oh, vamos, Din —refunfuñó Brigitte—, eso ya está definido entre nosotros. ¿Qué dice el viejo Chi Pen Dong?

—Emmm… Los americanos del yate *Manhattan* comen comida americana, en lo posible.

—No comprendo…

—Hay un pequeño campo de prisioneros cerca de Vinh, en Vu Liet. Está a unas veinticinco millas siguiendo el curso del Song Ca. Allá, en ese campo de prisioneros, hay unos sesenta soldados americanos. Dos de ellos son los que preparan la comida de las personas que hay en el yate.

—¿Y…? —Parpadeó Brigitte.

—Esa comida es luego llevada, en un *jeep*, a Nghi Xuán. En el *jeep* van dos chicas vietnamitas y dos soldados. Van a Vu Liet, recogen la comida que los dos soldados americanos han sido obligados a hacer, de acuerdo a la cocina americana, y regresan en el *jeep* a Nghi Xuán. Detienen el *jeep* en el embarcadero, se apean los dos soldados *viets* y las dos chicas, y van al yate a llevarles la comida a los prisioneros americanos. Dice Chi Pen Dong que esas chicas son muy bonitas y que sonríen a los americanos… En el yate hay algunos oficiales que les dicen a los americanos que la comida ha sido especialmente preparada para ellos por esas chicas, o amigos que conocen la cocina americana. Les dan cigarrillos y *whisky*, les dejan hablar entre ellos, jugar a las cartas… Incluso están con ellos, hablando en inglés, y los tratan muy amablemente. Todos ellos están muy bien atendidos… Ah: los dos americanos de más edad han sido colocados aparte, en un camarote. Parece que las provisiones ya escaseaban en el yate, pero, además, a ninguno de los americanos les permiten cocinar, tocar cuchillos, tenedores… Ni siquiera los víveres que quedan en el yate.

—¿Qué más? —preguntó Simón.

Din Peih movió negativamente la cabeza.

—Lo siento. Nada más. Pero sabemos que los prisioneros están bien, y que no los maltratan…

—De obra, no —musitó Brigitte—… Pero los están destruyendo por dentro. Podemos, quizá, confiar en la resistencia y suspicacia de nuestros compañeros de la CIA, Simón, pero no en esos chicos. Dentro de poco, o quizá ya ocurra en estos momentos, ellos se sentirán poco menos que amigos de esos *viets*, de esos oficiales cultos y simpáticos…

—Es lo clásico.

—Sí… Están jugando bien su baza. Han separado a nuestros dos compañeros porque han comprendido que serán más duros de pelar… Mientras tanto, están lavándoles el cerebro a esos muchachos con gran facilidad: comida americana hecha expresamente para ellos y llevada por lindas muchachas, cigarrillos, *whisky*, trato amable. Por Dios: en esas condiciones yo le haría decir a esos muchachos, poco a poco, hasta los más pequeños detalles del primer beso que le dieron a su novia en Estados Unidos. Son… muy refinados. Es posible que el Servicio Secreto chino esté mezclado en esto… ¿Qué ocurre?

El viejo Chi Pen Dong había dado un tirón de un brazo de Din Peih, el cual le escuchó durante unos segundos, y se volvió de nuevo a la espía.

—Chi dice que no hay chinos en el yate. Entiende un poco el inglés y le ha parecido que usted mencionaba a los chinos… Pero no, no hay ninguno en el yate. Dice que llegaron tres, hace día y medio, pero que estuvieron poco tiempo en el yate, y ya no han vuelto. También subió un hombre blanco.

—¿Lo conoce, quizá? Pregúntele cosas sobre ese blanco, Din.

De nuevo conversaron los dos vietnamitas. Din Peih tradujo enseguida la conversación:

—No lo conoce. Dice que es un hombre muy grande y muy fuerte, y que tiene los cabellos rubios, y los ojos grises. Estuvo en el yate casi una hora. Luego se fue y subió a un coche que le estaba esperando, bastante cerca del embarcadero, donde había dos hombres más, también blancos.

—¿Pueden ser rusos, Din?

Din Peih pasó la pregunta a Chi Pen Dong, que asintió inmediatamente con la cabeza, acompañando su afirmación con algunas palabras.

—Dice que sí, que pueden ser rusos, pero que no puede

asegurarlo. Con los chinos es diferente, porque se les distingue bien, pero los rusos y los americanos, por ejemplo, son parecidos.

—Entiendo… Bien, según parece, por el momento los *viets* no están muy de acuerdo con la intervención de los chinos y los rusos. Me pregunto si eso es posible. China, todo el mundo lo sabe, los está ayudando. Y también Rusia, en cierto modo, a su manera…

—Los *viets* quieren la presa para ellos solos —dijo Simón—… Quizá sepan ya algo de los nuevos sistemas electrónicos de espionaje que hay en el *Manhattan* y no quieren… compartir su botín con nadie.

—Sí. Es posible, Simón. En mi opinión, los *viets* no se están portando de un modo… inteligente. Tanto los chinos como los rusos descubrirían muy pronto esas instalaciones, y les simplificarían el trabajo.

—Quizá los mismos *viets* lo han descubierto todo ya.

—También eso es posible. De un modo u otro, parece que a nosotros nos conviene esa pugna entre ellos. No pasará nada grave, pero… ¿quién sabe? —Sonrió de pronto—. A lo mejor conseguimos que arremetan unos contra otros.

—¿Qué está pensando?

—Muchas cosas a la vez. Demasiadas, Simón. Creo que necesito cinco minutos de silencio absoluto.

Brigitte cruzó las piernas y los brazos, cerró los ojos y se quedó completamente inmóvil. Cuatro o cinco minutos más tarde abrió los ojos y miró a Din Peih.

—¿Conoce alguna muchacha de confianza, Din?

—Sí… Sí, desde luego.

—¿De cuántos hombres podría disponer para dentro de una hora?

—¿Hombres? No sé… Media docena, quizás alguno más…

—No estará pensando atacar el yate —se alarmó Simón.

—No… Desde luego que no. ¿Y armas, Din? ¿Con qué armas podríamos contar?

—Tenemos escondidas algunas pistolas, unas pocas granadas, dos subfusiles o tres… Poca cosa, lo siento.

—Tendríamos que conseguir algo más. ¿Y explosivo plástico? ¿Podrían conseguir algo de eso?

Din Peih se dirigió al viejo vietnamita, que movió negativamente

la cabeza. Din Peih insistió, pero el viejo continuó moviendo la cabeza en sentido negativo, hablando pausadamente.

—Chi dice que no. Quizás algunas armas más, o algunas granadas, y cosas así, pero no sabe cómo conseguir explosivo plástico. De todos modos intentará encontrarlo.

—Es que yo tengo muy poco —musitó Brigitte—… Por cierto, Din, tendríamos que salir hacia el sur para recoger una cosa que dejé enterrada, por si me detenían, o me registraban… ¿Habrá alguna dificultad en viajar hacia el Sur un par de millas o poco más?

—No creo… ¿Qué ha de recoger allí?

—Un maletín. Pequeño… De este tamaño —señaló con las manos—. Podríamos esconderlo dentro de un saco de arroz, o algo así…

—Yo arreglaré eso.

—¿Tiene explosivo plástico en ese maletín? —preguntó Simón.

—Tengo de todo, Simón. Bueno, cosas pequeñas, claro… No sé si habré traído suficiente plástico para lo que se me ha ocurrido. Detonadores sí tengo dos, o más. Respecto a esas muchachas, Din… ¿son valerosas?

—Depende. ¿Qué quiere usted de ellas?

—Solo de una. ¿Sería ella capaz de entrar en el yate?

—¿En el *Manhattan*? —Respingó Din Peih.

—Claro.

—Pero eso es imposible…

—Supongamos que pudiera entrar tranquilamente. ¿Se atrevería a hacerlo, sabría comportarse con naturalidad?

—Está usted soñando —musitó Simón—… ¡No podrá conseguir eso, Baby!

—¿Por qué no? ¿Qué me responde, Din?

—Hay una…

—¿Es bonita?

—Sí… Muy bonita… Se llama Agi Nah.

—¿Aceptaría ella?

—No sé. Quizá sí.

—¿Y usted, Din? ¿Está dispuesto a intervenir directamente?

—Yo sí.

—Entonces solo precisamos de otro hombre… Un amigo de

usted. Joven y fuerte, decidido. ¿Lo tiene?

—Eso, sí —sonrió Din Peih.

—¿Los conoce Chi Pen Dong?

—Desde luego.

—Entonces, que los vayan a buscar. Que los envíen al puente donde nos encontramos antes usted y yo, pero que nos esperen media milla más arriba. Con bicicletas. Después de que Chi Pen Dong haya enviado a ese lugar a la mujer y al hombre, que se dedique a buscar más armas. Y mientras tanto, usted y yo iremos a recoger mi maletín. Ya sabe que si alguien nos detiene para preguntarnos cualquier cosa, yo soy sordomuda. ¿Tiene alguna duda?

—¿Duda? ¡No entiendo nada…!

—Mal hecho, porque vamos a empezar a actuar —rio Brigitte—. De todos modos, le explicaré todo con detalle por el camino. Y vamos a ponernos todos en marcha inmediatamente. Pase las instrucciones a Chi Pen Dong, por favor.

Din Peih se dedicó a ello. Simón miraba fijamente a Brigitte, y el ciego se mordía los labios, mortificado.

—No es justo —dijo de pronto—… Usted va a jugarse la vida, y nosotros… ¿Qué haremos nosotros?

—Nada, Simón. Les toca esperar esta vez. Y si a medianoche no hemos vuelto, pues… tendrán que arreglárselas ustedes solos. Les deseo suerte.

—¿A nosotros? —rio amargamente el ciego—. Creo que usted la va a necesitar en mucha mayor cantidad…

Capítulo VI

A media tarde, Din Peih detenía su bicicleta a un lado del camino que desde Vinh llevaba a Vu Liet, desviándose hacia el río Song Ca. En la barra llevaba a la vietnamita sordomuda; tal precaución había sido innecesaria, porque nadie los había molestado. Habían llegado al lugar, Brigitte había desenterrado su maletín y había regresado, tras ocultarlo en el gran bulto que Din Peih llevaba en la parte de atrás de la bicicleta.

Estuvieron esperando apenas un par de minutos, hasta que las matas se movieron cerca de ellos. Brigitte se volvió velozmente hacia allí, pistolita en mano, pero Din Peih le hizo una seña tranquilizadora. No había peligro. Un hombre y una mujer de su raza aparecieron cerca de ellos, mirándola con curiosidad. El hombre llevaba un subfusil de fabricación china en las manos, pero habiendo visto ya a Din Peih se mostraba completamente tranquilo. La muchacha era bonita, ciertamente, aunque en modo alguno podía compararse a la falsa vietnamita.

Din Peih se acercó a los dos, y estuvieron hablando un par de minutos. Luego se volvió hacia Brigitte.

—Chi les ha explicado más o menos lo que queremos. Pero parece que no lo han entendido muy bien, Baby.

—Usted sabe lo que yo quiero, Din. Explíqueselo detalladamente a los dos. No quiero malentendidos.

—Está bien.

Din Peih estuvo hablando con ellos por espacio de un par de minutos más. El vietnamita desconocido miró varias veces a Brigitte, con expresión no poco asustada, y hasta lanzó una contenida exclamación. Pero, finalmente, los dos parecieron estar de acuerdo con el plan.

—Dicen que harán lo que puedan, pero que creen que no saldrá bien.

—No están obligados, Din. Puede decirles que si se portan con naturalidad no hay nada que temer. Si no se sienten capaces, es mejor que se vayan, y buscaremos otra solución. Si el miedo que sienten es superior a sus deseos de hacer las cosas bien, no los quiero. Dígales eso con toda claridad.

De nuevo estuvo hablando Din Peih con el hombre y la mujer.

—Dicen que lo harán bien.

—De acuerdo.

—Ella se llama Agi Nah; y él, Ban Ti Boh. Dicen que agradecen lo que los americanos están haciendo en Vietnam. Ellos quieren ayudar cuanto puedan.

—Eso está bien —sonrió Brigitte—… ¿Han traído sus bicicletas?

—Sí.

—Entonces, pongámonos en camino. Y nada de disparos, Din. No quiero ruidos, ni sangre. Yo me encargaré de todo.

—Se lo diré.

Volvieron a hablar. Luego, Agi Nah y Ban Ti Boh desaparecieron entre la maleza, para reaparecer antes de un minuto, llevando cada uno una bicicleta por el manillar. Salieron todos al camino y Brigitte se colocó una vez más en la barra de la bicicleta de Din Peih, con su graciosa elegancia, inmutable incluso en tan incómoda postura para viajar. Se detenían una hora más tarde, de nuevo a un lado del camino. Agi Nah y Ban Ti Boh escondieron sus bicicletas y se quedaron acuclillados entre unas matas.

Brigitte descargó su maletín, y mientras Din Peih escondía también su bicicleta lo abrió y comenzó a sacar cosas bajo la impávida, pero realmente atenta mirada de los vietnamitas. Lo primero que hizo fue montar su extraordinario fusil, enroscando los tres tubos de aluminio. Luego metió en la recámara una de las ampollas de fino cristal. Dejó el arma a un lado y abrió dos de los botes de cristal que, aparentemente, contenían crema de belleza. Una crema blanca, inodora, muy espesa, elástica. Con un dedito pinchó ambas masas de crema y asintió con la cabeza: estaban en perfectas condiciones… Naturalmente, aquello no era crema de belleza más que en la superficie. El resto, en ambos recipientes, era explosivo plástico. Unas cargas muy pequeñas, ciertamente, pero tendría que arreglarse con ellas.

En verdad, dadas las circunstancias, tenía que confiar más en su

astucia profesional que en cualquier otra cosa.

Los detonadores también estaban en perfecto estado, por supuesto.

El problema era parcial, en definitiva. Con una de aquellas cargas podía conseguir su propósito, eso era cierto. Pero con la otra no tendría ni para empezar, como suele decirse. Y ahí, precisamente ahí, era donde intervenía… o tenía que intervenir su astucia. De todos modos, no convenía precipitarse. El tiempo, los acontecimientos, dictarían el comportamiento a seguir en todo momento.

Sacó ambas cargas de plástico de sus recipientes, tras tirar la crema a un lado. A cada una de las cargas colocó su correspondiente detonador, el cual, a su vez, estaba conectado a un diminuto aparato receptor de señales. Había utilizado otras veces aquel mismo procedimiento, y sabía que nada fallaría… Sin ir más lejos, tres días antes, en las Bermudas, lo había hecho cuando tío Charlie fue a recogerla a la Gran Bermuda. Y buena prueba de la eficacia de su sistema era aquella avioneta que había estallado en el aire, para luego hundirse, convertida en pedazos, en el fondo del Atlántico…

Din Peih había regresado ya de esconder su bicicleta y la miraba con incontenible curiosidad.

—¿Qué está haciendo? —Tuvo que preguntar.

—Preparando unas pequeñas bombas que estallarán cuando yo quiera, Din.

—¿Sí? ¿Cómo lo hará?

Brigitte sacó el aparato emisor de señales y lo mostró al vietnamita. Señaló el dial longitudinal.

—En cuanto yo mueva esto hacia la derecha estallará una de las cargas.

—¿Y la otra? Yo veo dos…

—Hay que hacer una pequeña modificación en la longitud de onda. Una vez efectuada, cosa que yo sé muy bien cómo se hace, también explotaría la segunda carga. Ahora, vea esto… Tal como está ahora el dial, se halla en posición de «seguro», de modo que queda bloqueado. Es una precaución interesante, Din… Sería muy tonto que por un golpe o cualquier accidente el dial se moviese mientras nosotros llevábamos las cargas, ¿no le parece?

—Creo que no lo entiendo muy bien… Pero sí entiendo eso de que no es interesante que las cargas exploten mientras las llevemos nosotros… ¿Qué hará con ellas?

—Bueno —rio la espía—… No hay que hablar como si todo fuese a salir bien. Será mejor que vaya a vigilar el camino. Supongo que ese *jeep* no puede tardar mucho. ¿Ha advertido a nuestros amigos que no deben intervenir?

—A menos que todo le salga mal a usted —recordó Din Peih.

—Oh, desde luego… Pero no va a salirme mal una cosa tan fácil…

—¿Qué hace ahora?

Brigitte había envuelto en plástico transparente una de las cargas de explosivo; hizo un nudo muy prieto en los extremos, de modo que la carga podía ser sumergida sin mojarse lo más mínimo. Pero, por si acaso, y para evitar cualquier estropicio en el detonador, y sobre todo en el pequeño receptor de señales, la envolvió en una segunda capa de plástico, anudándola tan fuertemente como la anterior. Finalmente sacó unos finos cordeles, con los que envolvió aquella carga; y pasó por entre las vueltas de aquel fino cordel cuatro o cinco agujas, de las que, a todas luces, eran utilizadas para sujetar el cabello.

—Están imantadas —explicó.

—¿Y qué significa eso?

—Significa, querido Din, que por medio de estas agujas imantadas yo puedo dejar pegada a cualquier superficie metálica la carga de plástico explosivo. Solo tengo que hacer que las agujas queden tocando esa superficie metálica y quedará fija allí, como soldada. ¿Comprende?

—No sé… La verdad, no muy bien… Usted hace cosas raras, Baby. ¿Y esa otra carga?

—Esta es para el yate *Manhattan*.

Los ojos un tanto oblicuos de Din Peih se abrieron mucho.

—¿Piensa… volar el yate? —exclamó.

—Es posible que lo haga.

—¡Pero hay catorce americanos ahí dentro!

—Lo sé —musitó Brigitte—… Lo sé muy bien, Din. Bueno… Todo está preparado por mi parte. Vaya a vigilar el camino. Y avise a Agi Nah lo que tiene que hacer cuando aparezca el *jeep*. Llévela

con usted al borde del camino.

—Sí… Está bien.

Din Peih se acercó a la linda vietnamita y estuvo hablando con ella unos segundos. Luego los dos se deslizaron hacia el borde del camino, mientras Ban Ti Boh se quedaba allí, inquieto, con la metralleta en las manos, mirando disimuladamente hacia aquella desconcertante mujer americana que parecía estar tomándose poco menos que a broma aquel asunto. Se había sentado en el suelo con la misma gracia que si estuviese en un trono, y, evidentemente, se disponía a esperar con una paciencia digna de una china.

Capítulo VII

Casi veinte minutos más tarde, Din Peih apareció, presuroso, en el escondrijo buscado entre la maleza. No dijo nada. Solamente señaló hacia el noroeste.

Brigitte se puso en pie, tomó su fusil de aluminio y se fue con Peih al borde del camino.

Una vez más, Ban Ti Boh miró asombrado a la extraña mujer. Él habría jurado que había estado dormitando, pero apenas apareció Din Peih entre las matas había abierto los ojos, lo había mirado, y se había puesto en movimiento instantáneamente, como si hubiera permanecido hasta entonces en la más tensa espera.

En el borde del camino, Brigitte miraba hacia la falda de la montaña que señalaba Din Peih. Se veía una nube de polvo que se iba alzando muy rápidamente: la nube que dejaría atrás un vehículo a motor, rodando a la velocidad que permitía la mala carretera, el dificultoso terreno que tenía que atravesar.

Agi Nah, la bella vietnamita, estaba mirando hacia ella, con expresión un tanto asustada. Brigitte le sonrió y señaló hacia el camino, le hizo señas de espera y volvió a señalar el camino. Agi Nah asintió con la cabeza y se puso en pie, dispuesta a esperar los pocos minutos que tardaría el *jeep* en aparecer ante ellos.

Tres minutos escasos.

Ese fue el tiempo que tardó el *jeep* en aparecer por el camino, lanzando oleadas de polvo tras él. Claramente visibles en el asiento delantero dos soldados norvietnamitas. Detrás, dos muchachas…

Brigitte hizo una rápida seña a Agi Nah, la cual salió inmediatamente al camino, con la actitud de quien se lanza a ciegas contra algo cuya potencia es imprevisible, pero dispuesta a todo. Ban Ti Boh se había deslizado hasta allí, y su metralleta se alzó, apuntando hacia el *jeep*. Din Peih tenía una pistola en la mano derecha, apretándola con fuerza, tenso… Brigitte Montfort había

alzado su rifle de tres piezas de aluminio, y apuntaba cuidadosamente por entre las matas.

El *jeep* llegó ante Agi Nah y se detuvo, rodeado de polvo. El soldado que no estaba al cargo del volante se incorporó en el asiento, con el fusil en las manos, mirando con desconfianza, pero sin temor alguno a Agi Nah.

La muchacha estaba diciendo algo, pero el soldado la interrumpió, secamente, preguntando algo a su vez, Brigitte no entendía nada, pero sí sabía que Agi Nah lo estaba haciendo bien… Señalaba hacia Vinh y su tono, su actitud, eran convincentes.

El soldado estaba negando con la cabeza. Parecía irritado, pero no agresivo. Ya ni siquiera desconfiaba, según parecía.

El objetivo del disparo de Brigitte era, disparando diagonalmente, el respaldo del asiento de aquel soldado. La ampolla de cristal debía reventar allí, de modo que el gas se esparciera uniformemente en todas direcciones, alcanzando a los cuatro ocupantes del vehículo por igual…

Pof.

En menos de un segundo pareció que el soldado que iba al volante y las dos muchachas quedaran completamente dormidos. El último en caer, debido a que su posición era más alta, fue el soldado que conversaba irritado con Agi Nah… Pero también cayó, como fulminado, hacia atrás, quedando tendido grotescamente ante las piernas de las dos muchachas vietnamitas.

En el acto, Brigitte apareció en el camino, corriendo. Saltó al *jeep*, examinó unos segundos los mandos y lo sacó del camino, metiéndolo de cualquier manera por la maleza, hasta ocultarlo. Apenas había saltado del vehículo, los tres vietnamitas ya estaban junto a ella, no poco sorprendidos, casi atónitos.

—Din, hay que hacerlo pronto. ¡Vamos, vamos!

Din Peih y Ban Ti Boh sacaron del *jeep* a los dos soldados, y se metieron con ellos entre la espesura. Brigitte sacó a las dos muchachas, tirándolas al suelo de sendos tirones. Inmediatamente, las desnudó completamente, ayudada por Agi Nah, en cuanto la muchacha pudo reaccionar. No menos de prisa, Baby se desnudó, también completamente, y comenzó a ponerse las ropas de una de las dormidas vietnamitas.

Agi Nah parecía petrificada.

—¡Vamos! —la instó Brigitte—. ¿A qué esperas?

Agi Nah no entendió sus palabras, pero sí entendió muy bien lo que se le estaba ordenando. Se desnudó, mirando cohibida a todos lados, y se puso las ropas de la otra vietnamita. Para entonces, Brigitte había ya terminado, y se dedicó a arrastrarlas, hasta tirarlas de cualquier modo entre unos espesos helechos. Luego vio el gran cesto de paja, un poco aplastado por el peso del soldado *viet* que había caído en el asiento de atrás. Había otro cesto más. Idéntico. Ambos llenos de comida. Comida de la que, generalmente, satisface al americano corriente, con abundancia de zumos de fruta…

—Esto parece tomate…

Abrió el bote de cristal y lo probó. Bueno, si no era tomate se le parecía extraordinariamente… Con toda tranquilidad bebió un buen trago y luego se quedó mirando a la cada vez más asombrada Agi Nah.

—¿Quieres? —ofreció, adelantando el bote.

Agi Nah movió negativamente la cabeza, y Brigitte encogió los hombros. Bebió otro trago, sonriendo. Dejó el bote en el suelo y sacó el que contenía la otra cesta. Lo probó para convencerse de que era lo mismo… Pero ya no bebió más. Vació buena parte del contenido en el suelo y dejó el segundo bote junto al primero.

Din Peih y Ban Ti Boh salían en aquel momento de la espesura, también ataviados con las ropas de los dos soldados *viets*.

—Dos granadas, Din —pidió Brigitte—… Oh, olvidaba el plástico… Desapareció de allí como una flecha para regresar en menos de un minuto, con su maletín, las dos cargas de explosivo plástico, el fusil… Din había dejado ya las dos granadas en el suelo, pero antes de nada Brigitte guardó en el maletín el fusil de aluminio, tras desmontarlo rápidamente. Luego, con tiras de ropa, se colgó las cargas de plástico en la cintura, por debajo de las faldas, de modo que quedaron entre sus muslos, un poco más abajo de las ingles. Naturalmente, el hecho de que los dos vietnamitas estuviesen mirando sus piernas la tenía sin cuidado. Bajó las faldas, cogió las granadas y tiró una dentro de cada bote de jugo de tomate, tras envolverlas en plástico…

—¿Qué está haciendo? —susurró Din Peih.

—Pues ya ve: enviando armas a los chicos americanos.

—¡Pero eso es imposible! No podrán usar esas granadas dentro

del yate, porque también ellos morirían… Además, aunque no muriesen, ¿cómo podrían escapar, cómo podrían…?

—Calma, Din Peih. Todo está previsto.

Tapó los botes y los alzó para mirarlos críticamente. No se veían las granadas, pero sí un cierto tono verdoso entre el rojo jugo, en su centro. Algo que, en verdad, podía hacer desconfiar a los simpáticos oficiales norvietnamitas… Espléndido.

Metió los botes en sus respectivas cestas y alzó una de ellas, señalando la otra a Agi Nah.

—Nos vamos, Din. Usted conducirá el *jeep*. Deténgase cuando estemos más cerca de Vinh para que pueda esconder de nuevo mi maletín. Luego no pare hasta el embarcadero de Nghi Xuán.

—¿Y los dos soldados, las chicas…?

—Esos dormirán tres horas, por lo menos. Todo lo que puede ocurrirles es que se resfríen.

—Pero cuando despierten…

—Para entonces, eso ya no tendrá importancia. En marcha. Y quiero que durante el camino repita las instrucciones a estos dos amigos… En cuanto a usted, supongo que no precisa repetición de instrucciones.

—No… No lo necesito.

—Pues adelante.

Din Peih se puso al volante del *jeep*, mientras Ban Ti Boh se colocaba a su lado. Brigitte y Agi Nah pasaron al asiento de atrás y dejaron las cestas ante sus pies. El *jeep* salió de la espesura, con marcha atrás.

Inmediatamente enfiló el camino hacia Vinh, a toda la velocidad que permitía el terreno.

—No corra tanto, Din —indicó Brigitte—… Conviene que lleguemos allá casi de noche. Cuanto más oscuro, mejor.

—Pero será demasiado tarde…

—Si llegamos a plena luz del día será demasiado pronto. Tranquilo. Debemos manejar el tiempo a nuestra comodidad. La última parte de mi plan requiere que sea de noche, no lo olvide.

—No lo conseguirá —musitó Din Peih—… Es imposible, Baby, no se puede conseguir eso…

—Primero, probaremos. Luego, yo le diré si es posible o no es posible. Tranquilo. Quiero ver muchas estrellas en el cielo cuando

lleguemos a Nghi Xuán, al embarcadero.

* * *

Había algunas estrellas en el cielo cuando el *jeep* se detuvo junto al embarcadero de Nghi Xuán. Se veían algunos soldados paseando por el piso de piedra, muy cerca del blanco yate, que parecía prensado entre dos lanchas rápidas norvietnamitas. Había tres más, algo apartadas. Más a la izquierda, numerosos pesqueros, dos de los cuales mostraban la bandera china. Y al fondo, fondeados como a tres cuartos de milla, las grandes moles de los escoltas *viets*, que parecían cerrar herméticamente la salida a mar abierto. Dos enemigos considerables, que habría que tener muy en cuenta si las cosas se ponían al rojo vivo. La idea de cruzar aquella barrera escapando con un simple yate no podía ser más descabellada. Incluso antes de que el *Manhattan* estuviese a su altura, los dos escoltas podían reducirlo a polvo con un par de andanadas…

—Hemos llegado —susurró Din Peih.

Brigitte asintió con la cabeza. Se apeó, cogió una de las cestas y esperó a que la envarada Agi Nah hiciese lo mismo. Ban Ti Boh se quedó en el *jeep*, y Din Peih las precedió a ambas hacia el yate, pasando por entre los soldados, que los miraron tranquilamente. Empezaban ya a acostumbrarse a aquello.

Otro soldado, fusil en ristre, los detuvo en el extremo de la pasarela que llevaba al yate. Din Peih habló con él, con aire aburrido, y el soldado se apartó. Subieron a bordo. En el otro extremo de la pasarela había otro soldado, pero ni siquiera les preguntó nada. En el centro de la cubierta había dos más. Uno de ellos se encaró a Din Peih, fruncido el ceño… Pareció que iba a entablarse una discusión, pero Din Peih dijo algo que hizo reír al otro, señalando hacia las muchachas que llevaban las cestas. Enseguida, Din Peih sacó un paquete de cigarrillos americanos, que mostró triunfalmente… Señaló en dirección a Vu Liet, y su nuevo comentario hizo reír ahora a los dos *viets*. El que había puesto objeciones alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos, pero Din lo retiró vivamente. Luego, refunfuñando, entregó dos cigarrillos a cada uno…

Se volvió hacia ellas, fruncido el ceño, y dijo algo en vietnamita,

acremente.

Agi Nah se dirigió hacia la entrada a los camarotes del yate americano, y Brigitte la imitó prestamente.

Descendieron el tramo de peldaños de madera brillante, hacia el *living-yacht*. Enseguida se encontraron envueltas en humo… Abajo se oían risas y sonido de cristal contra cristal. Un suboficial *viet* las recibió al pie del tramo de escalones, mirándolas con el ceño fruncido. Preguntó algo, mirando a Brigitte, pero esta movió negativamente la cabeza… Agi Nah se apresuró a intervenir, mientras Brigitte miraba como asustada la boca del norvietnamita, como queriendo entender lo que decía por el movimiento de los labios. Agi Nah le estaba diciendo, era de esperar, que ella era sordomuda y que no podría conversar con él. Pero parecía que ella se bastaba para explicar las cosas… Había habido un cambio de personal en el *jeep*, eso era todo… Quizás a los americanos les gustase la variedad…

Los americanos…

Allá estaban los americanos. Los doce muchachos universitarios, riendo con los oficiales norvietnamitas, bebiendo, fumando… El ambiente no podía ser más amistoso… Algunos de los jóvenes americanos parecían un poco ebrios y eran los que más reían… Muchachos de diecisiete a veinte años, inocentes como suelen ser los jóvenes americanos, sin malicia, sin astucia, de carácter abierto… ¿Dónde debían de estar los dos agentes de la CIA? ¿Los habían eliminado quizás…?

De pronto, Brigitte casi se estremeció bajo la mirada del chino que estaba sentado en un rincón del amplio *living*. Un chino grandote, de ojos diminutos, brillantes como cristal negro, de cabeza completamente pelada. Parecía un poco hastiado, como defraudado. Sus manos eran enormes, pero parecían blandas, igual que todo su cuerpo, como el de un enorme sapo amarillo. Le faltaba la mitad de la ceja derecha. Como si se hubiera quemado aquella parte del rostro, de tal modo que ya no tendría jamás vello allí; parecía como si aquel ojo estuviese fijo, congelado… ¿Había conseguido, finalmente, que los *viets* le dejasen, al menos, asistir a los interrogatorios «amables y simpáticos»? Así debía de ser, y, desde luego, no parecía muy satisfecho del modo en que los norvietnamitas estaban llevando el asunto.

Brigitte desvió la mirada hacia el suelo, como amedrentada. Cuando la alzó, Agi Nah había terminado su conversación con el suboficial, quizá debido a que uno de los jóvenes, apuestos y simpáticos oficiales se había acercado, quitando la cesta de las manos de la muchacha. También hizo un comentario, pero apenas escuchó la respuesta de Agi Nah.

Colocó la cesta en la mesita y empezó a sacar cosas, haciendo comentarios en un aceptable inglés. Los demás reían… Uno de los muchachos americanos comentó algo respecto a lo que debía de ser un «plumkake», y todos soltaron la carcajada. ¿Podían ser tan tontos aquellos chicos americanos? Aunque, realmente, debían de tenerlos allí engañados… Puesto que Vietnam del Norte y los americanos estaban en guerra podían haberles dicho que su salida del embarcadero de Nghi Xuán dependía de ciertas formalidades…, que se estaban retrasando. Al mismo tiempo, los *viets* demostraban que eran gente cordial, amable, que no sentía animosidad hacia los «no beligerantes»…

Agi Nah se colocó junto a ella y le tocó en un hombro. Brigitte la miró, y Agi señaló hacia el pasillo, mostrando dos dedos. Brigitte asintió y se fue hacia allí, como desconcertada. Pasó muy cerca del enorme chino, cuya mirada parecía taladrarla… Cuando volvió la cabeza, Agi Nah estaba sentada en las rodillas de uno de los chicos americanos, que intentaba decirle algo en vietnamita ante la amable hilaridad de los *viets*… Sí… Un perfecto lavado de cerebro, una… política «simpática» la de los oficiales de Vietnam del Norte con aquella docena de muchachos…

Brigitte se sobresaltó de nuevo cuando vio entrar en su radio visual al enorme chino, moviéndose despaciosamente, hacia la salida, hacia el tramo de escalones…, pero vuelta la cabeza hacia el pasillo, de modo que sus miradas volvieron a encontrarse. El chino sonrió brevísimamente, de un modo cruel, despectivo, y continuó hacia la salida de la cámara central del yate… La espía lo vio subir, lentamente, sujetándose a la barandilla…

Estaba ante la puerta del camarote, en cuyo interior se oían voces en inglés. Llamó tímidamente, y la puerta se abrió en el acto. Un joven oficial *viet*, muy pulcro, atractivo según los cánones de su raza, la miró, sonriente, y le dijo algo, señalando hacia el interior. Brigitte movió la cabeza negativamente, sonrió y se tocó las orejas y

la boca…

El oficial *viet* volvió a señalar el interior del camarote, y ella entró, siempre tímidamente, mirando a todos lados, como asustada.

Allí, delante de ella, sentados en el borde de la litera, tenía a los dos agentes de la CIA. Altos, fuertes, bronceados, de mirada inteligente y rápida. Parecían encontrarse a sus anchas, fumando… Ante ellos, sentados en taburetes, había dos oficiales más, que parecían agotados, desconcertados. Brigitte vio la levísima sonrisa irónica en los labios de uno de los espías americanos, y comprendió que se estaban burlando, por el momento, de los «astutos» esfuerzos norvietnamitas por sonsacarles algo. Los dos debían de tener alrededor de treinta y cinco años y era evidente que resultaban huesos mucho más duros de roer que la docena de jovencitos que reían en el living. Pero se tomaban las cosas con calma, con filosofía, y, mientras lo bueno durase, no despreciaban los cigarrillos, ni el *whisky*.

Pero, ciertamente, los oficiales encargados de ellos parecían estar al borde de la irritación, del abandono de aquellos medios de persuasión, de interrogatorio.

Uno de los americanos frunció el ceño al mirarla, y por un instante hubo un extraño destello en su mirada.

—Vaya —comentó enseguida—… Parece que nos han renovado el servicio, Foster. Ven aquí, preciosa. Anda, ven con el buen Michael…

—Es sordomuda —explicó el oficial que había abierto la puerta.

—Oh… Lástima de chica, capitán.

—Es una desgracia que puede ocurrirle a cualquiera, señor.

—Sin duda. También en los Estados Unidos hay sordomudos, no crea. Una pena. Pero veamos qué nos traen hoy para cenar… Es un poco tarde, ¿no cree?

—Sí… Un poco. Mire, señor Vray, nosotros estamos haciendo lo posible para que ustedes aprecien el comportamiento correcto que están recibiendo. Sin embargo, las reticencias de ustedes dos empiezan a resultar… molestas.

—¿Reticencias, capitán? No comprendo, perdone…

—Mucho me temo que empezamos a considerar la situación… un poco desagradable. No quisiéramos ser injustos, pero es posible que ustedes hayan entendido las palabras de Wo Tin Tsing…

—¿Se refiere al chino gordo que estuvo antes aquí?

—Sí. Él opina que su… viaje, su… accidental acercamiento a nuestras costas, es algo… premeditado. Nosotros no queremos que cuando los dejemos libres expliquen las cosas de un modo… diferente a la realidad. Como habrá observado, no hemos hecho mucho caso a las sugerencias de Wo Tin Tsing…

—¿Es un… espía chino el tal Tsing?

—Señor Vray: no hay espías aquí. Tin Tsing es, simplemente, un chino que está en Vietnam en calidad de corresponsal de una agencia china de periodismo. Su presencia en el yate queda explicada diciendo que nosotros queremos que se sepa en cualquier parte del mundo que no somos… intransigentes con nuestros prisioneros americanos.

—Perdone, capitán… ¿Dice usted que somos prisioneros? Si no entendí mal antes, y ayer, y anteayer, dijo usted que…

—Es su actitud la que va… cambiando la situación, señor Vray, no nuestro deseo. Por si esto puede ayudarle a cambiar esa actitud, les diré que hemos encontrado un sistema especial de sonar para rastreo de submarinos, según parece. Y creemos que hay más cosas… sorprendentes en este yate. Yo opino que una explicación sincera entre nosotros evitaría muchas… discusiones.

—¿Está prohibido llevar sonar?

—¿En un yate de recreo, señor Vray? —Sonrió el oficial.

—¿Por qué no?

—También lleva radio de onda corta. Y telémetro… Mañana por la mañana seguiremos buscando más cosas.

—Me parece bien. Yo espero poder explicar la presencia de cada cosa que ustedes encuentren.

—Y yo me permito dudarlo. No olvide que los encontramos en nuestras aguas jurisdiccionales.

—Capitán —sonrió el espía americano—: eso es una simpática mentira.

—¿Insiste usted en negarlo?

—Todas cuantas veces usted insista en afirmarlo.

—Sea razonable. Nosotros…

—¿Le importa que sea razonable después de comer algo?

El capitán *viet* entornó los ojos un instante, pero supo contener su furia y sonreír una vez más. Le hizo una seña a Brigitte, que dejó

en el suelo la cesta, y se arrodilló, empezando a sacar su contenido. Dejó el bote de jugo de tomate cerca de los pies del más próximo de los espías y lo miró un segundo, fijamente. Oyó a uno de los oficiales decir algo en su idioma, disgustado, y supo que se dirigía a ella. Pero, puesto que era sordomuda, permaneció impasible, sacando el resto del contenido de la cesta…, hasta que una mano se posó impaciente en su hombro.

Alzó la cabeza, sobresaltada, y el oficial le señaló la salida del camarote. Por lo visto, a los espías no pensaban permitirles que jugasen un ratito con ella.

Vació la cesta rápidamente y salió del camarote. Caminó por el pasillo hasta que pudo ver a Agi Nah, ahora sentada entre dos de los muchachos americanos, riendo como una tonta, mientras ellos palmeaban jovialmente sus rodillas. La simple mirada de la espía fue suficiente para Agi Nah, que señaló hacia ella y se puso en pie… Hubo una protesta por parte de los muchachos americanos, y los *viets* fruncieron el ceño… Pero Agi Nah llegó junto a Brigitte, en el pasillo, y simuló prestar mucha atención a sus gestos. Al regresar al salón del yate, diría que tenía que ir a buscar algo al *jeep*… y ya no volvería. Así era el plan, y era de esperar que Agi Nah supiese hacerlo. Ella y sus dos amigos escaparían con el *jeep*, dejándola sola, según lo convenido.

Y así fue. Tras contemplar sus expresivos gestos, Agi Nah volvió al *living-yacht*, y explicó algo a los oficiales *viets*, que sonrieron y asintieron con la cabeza.

Brigitte vio a la muchacha dirigirse al tramo de peldaños de madera, y ya no esperó más.

Entró en la cocina, al fondo del pasillo, y cerró la puerta. Lo primero que hizo fue abrir el ojo de buey y medirlo rápidamente con ambas manitas, al mismo tiempo que comprobaba que afuera la noche había llegado. Dejó la circular ventana abierta y, convencida ya de que por allí podría salir, fue directa a los fregaderos, inclinándose bajo ellos.

A toda prisa comenzó a desenroscar la parte final del tubo de desagüe. En menos de quince segundos lo quitó de su sitio y metió la mano por la tubería. Satisfecha del tamaño interior de esta sacó uno de los paquetes envueltos en plástico, que contenía explosivo moldeable, y lo fue apretando hasta formar con él lo que parecía un

cigarro habano, respetando siempre la posición e integridad del detonador y del receptor de señales de radio. Con la misma tira de tela ató fuertemente aquel peligroso cigarro y lo introdujo por la tubería, con todo cuidado. Si echaban agua allí mojaría el paquete, pero este no obstruiría la tubería; y, por supuesto, no importaba que aquel «cigarro habano» se mojase, estando bien protegido por el plástico.

Anudó la tira de tela a la tubería fija y cogió la pieza, que debía colocar nuevamente en su sitio de tal modo que al roscarla en la tubería fija quedase sujetando la tira de tela que sostenía el explosivo…

Movió la mano hacía donde había dejado el trozo de tubería… y de pronto oyó con más fuerza las voces de los americanos y los norvietnamitas. Comprendió al instante que la puerta de la cocina se había abierto y se volvió velozmente, muy abiertos los ojos.

Todavía pudo ver la sonrisa del oficial *viet*, pero ya transformándose en un gesto de perplejidad, en un fruncimiento de ceño, en una desconfianza ciertamente asombrada.

El oficial dijo algo, pero Brigitte se puso en pie sin contestar, sonriendo siempre tímidamente, asustada y señalando la tubería. La expresión del oficial se aclaró un instante, pero sus ojos continuaron fijos allí, en aquella pieza suelta, en el trozo de tela que colgaba hacia dentro de la tubería…

Volvió a decir algo, y Brigitte negó con la cabeza, encogiéndose, como amedrentada.

El hombre se acercó más, miró sin comprender aquella pieza suelta y de pronto asió a Brigitte de un brazo, diciendo algo que, ciertamente, parecía amenazador. Alzó una mano… y recibió un tremendo golpe con el canto de la manita derecha de la espía en plena garganta, que lo derrumbó como muerto, fulminado.

Brigitte se desentendió de él inmediatamente, volviendo a su tarea, sudando ahora copiosamente. Colocó la pieza en su sitio, de tal modo que la carga de explosivo quedó colgando dentro de la tubería, y se incorporó. Se secó el sudor y fue junto al norvietnamita. Le tomó el pulso, y frunció el ceño. Todavía estaba vivo… Y si así lo dejaba, al despertar llamaría la atención de todos hacia la tubería, encontrarían la carga de plástico…

—Lo lamento —susurró—… Lo lamento de veras, pero no puedo

dejarte vivo…

Alzó su cabeza, sujetándola por la frente y el occipucio y, cerrando los ojos como quien se esfuerza en ignorar la realidad de su mala acción, giró con fuerza ambas manos en una vuelta seca, dura… Se oyó un crujido, y la cabeza del oficial norvietnamita quedó como suelta, bamboleante, roto el cuello con la salvaje presa de jiu-jitsu.

—Dios me perdone —gimió Brigitte, pálida—… Dios me perdone por querer más a mis muchachos americanos…

Se puso en pie, apagó la luz de la cocina del yate y colocó un taburete bajo el ojo de buey. En pocos segundos, su cuerpo se deslizó por la redonda abertura… Finalmente quedó colgando cabeza abajo, sujeta con los pies al circular borde, igual que un trapecista en la barra de su trapecio. El agua estaba solamente una yarda más abajo, y ante ella se extendía el mar, con los dos colosos metálicos fondeados tres cuartos de milla más allá.

Eran su siguiente objetivo. Mientras todos la estarían buscando por tierra firme o por el embarcadero, ella estaría nadando hacia los dos grandes escoltas norvietnamitas… Juntó sus pies, soltándolos del borde del ojo de buey…, y su cuerpo, perpendicularmente, se hundió en las negras y frías aguas.

Ante ella, de acuerdo a los planes trazados, tenía la agotadora perspectiva de recorrer a nado no menos de cuatro millas.

Solamente eso.

Pero con tiempo y buenos nervios, una espía tan bien entrenada como Baby podía conseguir eso, e incluso más.

Lo único que la inquietaba eran las represalias que los *viets* podrían tomar contra los catorce americanos prisioneros cuando encontrasen muerto a su compañero…

* * *

Un oficial viet entró bruscamente en el camarote, aullando algo que los dos agentes de la CIA no pudieron entender. Los que estaban con ellos también quedaron demudados, incrédulos. El recién llegado mostró el contenido del envoltorio de plástico, que sujetaba con dedos manchados de jugo rojo… Gesticulaba furiosamente, y de pronto se lanzó contra el bote de jugo de tomate que Brigitte había

dejado allí. Lo destapó y lo volvió al revés, derramando todo el contenido… En su mano quedó un envoltorio de plástico chorreando jugo de tomate… En pocos segundos quedó al descubierto la granada de mano, idéntica a la que había sido encontrada en el otro bote.

El capitán que dirigía el interrogatorio en aquel camarote se volvió hacia los dos espías americanos, sonriendo de un modo frío, lento, amenazador.

—Parece que las cosas se están… aclarando, señor Vray.

—¿Por qué? No hemos entendido nada —dijo Foster.

—¿No, señor Nash? ¿De veras?

—Mire, capitán, no nos gustan los acertijos. Diga lo que sea.

—Ustedes mismos han visto que dentro del bote de jugo de tomate tenían una granada de mano, ¿no es así?

—¿A qué están jugando ustedes? —Sonrió despectivamente Vray —. Si están empleando algún truco para poder acusarnos de algo…

—¿Un truco, señor Vray? No es tal, se lo aseguro… ¿Recuerdan a la chica que les ha traído esto?

—Era muy bonita —relampagueó la mirada de Foster.

—Y muy peligrosa, según parece. Ella y la otra les han traído estas granadas. Una salió tranquilamente del yate, pero la que estuvo aquí fue a la cocina…

—Qué muchacha tan hacendosa —sonrió Vray, secamente.

—Muy hacendosa. Le ha roto el cuello a uno de mis compañeros… Se lo ha roto de un modo muy especial, según la vieja técnica del jiujitsu mortal, que fue prohibida hace años en Japón, incluso en demostraciones deportivas. Pero antes, en realidad, casi lo ha matado de un golpe de karate en la garganta, según parece… Luego se ha marchado por la ventana de la cocina.

—No le debe de gustar lavar los platos.

—Su humor está fuera de lugar, señor Vray.

—¿Qué demonios quiere que digamos nosotros? Era una vietnamita, ¿no es cierto? ¡Pregúntele a ella qué se proponía! O a los rusos, o a los chinos, que también quieren echarnos la zarpa encima… Una cosa le aseguro, capitán: cuando nos suelten ustedes vamos a protestar ante quien sea necesario por esta retención que…

—¡Cállese!

El oficial golpeó con la pistola en plena boca de Michael Vray,

tirándolo hacia atrás, contra el tabique al cual estaban adosadas las literas. Vray volvió a sentarse, tranquilamente, chorreando sangre, con un diente partido, lívido el rostro… La sangre destacaba fuertemente en su barbilla, en el cuello, en el pecho, resbalando entre el vello rizado… Michael Vray se quedó mirando al oficial, sin el menor comentario, tragando parte de la sangre e ignorando la que resbalaba por su cuello y pecho.

—Las contemplaciones han terminado, señor Vray. Y si ustedes tienen… o tenían la menor esperanza de volver a su país, este es el momento de que la abandonen definitivamente.

—¿Nos van a dar la ciudadanía vietnamita?

Un destello de cólera pasó por los ojos negrísimos del capitán *viet.*

—Haremos lo posible por… rebajar ese magnífico humor, señor Vray. Yo se lo prometo.

—No se debe prometer lo que no se ha de cumplir, capitán.

—¿Eso cree? También rebajaremos su insolencia americana. Ya no más contemplaciones, no más amabilidad, no más…

—No más hipocresía —sonrió Vray, sangrando copiosamente.

—Parece usted muy valiente, señor Vray. Ya veremos si mantiene ese valor dentro de poco. Por el momento, y mientras buscamos todos a esa mujer, vayan haciendo acopio de fuerzas… y de valor. Hasta luego, señores turistas.

—¿Sabe una cosa, capitán?

—¿Qué cosa?

—Vietnam no me gusta. No la recomendaré a mis amistades.

El oficial pareció a punto de volver a golpearlo, pero optó por salir. La puerta fue cerrada, y los dos americanos quedaron solos en el camarote. Ellos, desde luego, no cabían por el ojo de buey, de modo que tendrían que permanecer allí… Afuera se oían voces, gritos que no podían entender y se habían encendido muchas luces… Rugían los motores de un par de lanchas rápidas y sonaban sus sirenas de alarma…

—Esa chica no era vietnamita —dijo de pronto Vray.

—¿No?

—Era blanca. Americana o europea. Seguro, Foster.

—Sea quien sea, tiene una audacia escalofriante… ¿Cómo está esa boca?

—Un poco mellada… Lástima que el diente que me ha roto ese cochino no sea de leche, porque me volvería a salir. En fin, peor se está casado, dicen algunos. Y otra cosa: si le ha roto el cuello a un hombre por ese procedimiento de jiu-jitsu, la chica es una monada, ¿no te parece? Apuesto a que se disgustará mucho cuando sepa que me han roto un diente.

Foster Nash miró vivamente interesado a su compañero.

—¿Baby? —musitó—. ¿Crees que esa vietnamita pudo ser…?

—Dime otra nena espía que sea capaz de organizar todo este jaleo.

Nash se pasó la lengua por los labios.

—No sé… Oh, vamos, Mike, estás soñando…

—¿Opinas que la envergadura del asunto del yate *Manhattan* no requiere la intervención de nuestra Baby?

Ahora, Foster Nash se mordió los labios y palideció. Vaciló unos segundos antes de musitar:

—Creo que tienes razón… Y si es ella lo siento, Mike, porque se ha metido en un buen lío.

Vray escupió un pegote de sangre y movió la cabeza, negando.

—No, hombre, no… Cuando Baby se mete en un sitio es porque ya sabe cómo va a salir. Bueno… Eso dicen los chismes de la CIA, al menos. La espía fabulosa, la espía sensacional, la divina espía de los ojos azules…

—Esa chica los tenía negros.

—No seas bobo, Foster, demonios…

—Bueno, ya sé… De todos modos, nadie nos librará de estos tipos jamás. Y si esa chica es Baby será lo bastante lista para comprenderlo y escapar de aquí a toda máquina, ¿no crees?

—No sé. Lo importante es que escape. Mientras ella esté libre tendremos alguna esperanza…

* * *

A tres cuartos de milla de allí, la espía internacional emergía finalmente junto al enorme navío norvietnamita. En la cubierta del barco elegido, muy por encima de ella, se veían luces, y algunas voces daban fe de la presencia activa de los marinos. En la costa había muchas más luces. Se veían los reflectores de las lanchas

rápidas, pasando y repasando por las aguas cercanas al embarcadero, que había sido ocupado, vigilado estrechamente por más de cuarenta hombres, que iban estirando el cordón que formaban, ocupando cada vez más espacio…

Y mientras era buscada por allí, la agente Baby dejaba colocada, una docena de pulgadas más abajo de la línea de flotación del navío, su segunda carga de plástico explosivo. Se aseguró bien de que quedaba sujeta por las agujas imantadas, tras cerciorarse antes de que la carga estaba bien protegida por el envoltorio impermeable. Mientras tanto había ido descansando de la fatiga, no excesiva, por otra parte, ya que había dosificado muy bien el esfuerzo para llegar a nado junto al navío… Algunas veces, las lanchas se habían introducido bastante en el mar, lanzando sus luces, pero ella se había limitado a sumergirse y nadar bajo el agua, siempre sin esforzarse, sin derrochar energías inútilmente. No llegaba nunca al límite de su capacidad pulmonar, sino que emergía antes, tranquila, sin agitar el agua… Tenía toda la noche por delante, si así convenía, ya que ningún barco anclado en aquella base saldría a mar abierto aquella noche, con el riesgo de tropezarse con el submarino americano que había sido detectado por radar la noche anterior…

Pero, realmente, Brigitte Montfort no necesitaba toda la noche para escapar de aquello. Cuando, recuperadas buena parte de sus energías, se alejó del navío enemigo, nadando bajo el agua, salvo los intervalos que precisaba para respirar, lo hizo mar adentro, durante un cuarto de milla. Luego, efectuando una curva, se fue alejando del navío y, al mismo tiempo, acercándose a tierra firme, a la desembocadura del Song Ca. Pasado aquel lugar un tanto turbulento, sabía que podría tocar tierra en cualquier punto. No la esperaría nadie por allí.

Y efectivamente. Dos horas más tarde, ahora ya francamente cansada, poco menos que exhausta, la espía internacional llegaba a la costa por el punto rocoso que había elegido desde lejos. Estuvo un par de minutos más en el agua todavía. Luego escaló las rocas, con precauciones, y las rebasó… Llegó a la espesura, estuvo caminando y, en un momento dado, se dejó caer al suelo. Hubiese querido dormir, pero quería reunirse lo más pronto posible con Din Peih, con Agi Nah, con Ban Ti Boh…

Estuvo descansando durante media hora, completamente relajada, pero manteniéndose despierta. Cuando reanudó el camino lo hizo directo hacia Vinh, directa hacia el puente, directa hacia donde había dejado su maletín y las ropas secas que había recogido en previsión de aquello.

Solo tenía que recoger el maletín y acudir al escondite, donde le estarían esperando Din Peih y sus dos muchachos de la CIA. Por el momento, todo había salido bien.

De modo que se había ganado un buen descanso.

Capítulo VIII

Cruzó bajo la gran arcada de piedra, luego tomó la calle que se bifurcaba hacia la derecha y llegó ante el portal de la casi laberíntica casa que Din Peih tenía en Vinh.

El perro sarnoso no estaba allí. Tampoco estaba el joven vietnamita que debía abrir la puerta a la señal de tres golpes... Pero, al parecer, no era necesario, ya que la puerta, apenas la tocó, cedió hacia dentro.

Baby frunció el ceño y se apresuró a sacar la pistolita del camuflado maletín, envuelto en ropas viejas. Penetró en el largo corredor, completamente oscuro... Al fondo se veía la relativa claridad estelar de la noche, allá donde estaba el patio con el estanque de sucias aguas donde vivían milagrosamente algunos peces. Llegó allí sin novedad.

El silencio era absoluto. Había un pesado aroma de flores, y los bambúes, agrupados muy espesos, se erguían como sombras agudas, amenazadoras. Durante un par de minutos, la espía internacional permaneció inmóvil, atento primordialmente su finísimo oído. En más de una ocasión, aquel don privilegiado de escuchar el menor ruido la había salvado de un apuro considerable... Pero nada oyó. Si había alguien por allí permanecía tan silencioso que ni siquiera debía de respirar.

También del maletín sacó la diminuta linterna camuflada en la base del lápiz labial. Esperó a entrar en la primera habitación para encenderla y recorrió con la delgada raya luminosa los rincones, las paredes... Nada. Tampoco había nada en la segunda habitación. Una leve claridad azul-negra entraba por cada uno de los ventanucos con marcos de cañas de bambú.

Y tampoco parecía que hubiese nadie en la tercera habitación, allá donde había visto por primera vez a sus compañeros llamados Kirk y Taddeus...

Pero sí.

Sí había alguien.

Finalmente, al deslizarse por el suelo, la raya de luz pasó por encima del cuerpo de un hombre, tendido cara al techo. Brigitte se apresuró a acercarse allí, se arrodilló junto a aquel cuerpo, y la luz subió hacia el rostro de aquel hombre que ya, por las ropas de *yachtman*, había identificado. Tenía los ojos abiertos, la boca crispada… Y el pecho lleno de sangre.

Simón-Taddeus había entregado su vida defendiendo hasta el último instante a Simón-Kirk, su compañero ciego.

Brigitte abrazó contra su pecho la cabeza de aquel hombre cuyo sentido de la amistad se había sobrepuesto a la cautela del espía, que tiene como norma principal huir a la menor dificultad. Un espía no es un soldado, que puede rendirse con honor y ser respetado. Un espía puede ser asesinado en el acto, de cualquier modo…, y su país, al día siguiente, negará conocer incluso la existencia de aquel hombre. Por eso, los espías deben huir a la menor dificultad. Es básico en la profesión. Y, sin embargo, Simón-Taddeus, para proteger a un compañero ciego, se había jugado la vida… y la había perdido. Como siempre, la más implacable espía del mundo sentía aquella muerte en lo más profundo, y notaba frías las manos y el rostro, que debía de estar muy pálido. Como siempre, notaba aquella opresiva angustia por no poder hacer otra cosa que abrazar el cadáver de su compañero, esforzándose en pensar que algún día, alguien la abrazaría a ella cuando yaciese más pálida que ahora, con el pecho lleno de sangre, abiertos para siempre los azules ojos…

Pasó una mano por el rígido rostro de su compañero. Uno más. Otro más en la larga lista.

Y por fin, Baby oyó el ruidito. Era lo lógico, y en todo momento había sabido, siquiera fuese subconscientemente, que alguien tenía que haber allí. Alguien que, por supuesto, tenía mucho que ver con la muerte de Simón.

Como en anteriores ocasiones, los ojos de Baby se congelaron, como hermosos lagos de alta montaña, de aguas de transparente tonalidad. Continuó abrazando la cabeza de Simón contra su pecho, pero su mano derecha apretó con fuerza la pistola, y su oído privilegiado consiguió localizar el lugar exacto donde sonaba aquel ruidito. Un deslizarse de pies hacia su espalda.

Es decir, que la querían viva…

Soltó a Simón y se volvió de pronto, lanzando hacia aquel lugar de su espalda el rayito de luz de la pequeña linterna. Vio parte del cuerpo del hombre y disparó hacia allí…

Plop.

Su pistolita emitió aquel leve chasquido de disparo silencioso. Sabía que ni siquiera necesitaba apuntar. Le bastaba saber dónde tenía que meter la bala, su cerebro daba la orden a la mano, y esta, siempre infaliblemente, se colocaba en la posición adecuada.

Oyó el gemido del hombre, un par de pasos pesados… Se puso en pie y corrió hacia la puerta. Aún no había llegado allí cuando oía el sonido característico de un hombre al desplomarse… Buen viaje al infierno, maldito.

Salió de aquella habitación, y una sombra se cruzó ante ella, tan cerca que ni siquiera pudo mover la pistola, ya que inmediatamente unos brazos le rodearon con fuerza todo el tórax, inmovilizándola. Alzó su pierna derecha, rabiosamente, y la rodilla dio allá donde tenía que dar, entre las ingles del maloliente desconocido; olía a mar, a sucio y a pescado.

El hombre lanzó un gemido, y su presión se aflojó tanto que Brigitte pudo soltarse. Su mano izquierda, de revés y de canto, golpeó hacia delante, con toda la fuerza de aquel precioso bracito de acero. Resonó el seco chasquido en el plexo solar del hombre, que cayó de espaldas, emitiendo un profundo ronquido.

Y la divina espía continuó su huida, escapando de aquella habitación. Salió a la primera, la cruzó, salió al patio del estanque y se volvió hacia la derecha al notar el movimiento allí. Vio a otro hombre, pero cuando estaba alzando la pistolita un brazo apareció por detrás y se clavó ferozmente en su garganta. Ante ella, el enemigo que había presentido se cernió, alzando un objeto largo y opaco sobre su cabeza.

Brigitte alzó ambas piernas y en el instante que quedó colgada por el cuello de aquel brazo que la apretaba ferozmente lanzó una doble patada, con toda su fuerza, hacia aquella cabeza redonda, pelada. Las sandalias parecieron hundirse en el rostro del hombre, que cayó aparatosamente hacia atrás… Y con el mismo impulso de la caída hacia delante, Brigitte dio toda su fuerza a la caída, llevando el brazo hacia atrás y pasándolo por la nuca del hombre

que la sujetaba por el cuello…

Se oyó la gutural exclamación del hombre al recibir el tirón de la salvaje presa de volteo…, y su cuerpo pasó por encima del de la espía número uno del mundo, girando espectacularmente hasta caer de cabeza en el blando suelo de tierra.

Brigitte quedó un instante de rodillas, pero se puso prestamente en pie, dispuesta a continuar la huida de aquel lugar, donde ya nada tenía que hacer, ya nada podía hacer… Oyó el jadeo a su espalda, en la puerta de la primera habitación, y vio al hombre saliendo de allí lanzado hacia ella como una tromba. Debía de ser el mismo que antes había apartado de su camino con un golpe al plexo solar…

Eludió la acometida ágilmente y el hombre pasó junto a ella con aquel ronco jadeo de pecho hundido, maltratado. Se revolvió casi gritando de rabia…, mientras Brigitte se lanzaba contra él en acrobático ataque, colocando sus manos en el suelo y enviando a la cabeza del desconocido una ferocísima «patada a la Luna», perteneciente al inolvidable repertorio de «capoeira» que aprendiera de Diamond Dowen hacía ya dos años y pico…[2]

La patada, ciertamente, no llegó a la Luna, pero sí al rostro del hombre en impecable ejecución, derribándolo con la boca reventada por el tremendo golpe.

Brigitte se puso de nuevo en pie, siguiendo la misma vuelta del movimiento rítmico de la «capoeira» brasileña, tan parecida a un simpático baile…, pero tan peligrosa. Recibió de lleno la embestida de los otros dos enemigos con un golpe tan fortísimo en el pecho, en el seno izquierdo sobre todo, que quedó un instante paralizada de angustia, de dolor, como atravesada por una lanza…

¡Clock!

Su cabeza pareció estallar, como un cohete de colores. Se llenó de luces brillantes, que se movían velozmente, produciendo un atroz silbido ensorcecedor…

¡Clock!

Buenas noches, Baby.

O, como diría Rafa, su amigo carioca: *Boas noites, neném*.

Capítulo IX

La primera sensación que tuvo fue, precisamente, el profundo olor a pescado. Llegó a su pituitaria con fuerza, casi ofensivamente, y su naricita se arrugó, en un gesto defensivo ante aquel «aroma» tan poco agradable.

Pero al arrugar la naricita, tan solo con ese gesto, toda la cabeza pareció estallar una vez más. Afortunadamente, por un par de segundos tan solo. Luego quedó un dolor sordo, palpitante, como si algo impidiera la libre circulación de la sangre…

Había abierto los ojos y veía claridad a su alrededor, pero era todo como una mancha, con un centro de mayor intensidad lumínica, a cuyo alrededor todo iba girando, pero cada vez más lentamente. Por fin, los giros de la luz cesaron y todo fue concretándose a su alrededor. Exactamente igual que en las películas, cuando despierta alguien tras haber recibido un golpe y ve una sombra ante sí, que se va definiendo más y más… Por fin, todo quedó claro, bien definido, ante sus ojos.

Por desgracia, aquello no debía de ser una pesadilla, sino la más descorazonadora realidad.

Estaba en un camarote de un barco. De un pesquero, por supuesto. Un camarote bastante confortable, incluso con adornos exóticos orientales en las paredes. Cerca de ella, a la izquierda, tenía dos chinos, que la miraban con su habitual impasibilidad impenetrable, a pesar de que uno de ellos tenía la boca hinchada, amoratada, partidos los labios.

Después había otro chino, sentado en un confortable sillón.

Este fue el que menos le gustó. Era el chino gordo, que recordaba un sapo, y al cual le faltaba media ceja. El chino que había visto en el yate *Manhattan* y que, según había oído al oficial norvietnamita, se llamaba Wo Tin Tsing, y estaba allí como corresponsal de una agencia periodística china. Lo cual era una

mentira grande como un portaaviones, naturalmente.

El chino-sapo tenía sobre las piernas su maletín rojo con florecillas azules, ya sin camuflaje, bien a la vista, y estaba examinando con curiosidad su contenido, sacando objeto por objeto con sus dedos que parecían bananas.

Su mirada se posó de pronto en aquellos negros ojos rasgados de la vietnamita caída en el suelo ante sus pies. Una leve sonrisa sardónica pasó, fugaz, por sus gruesos labios color ceniza.

—Es admirable… —dijo en inglés perfecto—. Las técnicas del espionaje son cada día más perfectas, más… maravillosas. ¿No está de acuerdo conmigo?

Brigitte abrió mucho los ojos, con expresión asustadísima. Se tocó las orejas y la boca, y luego esbozó una tímida sonrisilla.

—Oh, sí… Lo había olvidado… Es usted sordomuda. Debo admitir que eso es muy conveniente para un espía. Bueno, también resulta un inconveniente, admitámoslo. Si la espía es sordomuda no podrá jamás hablar. Pero tampoco oír. Y a veces es muy interesante oír lo que hablan los demás. Esto aparte, no me imagino un espía sordo. Mudo, sí, pero no sordo. Los espías, en realidad, deben tener un oído finísimo… Como el de usted, señorita…, señorita… Oh, de nuevo olvidaba que es usted sordomuda. Discúlpeme.

Volvió a sonreír, hizo una seña a uno de los chinos que estaban en el camarote y esperó pacientemente a que el hombre fuese a un armarito, de donde sacó una pipa y un bote de tabaco… O quizá no fuese tabaco y sí opio. No. Era tabaco. Brigitte lo supo cuando el chino gordo llenó la pipa, apretando con un dedo enorme, rollizo, brillante. Sí, como una banana.

Después de la primera bocanada de humo, Wo Tin Tsing se sintió con fuerzas para continuar hablando.

—Realmente, para usted va a ser una ventaja ser sordomuda, ya que así no podrá oír lo que voy ordenar a mis hombres que hagan con usted, y… Oh, estoy muy torpe esta noche. Aunque lo oyese no podría entenderlo…, a menos que hable usted chino, cosa que juzgo poco probable. ¿O quizá tampoco entiende el inglés? ¿Lo entiende?

Era evidente que esperaba una respuesta, y Brigitte comprendió que no podía llevar tan lejos su aparente tontería, de modo que encogió los hombros y volvió a tocarse las orejitas y la boca.

—¿Sigue siendo sordomuda? —Se sorprendió Wo Tin Tsing—.

Eso empieza a molestarme un poco. Espero que comprenda que después de verla en el yate americano, de saber lo que hizo, y de tener este sorprendente maletín en mis manos, yo tenga mucho interés en conversar con usted, ¿comprende?

Brigitte movió negativamente la cabeza y por un instante la ceja y media de Wo Tin Tsing se fruncieron con desagrado.

—No sea terca… —aconsejó—. En primer lugar, usted no es asiática, y eso podría demostrárselo señalando ciertas características de su cuerpo. Es blanca. Americana, sin duda. ¿O quizás es rusa…? Pero no creo, porque su compañero posiblemente nos lo habría dicho. Ha sido un poco difícil de convencer, pero los chinos, usted debe de saberlo, tenemos muchos medios… admirables de tortura. Sí… Usted es blanca. Una mujer blanca mucho más sorprendente que su maletín. Y de una audacia pasmosa, increíble. ¿O acaso es usted una loca fanática? Supongo que entre los blancos también deben de haber fanáticos. ¿No cree?

De nuevo movió Brigitte la cabeza en sentido negativo, aparentando más miedo del que realmente tenía.

Wo Tin Tsing volvió a chupar de su pipa, pensativo.

—Sí… Una loca audaz. Y tan peligrosa que si mis hombres no me lo hubieran contado no lo creería. Mató a uno de ellos y estuvo a punto de vencer a los otros cuatro. Reciba mi más profunda admiración, sinceramente. Pero como estamos entre enemigos temo que mi admiración no va a impedir que mi cortesía se pierda, señorita americana. Excepto uno, sus compañeros de Vinh pudieron escapar. Había una puerta secreta y mientras el más valiente de todos contenía… temporalmente a mis hombres, los demás escaparon. Entiendo, por lo que me han contado, que fue admirable. Igual que la actuación de usted… ¿Se está preguntando cómo descubrí su escondrijo? Fue sencillo: salí del yate, esperé a que ustedes salieran, y aunque solo salió una de las dos sonrientes muchachas vietnamitas la hice seguir. Subió a un *jeep* con dos soldados, se fueron… Dos de mis hombres los siguieron hasta Vinh… Pero antes habían dejado el *jeep* en un lugar junto al río… Fue una actuación bien coordinada por parte de todos. El único fallo fue que yo desconfié de usted en cuanto la vi. Oh, temo que estoy hablando demasiado. Ahora le toca a usted.

Brigitte permaneció en silencio.

Wo Tin Tsing esperó durante unos segundos y al fin volvió a sonreír, pero cada vez más fríamente.

—Quizá precise que la ayuden a recordar las cosas. Usted ya ha comprendido que me interesa todo lo concerniente al yate *Manhattan*, de matrícula norteamericana. Los *viets* no son demasiado listos en cuestiones de espionaje, pero, al parecer, ya han descubierto un formidable telémetro, de características muy notable, y un sistema flamante de sonar. Lo de la radio no tiene demasiado importancia. Pero yo pregunto: ¿Qué más hay en ese yate, señorita americana?

Brigitte ni siquiera se molestó en mover la cabeza esta vez. Continuar fingiendo era una auténtica tontería.

—¿No quiere decirlo? ¿No quiere hablar? Le ruego que abandone su papel de sordomuda, señorita americana. ¿Por favor?

Brigitte encogió los hombros. Mirándola fijamente, Wo Tin Sing volvió a fruncir su ceja y media y, acto seguido, dejando la pipa entre sus dientes, sacó un aparato del maletín. Un aparato que tenía un dial longitudinal, con tres posiciones.

—Entiendo que este aparato emite ciertas ondas que hacen funcionar, otro aparatito más pequeño, que activa un detonador, el cual, a su vez, haría explotar determinada carga explosiva. Y estoy pensando que, puesto que nuestra entrevista está resultando muy aburrida, podríamos distraernos haciendo explotar esa carga. Bien sé que el resultado es imprevisible, pero… en algo hay que distraerse, señorita americana. Movamos, pues, el dial y veamos qué ocurre.

—No… —habló por fin Brigitte, palideciendo; hablaba en ruso —. No haga eso, Wo Tin. El yate americano saltaría en pedazos inmediatamente.

—Ah… ¡Por fin ha hablado! Pero… confieso que estoy sorprendido. ¿No es usted americana? —También el chino habló en ruso.

—No.

—Sorpresa sobre sorpresa. Si no es americana, ¿qué le importa que ese yate, con catorce americanos dentro, vuele en pedazos?

—Queremos el yate. No nos importan los americanos, pero queremos el yate.

—¿Queremos? ¿Quiénes lo quieren?

—Los rusos… La MVD Tenemos la certidumbre de que es un barco-espía americano, con sistemas modernos desconocidos.

—Entiendo. ¿Y qué piensan hacer con él?

—De momento, llevarlo a Vladivostok.

—Oh, sí… Dos grandes navíos rusos partieron de esa base… y todavía no han llegado. Es de suponer que estarán al llegar ya. O quizás están… al acecho, muy cerca de aquí. Estoy decepcionado, francamente.

—¿Por qué?

—Yo esperaba que usted fuese americana y pudiera decirme algo más que su compatriota.

—¿De quién está hablando?

—Del ruso, que nos ha contado algunas pequeñas cosas. Es un hombre muy fuerte, muy duro. Dijo poco… Y yo tenía la esperanza de que una mujer americana no solo sería más fácil de convencer, sino que, perteneciendo a la CIA, sabría muchas más cosas que un ruso.

—Se ha equivocado conmigo, Wo Tin.

—Pues yo creo que no. Usted no es rusa, porque de serlo ya habría estado junto a su compañero con anterioridad. Y no habría actuado por su cuenta colocando una carga en ese yate, que precisamente quieren tener a toda costa. Si les interesa… ¿por qué destruirlo?

—¿Cree que si yo fuese americana habría colocado una carga explosiva en el yate? —contestó fríamente Brigitte.

—Eso tiene sentido —admitió el chino—. Lo que no tiene sentido es que usted y su compañero trabajasen por separado.

—Medidas de seguridad y eficacia, según normas de la MVD Si uno falla, el otro podría seguir adelante.

—Su compañero soviético no estaba solo. ¿Por qué usted no se unió a ese grupo?

—Vine directamente desde Hong Kong, con órdenes de no buscar el contacto. ¿Entiendo que no ha podido apresar a los que acompañaban a mi compañero?

—Así es, pero tengo la impresión de que, por suerte, he pescado las dos piezas más grandes.

—Es posible. Y espero que recapacite, Wo Tin. A Rusia no le gustará que dos de sus agentes principales mueran a manos del

Servicio Secreto chino.

—Oh, tonterías… No pasará nada. Rusia quiere el yate, los americanos quieren el yate, los *viets* quieren el yate… También China quiere el yate. En mi opinión, el yate debería quedárselo quien sea capaz de ganar esta… silenciosa y sórdida batalla. Sin rencores. Pero aún hay algo más… —La sonrisa de Wo Tin Tsing llevó frío al cuerpo de la divina espía—. Usted no es rusa. Yo no lo creo. Por…

—Piense lo que…

Wo Tin cortó a Brigitte con un seco gesto de su gorda mano.

—Por lo tanto, es más que posible que sea americana. Insisto en ello, y no va a convencerme de lo contrario. Entonces, yo me dirijo a tan bella agente de la CIA preguntando: ¿qué hay tan importante en ese yate?

—Soy rusa. Y no sé más que usted, Wo Tin.

—Yo creo que sabe mucho más, señorita americana. Y mis hombres y yo vamos a convencerla de que debe decírnoslo todo.

Capítulo X

Brigitte se encogió al oír aquello en labios del chino, que parecía un enorme sapo amarillo.

La amenaza estaba demasiado clara: «Mis hombres y yo vamos a convencerla de que debe decírnoslo todo…».

Demasiado clara.

Su estremecimiento no pasó desapercibido para Wo Tin Tsin, que sonrió de aquel modo fugaz, falsamente amable, y se puso en pie.

Señaló hacia la puerta del camarote de mando del pesquero chino.

—Llevadla a mi cámara —dijo en chino.

Dos de los chinos se acercaron a ella y la sujetaron por los brazos, poniéndola en pie de un tirón. Los otros dos, uno con un cuchillo y el otro con una pistola, no necesitaban hablar para aclarar su actitud vigilante y amenazadora.

La llevaron hacia la puerta, y cuando estaban allí, Wo Tin preguntó una vez más:

—¿No quiere decirnos la totalidad de los secretos que contiene ese yate, señorita americana?

Brigitte movió la cabeza negativamente. Estaba pálida, pero todavía mantenía firme su personalidad, su carácter terco, rebelde a cualquier imposición.

De nuevo habló Wo Tin en chino. Y Brigitte no necesitaba entender este idioma para comprender lo que se estaba tramando.

—Wo Tin, espere… Le diré lo que quiere…, pero a solas. Se lo diré si nos quedamos los dos solos.

—Mis hombres no entienden otro idioma que el chino, señorita americana. Puede hablar delante de ellos.

—No… No, no… A solas, Wo Tin.

Este quedó pensativo unos segundos y acabó moviendo la cabeza

negativamente.

—No —denegó—. Usted no es una mujer con la que un hombre pueda quedarse a solas, ya que solo habría dos soluciones: matarla o morir. Ninguna de esas me interesa. Llevadla a mi cámara —volvió a ordenar en chino.

Y los cuatro chinos llevaron a Baby a la cámara de Wo Tin.

* * *

Una hora más tarde, Brigitte Montfort era arrojada dentro de un camarote.

Oyó claramente la voz de Wo Tin Tsing:

—Hay cuarenta y tantos hombres esperando en todo el barco. Le sugiero que piense bien las cosas, durante un tiempo prudencial que le concedemos para descansar. E insisto en que los tormentos chinos nunca han sido del agrado de nadie.

La puerta se cerró, y Brigitte quedó tendida en el suelo, vencida, derrengada, sueltos ahora sus largos cabellos negros, humillada la cabeza.

Por el ojo de buey entraba aquella característica claridad azulada de la noche. Se oía el suave rumor del mar, como apresado en el embarcadero de Nghi Suan. Se puso en pie lentamente, tambaleándose, y se dirigió hacia la puerta del camarote.

Estaba cerrada, naturalmente. Pero no tardó en encontrar el interruptor de la luz. Lo accionó, y una claridad fea, amarillenta, sórdida, se hizo en el camarote. Quedó unos segundos apoyada en la pared, respirando entrecortadamente, estremecida de espanto, de miedo…

—¿Americana?

La pregunta la sobresaltó. Había sido hecha en nítido inglés, tras ella, con tono cansado, con voz casi quebrada. Se volvió velozmente…, y tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de espanto.

Allí, colgado de la pared por medio de unas cadenas, había un hombre… Es decir, aproximadamente un hombre. Su ropa estaba convertida en jirones teñidos de rojo, y su cara era una pura mancha roja. Por todas partes se veían rayas rojas, y en algunos puntos, ya seca, la sangre presentaba un tono oscuro, entre marrón

y negro. Un hombre alto, de anchos hombros, de cabellos rubios y… Sí, parecía que los ojos eran grises, pero, realmente, apenas podía verlos por entre los hinchados párpados.

La miraba fijamente y, cosa asombrosa, le pareció que estaba sonriendo, o poco menos.

—No… —musitó Brigitte en ruso—. No soy americana.

Un destello brillante pasó por los grises ojos del hombre.

—¿Rusa? —se animó.

—Sí.

—Entonces…, entonces hablaremos en ruso… Quiero hablar en ruso antes de morir, camarada.

—Lo entiendo… ¿Quién eres?

Se detuvo ante él, mirándole fijamente. El hombre volvió a sonreír de aquel modo fugaz, doloroso.

—¿Y tú? —musitó—. ¿Quién eres tú, camarada?

—Basilya Chercov, residente en Hong-Kong… ¿Estás aquí por el asunto del yate americano?

El ruso asintió con la cabeza, fatigosamente.

—Basilya Cherkov… No tengo conocimientos de tu nombre.

—¿Te parece sorprendente? No te muevas ahora… Voy a ver si puedo soltarte…

—Es… es inútil. No podrás romper estas cadenas, si yo no he podido…

—Pero tú estás muy débil.

—¿Y tú no? ¿Qué te han hecho…?

—Nada… Nada irreparable, camarada.

—Entiendo… Sí, entiendo… Deja las cadenas. Es inútil, te lo aseguro… Y no… no creas eso de que estoy tan débil. Todavía podría… romperle la espalda a uno de esos repugnantes chinos…

Brigitte comprendió que, efectivamente, no había modo de librar al ruso de sus cadenas, que le mantenían con los brazos en alto y en cruz, ofreciendo el pecho para cualquier tortura. Se separó un paso y se quedó mirando al hombre, que, a su vez, la contemplaba fijamente, intentando por todos los medios que no fuesen demasiado evidentes sus esfuerzos por permanecer consciente.

—Los compañeros que estaban contigo escaparon, camarada… —musitó Brigitte—. Quizá puedan venir a ayudarnos.

—Sí… Quizás. ¿Tú también fuiste enviada aquí por lo del yate americano?

—Así es. Y no se me advirtió que habría más rusos intentando apoderarse de él… Cosa que no va a ser posible. Estuve en el yate.

—Yo también estuve… Los vietnamitas son… unos estúpidos. Nada más poner el pie en la cubierta comprendí que… que ese yate es… un tesoro para nuestro espionaje. Los americanos… los americanos han adelantado mucho más de prisa de lo que podíamos prever.

—¿Por qué dices eso?

—Llevan unas pequeñas cámaras… Muy pequeñas, pero capaces de captar movimientos de contingentes humanos a más de cincuenta millas. Y sonar especial. Y telémetro. Y registro especial de sonidos para grandes concentraciones humanas… Es un barco espía… El más perfecto barco espía que jamás haya existido, camarada Basilya.

—Sí… Eso creemos. Pero esos estúpidos no sabrán obtener beneficios de los descubrimientos, de los adelantos americanos. Están charlando con ellos intentando imitarnos, procediendo a un estúpido lavado de cerebro que no procede en esta ocasión… Sobre todo, con dos de esos hombres, los de más edad.

—¿Los has visto? —El ruso rio secamente—. Son profesionales de categoría, camarada Basilya. Hace falta estar ciego, o ser imbécil, para no comprenderlo. Yo los catalogué apenas verlos…

—Te estás fatigando demasiado, camarada. No hables ahora.

—Mi fatiga… no es por hablar… Me han estado golpeando y marcando con sus cuchillos… ¿Sabes lo que ocurrirá? Que nos matarán cuando se cansen… Y la MVD no podrá hacer nada… o no querrá hacer nada. Mientras tanto, aquí estamos los dos, como tontos, dispuestos a morir por servir a nuestra MVD.

—No me gustan tus palabras… —Gruñó Brigitte—. Pero si algo puedo hacer por ti, dilo, y lo intentaré.

—No puedes hacer nada por mí… Ni siquiera por ti. Eres… eres… muy hermosa, Basilya Cherkov…

—Por desgracia.

—¿Por…? Sí, te comprendo… Lo lamento. ¿Adónde vas…?

Brigitte iba hacia el ojo de buey de aquel camarote. Probó a abrirlo, pero pronto comprendió que aquella posibilidad había sido

prevista por Wo Tin Tsing, y el ojo de buey no podría ser abierto, a menos que se dispusiera de herramientas adecuadas.

Desalentada, se dejó caer en la litera y escondió el rostro entre las manos. El prisionero ruso notó el estremecimiento de aquel bello cuerpo, pero no dijo nada. Las palabras serían como gotas de aceite hirviendo sobre la piel de la espía. Ningún consuelo, y sí más dolor.

Por fin ella separó las manos del rostro y lo alzó, fijando los falsos ojos negros en el ruso.

—¿Me has dicho tu nombre? —musitó.

—Andrei Bussailov… No. No te lo había dicho.

—Bussailov… ¿De dónde has venido?

—De Vladivostok.

—Ah, sí. Hay dos barcos nuestros que están camino de Nghi Xuan… Ya deberían haber llegado, pero no es así… Anoche hubo alarma en la costa… Parece que había un submarino americano por aquí, muy cerca… Espero que no haya atacado a nuestros barcos…

—No se atreverán. Si la Marina americana atacara la Marina rusa, las cosas se complicarían demasiado.

—Sin duda… ¿Cómo caíste en poder de Wo Tin Tsing?

—Fue… un exceso de confianza en la… deportividad del espionaje. Me pareció que Wo Tin no haría nada contra los rusos, pero, al parecer, lo único que le interesa es conseguir ese yate americano. Me confié demasiado y sus hombres me apresaron.

—Entiendo que algunos de nuestros camaradas han quedado libres, han podido escapar.

—Así es… Pero están en mucha desventaja. Ellos son blancos, igual que nosotros. No pueden moverse por estos lugares con la misma desenvoltura que Wo Tin Tsing y los suyos.

—Olvidemos eso. Quizá las cosas puedan resolverse, de un modo u otro… ¿Estás muy débil?

—Más fuerte de lo que ellos creen.

—Eso parece… Y resulta muy conveniente, Andrei, para cuando tengamos que escapar de aquí.

—¿Escapar? —rio Bussailov.

—Habrá que intentarlo, al menos.

—Primero, dime cómo vas a soltarme de estas cadenas.

—Lo pensaré —sonrió Brigitte.

Se acercó y las examinó de nuevo. Imposible.

Completamente imposible… Luego, examinó más atentamente el lacerado cuerpo de Andrei Bussailov. En efecto, todo era muy aparatoso y debía de resultar en verdad doloroso y cruel… Pero aquello era algo que podía resistir el gigante rubio de los ojos grises. Podía resistirlo muy bien. En realidad, por el momento, parecía que Wo Tin Tsing se había limitado a causar un dolor vivísimo, pero superficial, sin interesar en absoluto órganos o miembros del ruso. Lo más malo que podía resultar de aquella tortura era que si Bussailov lograba escapar y sobreponerse tendría ya para siempre numerosas cicatrices en todo el cuerpo. Pero ni por un instante se podía suponer que su vigor físico, su integridad, sufriese menoscabo alguno.

—¿Qué te parezco? —musitó él, de pronto.

—Oh, vamos, Andrei… ¿Pretendes inspirarme compasión?

—He pasado muy malos ratos —rio él.

—Eso es evidente. ¿Hablaste… demasiado?

—Hablé muy poco.

—¿Delataste el escondrijo de tus compañeros en este trabajo?

—Lamentablemente para Wo Tin Tsing, lo olvidé.

—Entiendo… —Sonrió Brigitte—. ¿Crees que podremos contar con ellos para escapar de aquí?

—No lo sé.

—Supongamos que yo sí consigo escapar… ¿Dónde voy a buscarlos, Andrei?

—Lo ignoro. Después de mi percance, imagino que ellos habrán buscado un escondite seguro.

—¿No te fías de mí? ¿Crees que soy china? ¿O americana, como preguntaste antes?

—Eres rusa… Pero no puedo decirte lo que ignoro, camarada Basilya.

Brigitte asintió con la cabeza. Estuvo silenciosa casi un minuto, mirando el pequeño armario del camarote. Fue allí, lo abrió y se quedó mirando su contenido. Después de un lento examen se volvió hacia Andrei Bussailov.

—¿Te gusta pescar? —preguntó.

—¿Pescar?

—Con caña.

—No lo he hecho nunca. Hay pocas oportunidades para eso en

Vladivostolc. La mayor parte del tiempo las aguas están heladas…

—Quizá te guste más con red.

—Pescar no es mi trabajo, Basilya. Ni el tuyo.

—Bueno… Eso se presta a discusiones, querido Andrei. Dime: ¿qué ves dentro de este armario?

—Diversas cosas.

—¿Una red de nailon, entre ellas?

—Una red de nailon entre ellas, sí.

—Entonces, quizá debamos dedicarnos a pescar. ¿Nunca has pescado una ballena con hilo de nailon, camarada?

—Nunca… ¿Qué estás pensando?

—Pescar una ballena.

—¿Con una red…?

—¡Qué barbaridad…! Para pescar una ballena solo es necesario un hilo fino y fuerte, Andrei… ¿Nunca lo has probado?

—Nunca. Basilya, espero que lo… ocurrido antes no te haya vuelto loca…

—Tú ya sabes lo que ocurre con nosotros los espías, Andrei. Podemos ceder en todo, si es necesario, para conservar la vida. Pero, por una extraña… facultad profesional, nuestra mente permanece siempre lúcida, clara, transparente. Jamás vemos espejismos.

—Entiendo que insistes en dedicarte a la pesca de la ballena.

—Insisto en ello.

—Con un hilo de nailon.

—Sí.

—Bueno… Te deseo muy buena pesca, camarada Basilya.

Brigitte alzó el puño derecho, fuertemente cerrado.

—Es muy amable de tu parte. Veamos si consigo una buena pieza. Pero antes, Andrei, dímelo con toda seguridad: ¿podrás caminar?

—Y hasta correr, si es para salir de aquí.

—Magnífico. Espero demostrarte muy pronto cómo se pesca una ballena.

Capítulo XI

Media hora más tarde, Brigitte se acercó a la puerta y comenzó a golpearla, con fuerza, gritando al mismo tiempo. Pocos segundos después, la puerta se abría, dejando ver a dos de los cuatro chinos satélites de Wo Tin Tsing, ambos con una pistola en la mano.

Se quedaron fuera, en el pasillo, mirando con sonriente desconfianza a la espía. Luego se aseguraron de que Andrei Bussailov estaba todavía encadenado. Entonces entraron, brillando malignamente sus oblicuos ojos.

—Quiero ver a Wo Tin —dijo Brigitte.

No la entendieron. Pero sí entendieron el nombre de Wo Tin, y sus frías sonrisas viscosas se ampliaron, convencidos de que habían doblegado la voluntad de aquella mujer, la cual, ciertamente, había recapacitado ante la perspectiva de cuarenta hombres esperando…

Salieron los dos en silencio. Un par de minutos más tarde, la puerta del camarote volvía a abrirse y tras las mismas precauciones de antes, los dos chinos dejaron paso libre a su jefe, que entró bamboleándose, verdosa la gran papada, húmedos los negrísimos ojos.

—¿Ha recapacitado? —preguntó amablemente. Brigitte asintió con la cabeza.

—Le diré lo que quiere saber, Wo Tin. Pero con tres condiciones.

Una vez más se fruncieron la ceja y media del chino.

—¿Quiere imponer condiciones? —Se sorprendió.

—Así es. Pero serán fáciles para usted, Wo Tin.

—Lo dudo… Pero no pierdo nada escuchándolas. Hable.

—Primera: después que yo le haya dicho lo que quiere saber, me dejará marchar. Segunda… Wo Tin sonrió con aquella fría amabilidad.

—Me parece que no está usted entendiendo su posición, señorita americana. Créame, la tengo en un concepto demasiado alto para

dejarla libre… Usted sería capaz de lo imposible para luego aniquilarme. Usted lo haría, lo sé. Por tanto, no hay trato.

—No es usted buen político, Wo Tin. Podía haber dicho que sí, y luego no cumplir su palabra.

—Oh, eso es demasiado simple… Quizá yo no sea buen político, como usted dice, pero hace muchos años que soy un buen espía. Entre nosotros no vamos a engañarnos, ya que, estoy convencido, su categoría profesional no es inferior a la mía. Además, usted ya sabe que está a mi merced. Es absurdo que intente poner condiciones. Y más absurdo sería que yo las aceptase…, aunque fuese para no cumplirlas.

—Es que puede cumplirlas, Wo Tin. Pido poco a cambio de mucho que usted conseguirá. Mi vida es bien poca cosa comparada con el triunfo que usted podría ofrecerle a China.

—Es que su vida, señorita americana, significa mi muerte, posiblemente.

—Hagámoslo de un modo con garantías de… supervivencia para usted: déjeme libre cuando usted ya esté navegando hacia China, y una vez haya conseguido lo que quiere saber… O, incluso, si usted sabe trabajar bien, podría tener el yate. Solo me dejará libre cuando esté navegando hacia China. Me tira al mar, y eso será todo.

Wo Tin entornó los ojos y permaneció pensativo unos segundos.

—De acuerdo… —musitó, al fin—. Aceptada la primera condición. ¿Cuál es la segunda?

Brigitte señaló a Andrei Bussailov.

—Que mate a este hombre, a este espía ruso, antes de dejarme en libertad.

—Oh, esta condición es muy razonable. Aceptada. ¿Y la tercera condición…?

—Quiero hablar con usted a solas, sin esos… —señaló a los cuatro chinos, dos de los cuales esperaban en el pasillo—, sin esos malditos cerdos que el diablo se lleve.

—¿Por qué ese interés en hablar a solas conmigo?

—¿Tanto me teme? —Sonrió Brigitte.

—No sé… Yo no soy de esos estúpidos que creen que quien ha vencido a cuatro hombres después de matar a otro, lo ha hecho por casualidad. Para serle sincero, no me gustaría enfrentarme a usted.

—¿No está exagerando? Estoy desarmada, sus hombres pueden

esperar en el pasillo… A poco que yo intentara, ellos cuatro podrían intervenir en menos de un par de segundos. Además, puede quedarse una pistola, Wo Tin.

El chino rio quedamente, como divertido en grado sumo.

—Creo que la escucharé a solas, señorita americana. Pero no confío en esa pistola. Tengo la certidumbre de que si hiciese tal cosa, ese arma pasaría a poder de usted, y las cosas se complicarían. No… Quedaremos los dos desarmados.

—Como quiera —musitó Brigitte, como decepcionada, pero intentando disimularlo.

Wo Tin Tsing volvió a reír y se dirigió a sus hombres, en chino. Los cuatro salieron del camarote y cerraron la puerta, pero sin llave. Naturalmente, era de esperar que permaneciesen en el pasillo, atentos a cualquier posible llamada de Wo Tin.

—Muy bien… —musitó este—. Ya estamos solos. Es decir, como si estuviéramos solos, ya que el ruso jamás podrá contar nada a nadie.

—Confío en que cumplirá su palabra de dejarme libre en el mar cuando usted esté camino de China, Wo Tin.

—Eso sí lo haré. Pero insisto en que no antes de salir de aguas vietnamitas.

—De acuerdo. He encontrado papel y bolígrafo en este armario… —Lo abrió y sacó un pedazo de papel basto, y un mugriento bolígrafo—. Le voy a dibujar el yate, y le marcaré los puntos de interés, señalándolos con números; aparte, también numeradas, respectivamente, irán las explicaciones. ¿De acuerdo?

—Desde luego —musitó el chino.

—Venga… Siéntese aquí. —Brigitte se sentó en la litera y Wo Tin se acercó, bamboleándose—. En primer lugar, le diré que ese yate es la primera fase experimental de un proyecto de espionaje costero a escala mundial… Oh, aquí no se puede escribir… Vamos a ese buró, Wo Tin. ¡Oh!

El bolígrafo escapó de la mano de Brigitte, que se inclinó a recogerlo, casi debajo de la litera. Wo Tin la miró, fijamente, y cuando ella lo mostró, continuó caminando hacia el pequeño buró laqueado y sucísimo. Brigitte fue tras él, dejó el papel y el bolígrafo en el buró…

—Será mejor que se ponga usted a mi derecha, Wo Tin. Irá

viendo más cómodamente el dibujo. No se mueva, ya me cambio yo…

Pasó por la espalda de Wo Tin Tsing… tirando velozmente del extremo del finísimo hilo de nailon que salía de su cintura, por entre las rasgadas ropas. En un solo segundo la situación cambió completamente. Con rápidos gestos, la espía enrolló en sus manos los extremos del hilo de nailon, lo pasó por delante de Wo Tin Tsing y dio un rápido y feroz tirón hacia atrás, hundiendo el hilo en la blanda carne de la garganta, por debajo de la gruesa papada.

Wo Tin Tsing lanzó un grito de alarma y quiso apartarse, pero el siguiente tirón fue aún más salvaje, y el fino y fortísimo hilo de nailon conseguido de la red de pesca se hundió en aquella blanda carne, cortándola, obligando a Wo Tin Tsing a gritar de nuevo, aterrado.

Para entonces, la puerta del camarote ya se había abierto y los cuatro chinos se precipitaron dentro, pistola en mano dos de ellos, y con cuchillos los otros. Se quedaron como clavados en el suelo cuando vieron la escena: la bella muchacha estaba detrás de Wo Tin, interponiéndolo entre ella y ellos cuatro, oculta tras el corpachón del enorme chino.

Solo se veía parte de su cabeza y sus manitas, a los lados del cuello de Wo Tin. Solo eso.

Dieron el primer paso para acercarse, convencidos de que era solamente una presa que aquella peligrosa mujer había conseguido, ya que no podían ver el hilo hundido en la garganta de su jefe… Pero sí vieron, de pronto, la raya de sangre que aparecía en la garganta de este, deslizándose, espeso, con un tono rojo casi negro, con delgados churretes… Y también vieron la aterrada expresión de Wo Tin, de modo que otra vez se detuvieron en seco, indecisos, desconcertados.

—Dígales que no se muevan, Wo Tin. Eso, en primer lugar. Vamos, vamos, no sea damisela: puede hablar. ¡Deles esa orden!

Wo Tín habló, roncamente, y los cuatro chinos asintieron con la cabeza, todavía atónitos.

—Espero que no cometa tonterías, Wo Tin. Su cuerpo me protege de las balas, ya lo ve… Para cuando yo muriese, usted ya estaría degollado, o quizá decapitado con este hilo de nailon. Es muy fuerte, Wo Tin… Y muy fino. Observe, observe…

Apretó un poco más y el chino gimió temblorosamente, pero alzando una mano para contener a sus hombres. Era cierto absolutamente que si Brigitte quería, degollaría al chino-sapo en menos de un segundo: el fino hilo atravesaría su garganta, cortándola como un cuchillo puede cortar una ración de mantequilla.

La raya roja se ensanchó y la sangre brotó más copiosamente, deslizándose hacia el tórax del chino, como una pequeña catarata roja negruzca. Ciertamente, Wo Tin Tsing debía agradecerle a la espía internacional aquella pequeña sangría, que quizá lo iba a librar de un ataque apoplético en cualquier momento.

—¿Está convencido, Wo Tin?

—Sí… Sí…

—Muy bien. Ahora, vamos a ir retrocediendo lentamente los dos. Será mejor que lo haga a mi paso, sin brusquedades, y siempre quedando usted entre sus hombres y yo. No haga tonterías: me basta un segundo para degollarlo, espero que lo haya comprendido.

—Sí… Lo he comprendido, sí…

—Estrangularlo sería trabajo más pesado y lento, cerdo amarillo. Pero degollarlo con este hilo de nailon sería facilísimo. No hay que cortar músculos ni huesos… Solamente grasa. Eso es… Otro paso hacia atrás… ¿No le emociona mi tierno abrazo, Wo Tin? Ya no se mueva más, quieto… Aquí estamos bien, con mis espaldas bien protegidas…

—La dejaré libre… ¡La dejaré marchar, se lo juro, y mataré al ruso ahora mismo…!

—Todo lo contrario, Wo Tin. Quiero bien vivo a ese hombre. No ha querido creerlo, pero yo soy rusa. Basilya Cherkov, servidora de usted…

—Usted… es americana…

—Como quiera —rio secamente Brigitte—. Ahora, dígales a sus hombres que suelten inmediatamente y con todo cuidado a Andrei. Ya han terminado sus apuros, por el momento. ¡Ordénelo!

Wo Tin lanzó un chillido cuando el finísimo hilo se hundió apenas una centésima de pulgada más en su garganta. Dio rápidamente la orden de soltar a Andrei Bussailov, y quedó temblando, estremecido por profundos jadeos.

Todo su cuerpo estaba ya inundado en sudor; un sudor copioso,

de intenso olor desagradable. Parecía estar gozando de las delicias de un baño de vapor.

Andrei Bussailov quedó suelto en pocos segundos, mucho más firme sobre sus largas piernas de lo que la misma Brigitte había creído. Ciertamente, sus heridas, si bien dolorosas al serle inferidas, eran todas ellas superficiales: pequeños cortes, puntadas poco profundas de cuchillo, algunos golpes… Pero la asombrosa fortaleza del ruso vencía todo aquello con facilidad.

—Que entreguen sus armas a Andrei, Wo Tin. Todas. Y que se coloquen en el fondo del camarote, en el ángulo opuesto al que nosotros ocupamos. Dígales bien claramente que si no entregan sus armas, lo voy a decapitar. Espero… que sea convincente con ellos.

Wo Tin Tsing sudaba ahora tanto que todo su cuerpo, toda su ropa, estaba completamente empapada. De nuevo habló, en chino, débilmente, con voz aguda, crispada. La sangre brotaba cada vez más abundante de su garganta, manchándolo por delante como un cerdo sacrificado. Pero todavía le quedaba muchísima sangre…

Andrei Bussailov se hizo cargo de las dos pistolas y los dos cuchillos y se quedó mirando a Brigitte, sonriendo cruelmente, pero sin poder evitar el destello de admiración en sus grises ojos, que destacaban ahora asombrosamente en su rostro lleno de costras de sangre.

—Supongo que lo utilizaremos para salir —dijo, tranquilo.

—Desde luego, Andrei. Pero antes, el amigo Wo Tin Tsing va a hacernos un pequeño favor… ¿No es cierto, Wo Tin?

—Sí… ¡Sí, lo haré!

—Magnífico. Es usted tan amable… Dígame, cerdo: ¿tiene explosivo plástico a bordo?

—No… ¡No tengo de eso…! ¡Aaaggg…!

Un alarido muy justificado el de Wo Tin Tsing, ya que Brigitte había hundido otro poco más el hilo de nailon en su garganta…

—Piénselo bien, hijo del Celeste Imperio. Yo estoy convencida de que un espía de su… categoría, que además viaja en un barco tan grande y maloliente como este, debe de llevar toda clase de armas a bordo. ¿Sí o no, chino?

—Sí… Hay… hay algo de eso…

—¿Qué más armas tiene?

—Varias… Granadas, alguna… metralleta, pistolas, fusiles…

—De todo un poco. Es lo natural, Wo, querido. Ahora, fíjese bien en lo que voy a decirle, porque tendrá que repetirlo a sus hombres: uno de ellos va a salir de aquí, con Andrei, que llevará una pistola en el bolsillo; irán adonde está todo eso y Andrei, además de una buena carga de explosivo plástico, tomará las armas que más le gusten. Luego irán al camarote de usted, recogerán mi maletín y volverán aquí los dos. Para hacer todo eso, disponen de tres minutos, Wo Tin. Si en ese tiempo, Andrei no ha regresado, lo degollaré. ¿Está todo bien claro?

—Sí…

—Pues dé esa orden.

Otra vez habló Wo Tin en chino. Uno de sus hombres se adelantó hacia Andrei Bussaunov, que sonreía fríamente, cada vez más brillantes los ojos.

—Espero que tú también lo hayas entendido todo, Andrei. Pero si no te atreves a esa pequeña excursión por el pesquero, yo lo haré.

—Estás bien ahí —continuó sonriendo el ruso—. Traeremos todo lo que has pedido, camarada Basilya. Y te diré algo: ha sido muy emocionante la pesca de la ballena. Hasta dentro de tres minutos.

Capítulo XII

Todavía faltaban algunos segundos para cumplirse los tres minutos cuando regresaron Andrei Bussaunov y el chino. Este llevaba un gran envoltorio de lona y el maletín de Brigitte. Andrei, un par de metralletas y una ristra de granadas de mano, colgando del cuello. Sonreía cada vez más divertido.

—Jamás en mi vida lo había pasado tan bien… —aseguró—. Ha sido divertidísimo, Basilya.

—¿No has tenido dificultades? —Sonrió también Baby.

—Ninguna. Desde luego, nos han visto, pero nuestro amigo —empujó al chino junto a los otros tres— ha sabido convencerlos de que debían permanecer tranquilos.

—Entiendo. Todavía tienen la esperanza de que no lograremos salir de este pesquero, y van eludiendo los riesgos de muerte mientras les resulta posible. Según parece, los chinos también piensan que mientras hay vida hay esperanza. ¿Es así, Wo Tin?

El chino-sapo ni siquiera podía contestar. Estaba ahora tan empapado en sudor que hasta caían gruesas gotas al suelo, y sus ropas chorreaban en abundancia…, igual que la sangre, que continuaba brotando de la garganta.

—Parece que ha perdido el buen humor —comentó Andrei.

—Es lo malo de quienes ríen demasiado: quedan agotados. Y luego, no sé por qué causa, les entra una gran tristeza… ¿Tenemos el explosivo plástico, Andrei?

—Envuelto en esa lona.

—Magnífico. Bien, habrá que ir pensando en salir de aquí, ¿no te parece?

—Buena idea. Dime una cosa, camarada Basilya: ¿me equivoco al suponer que estos cuatro muchachos amarillos tuvieron algo que ver con tu tortura?

—No te equivocas, camarada Andrei.

—Bueno, bueno, bueno… También dos de ellos son los que se entretuvieron conmigo, haciéndome tatuajes a cuchillo, y algunos agujeritos… Los rusos, tú lo sabes, no somos demasiado rencorosos, en general. No más que otras personas, al menos. Pero es que… hay cosas que molestan mucho, ¿verdad?

—Verdad, camarada.

—¿Tienes algún… capricho especial respecto a la suerte que deben correr estos chinitos?

—Pues, sí. Pero sería ahora un poco engorroso, y muy desagradable verlos sangrar y gritar por una pequeña amputación de nada. Vamos a hacerlo sin complicaciones, Andrei.

—Perfecto.

Andrei Bussaunov se pasó la metralleta a la mano izquierda y cogió un cuchillo con la derecha. Se acercó tranquilamente a los chinos y, de pronto, sin más palabras ni aviso de ninguna clase, lanzó una feroz cuchillada que degolló limpiamente a uno de ellos. El chino saltó de espaldas contra la pared, soltando un chorro de sangre por el perfectísimo tajo que casi lo había decapitado… Y todavía estaba rebotando hacia el suelo cuando Andrei clavó el cuchillo en el vientre de otro, dando luego un tirón hacia arriba… Fue algo espantoso, que durante un instante paralizó a los otros dos chinos. Solo un instante, ya que enseguida saltaron hacia la puerta, aullando de espanto.

Andrei dejó caer el cuchillo, se volvió y acalló aquellos aullidos con la más potente voz de la metralleta, lanzando un chorro largo de balas hacia las dos espaldas, que clavó a los chinos en la puerta, la cual crujió, se estremeció, lanzando astillas a todos lados.

Tranquilamente, Andrei Bussainov tiró el cargador casi vacío, y colocó otro nuevo, con gran facilidad; la metralleta era de fabricación rusa…

—¿Queda algo más por hacer? —preguntó.

—Salir de aquí… —respondió sosegadamente Baby, como si acabase de ver un desfile de modelos en la Quinta Avenida neoyorquina—. Los disparos habrán alarmado a los muchachos del pesquero, pero esperemos que nuestro anfitrión les convenza de que cuatro muertos son menos muertos que veinte muertos…, empezando por él mismo. ¿Entendido, Wo Tin?

Wo Tin estaba temblando tan violentamente que parecía ir a

lanzar sus grasas a todos lados de un momento a otro. El sudor era ya un auténtico baño. Y también la sangre, que no cesaba de manar.

—Te ha entendido —dijo malignamente Andrei—. Pero debe de estar un poco afónico, y no puede contestar. ¿Salimos ya?

—Sí… Oh, un momento, Andrei. Creo que sería mejor que tú te encargases de él. Tienes más fuerza que yo, y si hay que degollarlo, tú lo harás mejor que yo.

—Me concedes un gran privilegio, Basilya Cherkov.

—El que tú mereces, Andrei Bussainov. Espera, te lo dejaré con el collar bien puesto…

Brigitte anudó los dos extremos del hilo de nailon en la nuca de Wo Tin Tsing, de modo que quedó convertido en un collar. El espía soviético pasó la mano por allí, sujetándolo, riendo. Un tirón hacia atrás de su fuerte brazo, solo con aquella mano, degollaría en menos de un segundo al chino.

—Nunca vi animal tan grande con collar.

—Las ballenas suelen ser grandes, Andrei.

—Oh, sí… ¿Vamos?

—Mmmm… Salid al pasillo. Me reúno enseguida contigo, Andrei.

—De acuerdo.

El ruso sacó al pasillo al chino, llevándolo sujeto firmemente por el peligroso collar, y, además, hundiéndole el cañón de la metralleta en los riñones. Ciertamente, durante su recorrido hacia la libertad, Andrei Bussainov y Brigitte Montfort serían vulnerables… Pero no era menos cierto que el primero en morir, en todo caso, sería el propio Wo Tin Tsing.

Comprendiendo esto, el chino recuperó la voz, para dar instrucciones a los hombres que había en el extremo del pasillo, armas en mano. Debieron de ser unas instrucciones claras y precisas, porque todos retrocedieron, se apartaron…

—Que se metan en los camarotes —ordenó Andrei en chino.

La traducción no era necesaria en esta ocasión, pero Wo Tin la dio. Casi una docena de hombres se metieron en los camarotes de los lados del pasillo. Por detrás de Andrei aparecieron cuatro o cinco más, pero este pareció tener ojos en la espalda.

—Ordene también lo mismo a los que tengo detrás, Wo. Y alce la voz, que lo oigan bien, con claridad.

Nuevas órdenes por parte de Wo Tin, que también fueron obedecidas.

Un minuto más tarde, Brigitte salía al pasillo, con su maletín en la mano izquierda. Se veía muy abultado ahora. Con la derecha cerró aquel camarote con llave y deslizó esta entre los senos, sacando su pistolita.

—¿Nos vamos, Andrei?

—En el acto. Camine, Wo. Subiremos a cubierta, con buenos modales y pocas ganas de complicarnos la vida. Camine, digo.

Al subir la escalera que llevaba a cubierta no hubo dificultades para Andrei Bussainov, cuya estatura casi gigantesca le permitió hacerlo detrás de Wo Tin Tsing, con la mano izquierda alzada, sin soltar el «collar».

En la cubierta había una veintena de hombres, dispersos, todos mirando hacia allí, la mayoría con armas en la mano.

Esta vez fue el propio Andrei Bussainov quien se encargó de convencerles, hablando en chino con toda naturalidad. Sus palabras debieron de ser muy persuasivas, dando a entender que una refriega ocasionaría, inevitablemente, más muertes que las de él mismo, Wo Tin y Basilya Cherkov.

—¿Dificultades, Andrei? —musitó Brigitte, siempre en ruso.

—Ninguna. Se apartarán enseguida.

Así fue. El espectáculo del sangrante Wo Tin, claramente visible en la noche debido a algunas luces de la cubierta del pesquero, demostraba claramente que la situación era favorable a los espías enemigos, a menos que estuviesen dispuestos a sacrificar a Wo Tin y morir algunos de ellos.

Decisión unánime: paso libre.

De pasada hacia el portón de salida donde se veía la pasarela que llevaba al embarcadero natural de roca, situado a unas mil yardas de aquel de madera en donde estaban las lanchas rápidas *viets* y el yate *Manhattan*, Brigitte cogió un agudo y recio arpón, con gran cantidad de escamas de pescado adheridas.

Descendieron por la pasarela, ella en primer lugar, y Andrei y el chino detrás. La espía se fue apartando del embarcadero de roca donde estaban anclados los dos pesqueros chinos de buenas dimensiones. Tras ella oía el resollar de Wo Tin Tsing, sus pesados pasos. De Andrei no oía ni siquiera esto. El rubio gigante ruso

caminaba en absoluto silencio, como un tigre, vigilando a todos lados. Casi no había nadie por allí, a aquellas horas de la noche; es decir, de la madrugada, pues debían de ser alrededor de las tres.

Tranquilamente, los representantes de los espionajes chino, ruso y americano, fueron alejándose más y más del barco pesquero, hacia el final del embarcadero, ya en las afueras de Nhgi Xuan… En pocos minutos se encontraron caminando por campo abierto, salpicado de algunos árboles de grueso tronco. Las luces del embarcadero y de los diferentes barcos que había allí iban quedando atrás. A lo lejos, sobre las negras aguas salpicadas de puntitos brillantes de las estrellas, se veían las moles de los dos navíos norvietnamitas.

—Detengámonos, Andrei.

El ruso obedeció, en silencio, dando un tirón al collar. Wo Tin se detuvo también, tras un gemido de dolor y miedo. Jadeaba fuertemente, y todo él era una pura mancha de sudor y sangre.

—Usted… ustedes no van a matarme… Les he ayudado a salir del pesquero, deben…

—Cállese —dijo fríamente Brigitte.

Se arrodilló, clavó el arpón en la tierra y abrió el maletín. Sacó el envoltorio de lona y luego el aparato emisor de ondas que haría funcionar los pequeños receptores que activarían los detonadores.

—Usted ya sabe cómo funciona este aparato, Wo Tin, ¿no es así? Lo estuvo examinando muy divertido, no hace mucho. Observe que tiene tres posiciones… ¿Sabe qué ocurrirá si coloco el dial en el número tres?

—No… No… Usted prometió…

—No prometí nada. ¿De veras no sabe lo que ocurrirá si coloco el dial en el número tres? Venga… Venga conmigo… Andrei: ahí arriba.

Bussailov empujó a Wo Tin hacia la pequeña elevación de terreno. Brigitte señaló hacia su derecha, hacia el mar.

—Vea, Wo Tin. Allá están sus pesqueros. Lamento hacerlo, pero es conveniente para mis planes siguientes. Vea lo que ocurre al colocar el dial en la tercera posición…

Lo colocó…

Inmediatamente, en el embarcadero brotó una llamarada, y el estruendo de la explosión llegó muy pronto hasta ellos. En el cielo

apareció una mancha roja, muy tenue, reflejo de las altas llamas envueltas en negro humo.

Cuando Brigitte miró a Wo Tin, el rostro de este se veía completamente desencajado.

—Me permití gastar un poco de explosivo plástico, Wo Tin. Es solamente… una demostración que me conviene hacer. Regresaremos al arbolado, Andrei.

De nuevo empujó el ruso a Wo Tin, cuyo temblor de piernas dificultaba notablemente su marcha, hasta el punto de que casi rodó por la suavísima pendiente… Y lanzó un chillido cuando Andrei, para mantenerlo en equilibrio, dio un tirón al «collar», lo cual hizo recuperar al chino inmediatamente la seguridad de sus piernas.

Llegaron de nuevo junto a los árboles. Brigitte guardó el aparato emisor de señales y el explosivo plástico; sacó la llave del camarote donde había colocado la carga y la tiró. Se incorporó, sujetando con la mano izquierda el maletín, y apoyándose con la derecha en el arpón.

—Ya puedes soltarlo, Andrei. Es inofensivo ahora.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo.

El ruso obedeció, pero se quedó mirando con el ceño fruncido a Brigitte.

—¿Acaso piensas dejarlo vivo? —Se disgustó.

Wo Tin Tsing retrocedió, temblando, hasta que su espalda quedó pegada al tronco de uno de aquellos gruesos árboles.

—Ustedes lo dijeron… Les he ayudado… ¡No me maten, no…! Entiéndanlo, somos espías, somos… ¡somos compañeros!

Brigitte se acercó a él, indiferente.

—Antes de marcharme, Wo, quiero decirle dos cosas. Una, que nadie que hace lo que usted ha hecho conmigo puede continuar viviendo. Dos, que está prohibido rigurosamente espiar. Adiós, Wo Tin Tsing, cerdo.

Alzó velozmente el arpón, echándolo hacia atrás. El chino abrió la boca, dispuesto a lanzar su más fuerte grito de espanto… Pero la aguda punta del arpón se clavó con sordo impacto en su garganta, la atravesó resbalando en el principio de la columna vertebral, y se clavó todavía profundamente en el tronco.

—Has hecho muy bien… —Sonrió Andrei—. ¿Para qué

queremos una ballena?

Capítulo XIII

Andrei Bussailov se detuvo por fin, ante la puerta de una cabaña en las afueras de Nghi Xuan, en la parte norte, muy cerca del río. Dentro no se veía ninguna luz, ni había el menor signo de vida. Tampoco en el exterior había ninguno de estos signos. La cabaña parecía abandonada; faltaba el marco de una ventana y buena parte del techo había sido podrido y arrancado por las lluvias, mucho más fuertes que la paja. Pero de eso parecía hacer ya tiempo. Todo era viejo y podrido allí, húmedo y sucio…

El agente de la MVD emitió un par de suaves silbidos, empero, y la puerta se abrió al instante, dejando ver la figura oscura de un hombre; en su mano derecha, el brillo de una pistola.

—Andrei… —musitó—. ¿Qué ha ocurrido?

Bussailov entró, sin contestar, abrazando por la cintura a Brigitte, la cual lo abrazaba a su vez. La puerta se cerró, el hueco de la ventana fue cubierto por algo y se oyó un ruido de madera, tras el cual, el agujero amplio del techo quedó también tapado.

Enseguida fue encendido un quinqué. Y a su luz, Baby vio ahora claramente a los dos hombres. Uno de ellos estaba todavía junto a la puerta, pistola en mano. El otro, sentado en una litera mugrienta, también tenía su arma en la mano.

—Ella es Basilya Cherkov… —dijo Bussailov—. Acaba de sacarme de uno de los pesqueros de Wo Tin Tsing. Es de la MVD también. Basilya, ellos son los camaradas Ivan y Alexei.

—¿Cómo estáis? —saludó la falsa Basilya Cherkov.

Los dos rusos asintieron con la cabeza, un modo de decir que estaban bien. Mantenían sus inteligentes ojos fijos en la espía americana. Evidentemente, no estaban muy convencidos, pero nada comentaron al respecto. Si Andrei decía que aquella mujer pertenecía a la MVD, y que se llamaba Basilya Cherkov, pues… así era. O así debía de ser, al menos.

—¿Qué te ocurrió, Andrei? —insistió Ivan.

—Fui demasiado ingenuo con Wo Tin Tsing, y me atraparon.

—¿Tú ingenuo? —Casi sonrió Alexei.

—Nunca somos tan listos como nos creemos, Alexei —gruñó el torturado Bussailov—. Además, debí recordar con más rencor los choques que hemos tenido con el Servicio Secreto chino. ¿Tenéis alguna novedad interesante?

—Solo una. Estábamos pensando en ir a buscarte con las primeras luces, ya que pensábamos algo parecido a eso. Y opinábamos que una negociación con Wo Tin Tsing quizá sería conveniente.

—Ya no.

—Nos estamos refiriendo al asunto del yate, Andrei. Estamos convencidos de que no podremos quitárselo limpiamente a los *viets*. Tampoco podemos pelear con ellos, dada nuestra postura… colaboradora con Ho Chi Minh. Y ellos no quieren soltarlo. Así que, quizá colaborando Wo Tin Tsing con nosotros…

—Wo Tin está ahora clavado a un árbol por la garganta, con un arpón.

—¿Lo has matado? —exclamó Ivan.

—Ella fue… —Bussailov señaló con el pulgar a Brigitte—. Él le hizo algo que no le gustó… ¿No habéis oído la explosión?

—Por supuesto. Pero pensamos que podría ser un choque chinoamericano…

—Los americanos están durmiendo mientras su yate *Manhattan* permanece a nuestro alcance. O quizás están trabajando muy cautamente… Últimamente han aprendido mucho, y es de temer que nos proporcionen una desagradable sorpresa.

—Por eso —intervino de pronto Brigitte—, sería conveniente que nosotros actuásemos ahora mismo, Andrei. ¿Y bien, Alexei? ¿Cuál es esa única novedad?

—Los americanos del yate han sido llevados en una lancha a uno de los navíos fondeados en la playa.

—¿Eso han hecho? —exclamó Andrei.

—Eso han hecho.

—Es natural… —Sonrió Brigitte, secamente—. Mi intervención anterior les ha dejado muy preocupados. Están ahora convencidos de que el yate es vulnerable y que con un golpe de audacia

podríamos apoderarnos de los americanos si los dejaban ahí.

—¿Qué sabes tú de eso, camarada Basilya? —murmuró Ivan.

—Estuve en ese yate, haciendo un pequeño trabajo.

—¿Qué trabajo? ¿Cómo entraste ahí?

—Pequeños trucos, que estoy segura habréis utilizado vosotros en más de una ocasión. Cuando llegué de Hong Kong, busqué a un par de amigos vietnamitas que conocía de dos visitas anteriores, y ellos me ayudaron. Esperamos el *jeep* en el que iban dos soldados y dos muchachas vietnamitas…

Brigitte lo contó todo tal como había sucedido…, solo que, naturalmente, omitiendo cualquier mención a los dos americanos espías que habían logrado fugarse del yate. Todo lo demás podía ser explicado, si antes se aclaraba que, en lugar de estar haciendo aquello por la CIA, se hacía por la MVD soviética.

Cuando terminó, en poco más de tres minutos, ya que empleó la clásica concisión de técnica perfecta del espía bien entrenado, Alexei volvió a asentir con la cabeza.

—Entendido… Pero si querías matar a esos americanos, ya no podrás hacerlo. Además, ¿por qué matar a esos americanos?

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño Brigitte.

—No hay necesidad de matarlos. Supongo que Andrei ya te habrá explicado que, excepto dos de ellos, que sin duda pertenecen a la CIA, los demás son muchachos muy jóvenes. Ellos nada deben de tener que ver con esto, estoy seguro.

—Eres muy considerado con ellos, Alexei.

—Es posible. Pero, además, lo que nos interesa a nosotros es el yate. Sabemos ya cómo son los americanos, y cómo trabajan, del mismo modo que ellos nos conocen a los rusos. No nos interesan unos cuantos agentes de la CIA, pero sí ese vate. Si haces explotar esa carga que colocaste en la tubería, los *viets* no tendrán el yate, pero tampoco nosotros.

Brigitte se quedó mirando con burlona sonrisa a Alexei. Pero cuando habló, su tono era amable, amistoso:

—Quizá deba explicarte cuáles son mis planes, Alexei.

—Quizás.

—Bueno… Eso sería un poco complicado, en estos momentos. Te haré una sola pregunta. Si después de ella tienes alguna duda respecto a mis propósitos, vosotros llevaréis el asunto y yo, en lugar

de ser cabeza de grupo, haré lo que vosotros digáis. ¿Está bien así?

—¿Qué pregunta es esa?

—Escúchala. ¿Tú qué prefieres: que ese yate se lo lleven los chinos para utilizar luego esos conocimientos electrónicos americanos contra nosotros, espiándonos desde sus pesqueros…, o que, si vemos que tal cosa va a suceder volemos el yate por medio de la carga que yo coloqué en él?

Andrei Bussailov se echó a reír, quedamente, y apretó con más fuerza la cintura de Brigitte.

—¡Dale tu respuesta, Alexei!

—No sé… ¿Por qué han de ser los chinos quienes se apoderen del yate americano?

—Nosotros somos seis o siete y ellos son, todavía, más de cuarenta.

Y tienen un gran pesquero como base de operaciones.

—Nosotros tenemos dos navíos que…

—Que partieron de Vladivostok y que ya debían haber llegado, lo sé —cortó Brigitte—. Pero los dos escoltas no han llegado, Alexei.

—Están cerca de aquí, esperando nuestra llamada para intervenir.

—¿Intervenir? ¿De qué modo? ¿Acaso piensas que esos dos barcos nuestros de la base de Vladivostok pueden atacar a un pesquero chino? ¿O quizá os parece inteligente que atacasen a los dos navíos norvietnamitas?

Los tres rusos se miraron, mohínos, Andrei Bussailov, sonriendo, explicó:

—En realidad, no pensábamos nada de eso, Basilya. Esos dos escoltas vienen solamente como… respaldo, como apoyo.

—Pero no nos sirven de nada a nosotros, a los espías, en esta clase de trabajo.

—Ciertamente.

—Entonces, Andrei: ¿por qué no nos valemos de nuestros propios medios? Podemos tener ese yate esta misma mañana, dentro de pocas horas.

—¿Nosotros cuatro solos?

—Nosotros cuatro solos, Andrei.

Los grises ojos del ruso se entornaron pensativamente.

—¿Cómo lo haríamos? —susurró.

—Todavía tengo que… pensar los últimos detalles. Mientras tanto, sería buena idea que te atendiésemos debidamente. No puedes ir por Nghi Xuan así, lleno de costras, destrozadas las ropas… ¿Hay aquí algo con que curarte, o más ropas…?

—Aquí, no. En la lancha. Allá tenemos de todo.

—Magnífico. Convendría que Ivan o Alexei fuesen a buscar ese botiquín, las ropas… ¿Has dicho que tenéis una lancha? —exclamó.

La espía internacional se había excitado visiblemente, y los tres rusos la miraron sorprendidos.

—Sí… Tenemos una.

—¿Veloz?

—Mucho.

—¿Con radio?

—¡Naturalmente!

—¿Dónde está?

—En el río, en un escondite, entre cañas…

—¿Lejos de aquí?

—Muy cerca.

—¡Bien! ¡Creo que podremos hacerlo, Andrei!

—¿El qué?

—Apoderarnos de ese yate, naturalmente.

—Es absurdo… —masculló Ivan—. Tendríamos que ser muchos para efectuar un ataque al embarcadero y apoderarnos del *Manhattan*. Es completamente absurdo.

—¿Sí, Ivan? Bueno, ¿qué dirías tú si yo te asegurara que vamos a tener ese yate sin disparar un solo tiro? Solo tendremos que esperar y vendrá a nuestras manos.

De nuevo se miraron los tres rusos.

—Empiezo a convencerme de que la MVD sabía lo que hacía al sacarte de Hong Kong para enviarte aquí. ¿Cuál es el plan?

—Lo primero de todo será atender tus heridas. ¿Cuál de vosotros irá a buscar ropas y el botiquín?

—Yo mismo —dijo Ivan.

—De acuerdo.

—Pues allá voy…

—Mientras tanto, yo explicaré el plan a Andrei y Alexei. Y luego, Alexei te lo explicará a ti. Ah, Ivan: mira si tenéis algunos detonadores en la lancha y tráelos.

—Está bien.

Se dirigió a la puerta, haciendo señas a Alexei, que apagó el quinqué, para que no se viese luz en el exterior.

Ivan se alejó rápidamente de la casa, hacia el río. En un par de minutos empezó a oír su rumor, y fue entonces cuando comenzó a tomar precauciones. Era de esperar que después de la explosión del pesquero de Wo Tin Tsing y de la audacia de Basilya Cherkov al entrar en el yate y matar a un norvietnamita, estos se ocupasen con más ardor de la vigilancia en todas partes. Una patrulla a lo largo de cada lado del río era lo menos que podía esperarse.

Pero, tras atravesar sin novedad un espeso cañaveral, el ruso Ivan llegó al terreno encharcado, pestilente; las cañas eran tan espesas allí que formaban como un techo con sus altos tallos. Tampoco era fácil caminar por entre ellas, hundiendo los pies en el agua, sumergiéndolos en el fino lodo, que todavía olía peor al ser removido. Ivan contaba solamente con la escasísima luz de las estrellas para orientarse en aquella casi impenetrable oscuridad.

Un par de veces se detuvo, de pronto, atento el oído, fruncido el ceño…

No. Debían de ser imaginaciones suyas… No había visto a nadie durante el camino por tierra firme. Y si alguien le hubiese visto a él, o bien no tenía por qué seguirlo, o, si como parecía lógico, era un componente de la patrulla colocada a lo largo del río, le habría dado el alto; incluso, más probablemente, le habría disparado.

Se detuvo por tercera vez, atento el oído hacia atrás. Nada. Y, sin embargo, la sensación iba concretándose para el espía bien entrenado que era el ruso Ivan. La sensación muy fuerte de que alguien estaba cerca de él, convertido en una sombra… Una sombra que jamás podría ser vista en la oscuridad, por supuesto.

Finalmente, la sensación se convirtió casi en angustia para el espía ruso. Estaba ya a muy corta distancia de la lancha, que había sido introducida en la charca, quebrando cañas, apartándolas con su proa, para luego ser dejada allí, lista para ser utilizada en el momento oportuno. Una vez más se detuvo, acuclillándose, poniéndose en remojo. Sacó la pistola, y sus ojos se esforzaron en la oscuridad, en vano intento. No veía ni oía nada… Es decir, sí; oía pequeños chapoteos, leve rumor de agua, producido seguramente por ranas o culebras…

Ivan estuvo en aquella posición, inmóvil completamente, nada menos que diez minutos, casi mareado por la pestilencia del agua, firme la pistola en su mano. Diez tensos minutos de angustia. No de miedo claro y concreto, sino de angustia ante lo desconocido. Algo que existía cerca de él, estaba seguro. Estaba segurísimo. Pero, lo que fuese, no podría verlo. Era una presencia que se adaptaba a sus movimientos, a su respiración, a cada uno de sus pasos…

Transcurridos los diez minutos, Ivan ya no pudo resistir más. Se incorporó y continuó su camino.

En menos de un minuto llegó a la lancha.

Allí estaba, oscura, inmóvil, con la quilla casi hundida en el lodo, perfectamente oculta en el cañaveral, a pesar de sus buenos doce pies de eslora.

Ivan se encaramó a ella y se tendió en la cubierta… Algo se movió junto a él, sobresaltándolo… Cuando miró hacia allí, casi apretando el gatillo, solo pudo ver una forma alargada que saltaba por la borda. Una sombra brillante, poco más grande que su puño… ¿Una rana gigante?

Se oyó el chapoteo en el agua. Solo eso.

Lejos y alrededor un «croac» monótono, que parecía rodearlo. Un rumor continuo, enervante. Cosas a las que Ivan no habría hecho el menor caso, de no haber tenido aquella sensación de una presencia humana cerca de él.

Se deslizó al interior de la lancha, donde estaba la pequeña cocina y las literas plegables.

Fue al armarito donde guardaban el botiquín, y lo sacó, dejándolo en el suelo. Luego, siempre a tientas, fue al ropero donde los tres guardaban sus cosas. Como corresponde a unos espías inteligentes, cada cosa estaba siempre, inevitablemente, en su sitio correspondiente.

De modo que no tuvo ninguna dificultad en hacerse con algunas prendas de Andrei Bussailov.

Hizo con todo ello un envoltorio, recogió el botiquín de urgencias… Lo volvió a dejar en el suelo, abrió aquel mismo armarito y sacó de allí una de las linternas.

Segundos después reaparecía en la cubierta. Bajo el brazo izquierdo colocó las ropas de Andrei, y el maletín, sujetándolo todo con fuerza. Con aquella mano tomó la linterna. Y con la derecha, la

pistola.

Luego se deslizó al agua, procurando hacer el menor ruido posible. Estuvo poco menos de un minuto inmóvil allí, atento el oído. Nada. Nada que no resultase normal en aquel lugar. Y, sin embargo, la sensación persistía.

Muy bien. Quizá lo matasen, pero él podría ver quién había sido.

Comenzó a caminar, hundiendo los pies cautamente en el lodo. La lancha estaba todavía a menos de veinte yardas tras él cuando Ivan encendió la linterna, de pronto, lanzando su luz hacia la izquierda, moviéndola rápidamente, en busca de aquella presencia extraña.

Se oyó una exclamación contenida, chapoteo rápido de pies en las encharcadas aguas, rumor de cañas al ser movidas presurosamente… La luz de la linterna dio en la espalda de un hombre…

Ivan alzó la pistola y apretó el gatillo. Plop.

Capítulo XIV

Ivan entró precipitadamente en la cabaña, de nuevo a oscuras. Alexei cerró la puerta y exclamó:

—¿Qué traes ahí?

Fue Brigitte quien encendió la luz, al mismo tiempo que se oía el ruido de algo pesado al caer en el piso de tierra. Todavía no se había encendido el quinqué cuando Ivan daba la explicación, tenso todavía:

—Me estuvo siguiendo hasta la lancha. Me vio en ella y creo que estaba esperando que me fuese para llevársela, quizás. Es un viejo, no creo que sea peligroso, pero será mejor hacerle algunas preguntas para…

La luz ya era suficiente en la cabaña. Ivan se calló de pronto al oír la exclamación de la mujer que él conocía como Basilya Cherkov.

La vio precipitarse hacia el hombre caído en el suelo y alzar su cabeza ensangrentada.

—¿Qué ocurre? —musitó Andrei. Brigitte no contestó todavía.

Esperó a examinar la herida que el hombre tenía en la parte posterior de la cabeza. La bala le había rozado por encima de la oreja derecha, produciendo allí un brutal desgarrón que había privado de conocimiento al hombre.

—Afortunadamente, no lo has matado, Alexei… —musitó.

—¿Quién es?

—El viejo Chi Pen Dong, uno de mis hombres.

—¿Trabaja con nosotros? —Frunció el ceño Alexei.

—Así es.

—¿Por qué me estuvo siguiendo, entonces? —Se irritó Ivan—. ¿No le habría sido más fácil venir aquí y hablar contigo, con todos…?

—Ivan: Chi Pen Dong está trabajando *conmigo*, no con vosotros.

¿Lo entiendes? Él quiso asegurarse bien de toda la situación antes de dar un paso de acercamiento. Y, desde luego, no estaba tranquilo respecto a mi estancia en esta cabaña.

—Maldito viejo… ¡Me ha tenido todo este rato sudando de angustia y de rabia…!

—Cálmate, Ivan. Chi Pen Dong no os conoce. Y si tenía que avisar a los demás que trabajan conmigo en esto, debía darles los máximos datos posibles… ¿Qué habrías hecho tú?

Ivan refunfuñó por lo bajo, pero no respondió a la pregunta llena de sentido común de la espía americana.

—Lo que quisiera saber es cómo llegó hasta la lancha —musitó Andrei.

—Yo creo que es fácil de comprender. Chi debía de estar en el embarcadero, vigilando los pesqueros de Wo Tin cuando nosotros Salimos de ahí. Y nos ha estado siguiendo…

—¿Sin que nosotros nos diésemos cuenta?

Brigitte soltó una risita burlona.

—Opino que Ivan ha podido comprobar lo silencioso y astuto que es Chi cuando sigue a alguien… Está bien, no ha ocurrido nada que pueda inquietarnos. Él está vivo y de nuestro lado. Yo le explicaré la situación cuando se recobre. Es decir…

—¿Qué?

—Chi no podrá entenderme. Solo habla su idioma… Pero nos pondrá en contacto con los demás. Bien, Alexei, recoged los paquetes que hemos preparado y marchaos a colocarlos en esos dos navíos norvietnamitas. Explícale a Ivan el asunto por el camino. Y haced las cosas como te he explicado. Nada de querer ahorrarse unos minutos de natación.

—¿Qué tenemos que hacer? —Gruñó Ivan.

—Te lo explicaré por el camino… —dijo Alexei, tomando los dos paquetes envueltos en plástico. Y vamos de prisa, Ivan: tenemos que estar aquí de nuevo antes de que amanezca, si es posible.

Ivan miró a Andrei, que asintió con la cabeza. Los dos hombres salieron de la cabaña, en silencio, tras esperar a que Brigitte apagase la luz una vez más. Cuando la puerta se hubo cerrado a espaldas de ellos, Brigitte encendió el quinqué y se quedó mirando al viejo Chi Pen Dong.

—Está perdiendo mucha sangre, Andrei… —musitó—. ¿Te

importa que lo atienda primero a él?

—Puedo esperar —sonrió Bussailov.

Brigitte efectuó la cura en beneficio de Chi Pen Dong en seis o siete minutos. Bastó limpiar la sangre, colocar una gasa sobre el corte producido por la bala y sujetarla a la pelada cabeza del viejo vietnamita con unas tiras de esparadrapo.

—No creo que tarde mucho en recobrarse. Veamos ahora qué puedo hacer por ti, Andrei…

Se dedicó a limpiar las numerosas heridas del ruso, que, ciertamente, no presentaban ninguna gravedad. Andrei Bussailov resistió la cura estoicamente, sin que su rostro se alterase ni una sola vez, ni siquiera cuando con las pinzas la espía americana fue arrancando las costras secas que dificultaban la curación, la desinfección de algunas de aquellas heridas…

A mitad de la cura, el viejo Chi abrió los ojos, se sentó en el suelo y se quedó mirando a Brigitte, que le sonrió y le hizo un gesto con la manita, indicándole que debía esperar. Sin un solo comentario, o gesto, el viejo vietnamita obedeció, impávido. Solo de cuando en cuando en sus ojos aparecía un destello de curiosidad, mirando del espía ruso a la espía que él sabía que era americana.

Finalmente, el torso de Andrei Bussailov quedó limpio de sangre y costras, convertido en un abigarrado conjunto de parches de gasa y esparadrapo. En el rostro llevaba cuatro, ya que las otras pequeñas heridas seguirían un proceso cicatrizante más rápido dejándolas en contacto con el aire.

Un espectáculo más bien feo, pero casi divertido, a juzgar por la sonrisa del ruso, que se puso con mucho cuidado su nueva camisa. Mientras se ponía los pantalones y las nuevas zapatillas deportivas, Brigitte se sentó en el suelo, junto a Chi Pen Dong, y de espaldas a Andrei Bussailov.

Lo primero que hizo fue guiñarle un ojo al viejo, que dio su complicidad con un rapidísimo parpadeo.

Luego le habló en ruso:

—¿No puedes entenderme ni una sola palabra, Chi?

El viejo movió negativamente la cabeza, moviendo las manos… No entendía nada.

—Din Peih —dijo Brigitte—. Esto sí lo entiendes, ¿verdad?

—Din Peih —repitió Chi.

—¿Dónde está?

Chi Pen Dong movió negativamente la cabeza y encogió los hombros. No entendía.

Andrei Bussailov intervino de pronto en la conversación. Y lo hizo dirigiéndose al viejo Chi en chino:

—¿Hablas chino, viejo? —preguntó.

Pen Dong asintió vivamente con la cabeza. Bussailov se sentó junto a Brigitte, sonriendo.

—Parece que podremos entendernos sin la ayuda de ese Din Peih. Tu viejo amigo habla el chino, al menos. ¿Qué quieres que le diga?

—Pregúntale si Din Peih y los demás están vivos. Wo Tin me dijo que habían escapado, pero quizá fue un truco suyo, y de mi grupo solo quede este pobre viejo. Pero, ante todo, Andrei, asegúrale que tú también eres ruso, y que debe confiar en ti como en mí misma.

Y para que Chi Pen Dong entendiese mejor que Brigitte era tan rusa como el hombre que le iba a hablar, la espía tomó una mano de Bussailov, sonriendo, acariciándola. Y puesto que el viejo Chi parecía ser cualquier cosa menos tonto, y ella le había hablado en ruso, y ahora parecía amigo de un hombre que diría ser ruso, era de esperar que entendiese muy bien la, para él, sorprendente situación.

Andrei Bussailov obedeció las indicaciones de Brigitte. Luego, tras escuchar la respuesta del viejo, tradujo:

—Dice que Din Peih está herido, pero de poca importancia. Los demás están igual que antes. Y quiere saber si vienen todos aquí, o vas a ir tú adonde están ellos.

—Pregúntale dónde están.

Nueva conversación en chino.

—Están en Nghi Xuan, escondidos. Temen que si regresan a la casa donde los sorprendieron los hombres de Wo Tin, puedan matarlos esta vez a todos.

—Es una posibilidad… —admitió Brigitte—. Aunque Wo Tin haya muerto, queda otro de sus pesqueros en el embarcadero. Y es de suponer que habrá alguien en él capaz de tomar represalias contra nosotros.

—Incluso es más que posible que nos estén buscando —admitió Bussailov.

—De donde se desprende que quizá se den otra vuelta por la vieja casa de Din Peih en Vinh. No… Nada de volver allá. Dile a Chi que yo iré adonde están ellos, para darles nuevas instrucciones. Que permanezcan escondidos, sobre todo… Oh, bueno, yo se lo diré personalmente a Din Peih.

—¿Nos vamos a ir los dos con este viejo?

—¿Los dos…? Oh, no, Andrei… No lo creo… inteligente. El espía ruso frunció amablemente el ceño.

—¿Por qué no?

—Será mejor que tú vayas a la lancha, tal como convinimos con Alexei. Él e Ivan irán allá cuando terminen su parte en el trabajo. Y es mejor que encuentren allí a alguien, ¿no crees?

—Quizá tengas razón… —admitió Bussailov, pero no demasiado conforme—. De todos modos, falta tiempo para que Ivan y Alexei cumplan su trabajo. Tenemos tiempo de ir a ver a Din Peih y los demás, y volver a la lancha.

Brigitte se quedó mirando sonriente al espía ruso.

—¿Hablas en serio, Andrei?

—No te entiendo… —Casi refunfuñó el gigante soviético—. ¿Qué quieres decir?

—Solo te he preguntado si hablas en serio, porque, la verdad, me parece imposible que así sea. ¿Lo has tenido todo en cuenta, Andrei? Piénsalo bien. Es posible que cuando Alexei e Ivan regresen, ya haya amanecido, y eso los hará… vulnerables. Quizá no consigan llegar a la lancha… ¿Te parece posible eso?

—Desde luego.

—Muy bien. Ahora supongamos que tú y yo nos vamos con Chi, y que, por lo que sea, no podemos regresar a la lancha ninguno de los dos. Fíjate bien, Andrei: ninguno de los dos. Y tampoco Alexei e Ivan… ¿Qué ocurriría entonces?

—Que nada habría servido de nada —gruñó Andrei.

—Exacto. Por tanto, creo más inteligente que uno de nosotros se vaya ahora mismo a la lancha. Y nadie más indicado que tú. Ivan y Alexei saben dónde está, de modo que si tienen suerte, se reunirán contigo. Y así lo haré yo también…

—Tú no sabes dónde está, Basilya.

—Pero lo sabe Chi Pen Dong —sonrió Brigitte, señalando al impávido viejo—. Él me conducirá allá. Y, en el peor de los casos,

suponiendo que ni Alexei, ni Ivan, ni yo, podamos reunirnos contigo en la lancha, tú sabes muy bien cuál es el plan, y cómo debes realizarlo. Por lo menos, Andrei, que quede uno de nosotros para la última jugada.

—Tienes razón… Está bien, lo admito, eso es lo más inteligente que podemos hacer, Basilya.

—Entonces, todo está dicho. Todo, menos que le pases a Chi mi deseo de que me conduzca con los demás. ¿Quieres hacerlo, por favor, Andrei?

El espía ruso pasó la petición de Brigitte a Chi, el cual asintió con la cabeza y se puso en pie. Andrei Bussailov ayudó a Brigitte a hacerlo, y ella lo agradeció con una dulce sonrisa.

Señaló su maletín.

—¿Estamos de acuerdo en todo el plan, Andrei?

—Sé muy bien lo que tengo que hacer, si a eso te refieres.

—Entonces, te quedarás mi maletín. Llévalo a la lancha y espérame allí. Procuraré no tardar más de lo imprescindible.

Andrei Bussailov la cogió de un brazo, suavemente, mirándola con fijeza a los ojos.

—El caso es —susurró— que no quisiera separarme de ti, camarada Basilya Cherkov. Y no por este asunto del yate americano… Espero que lo entiendas.

—Por supuesto que lo entiendo, Andrei… —murmuró ella dulcemente—. Creo que los dos sentimos lo mismo, pero… tenemos un trabajo que hacer.

—Deseo que vuelvas… Sí… Lo deseo de veras, Basilya.

—Entonces, volveré, Andrei.

Rodeo con sus brazos el cuello del ruso y lo besó en la boca, muy despacio y profundamente, con tanta dulzura que notó el estremecimiento de Andrei Bussailov, y la fuerza con que las manos de él se clavaron en su cintura, y subieron luego por su espalda hacia la nuca.

Tras el larguísimo beso, la espía internacional se desasió suavemente de los fuertes brazos del agente soviético. Chi Pen Dong permanecía junto a ellos, siempre impávido. Había entendido muy bien a aquella mujer, había comprendido sus intenciones y, desde luego, no estaba dispuesto a asombrarse por nada.

—Te estaré esperando en la lancha, Basilya…

Ella besó brevísimamente los amoratados labios de Bussailov.

—Y yo estaré deseando volver. Hasta pronto, camarada Andrei Bussailov.

Capítulo XV

Todavía faltaba casi una hora para el amanecer cuando Brigitte Montfort, alias Baby, alias Basilya Cherkov, y su viejo acompañante llegaron a la boca de aquella cueva, casi oculta por helechos gigantes.

De entre los cuales, inmediatamente, apareció Din Peih, sonriendo. Parecía sumamente feliz, a pesar de su leve cojera, consecuencia de un balazo.

—Está usted viva… —exclamó—. ¡No sabe cuánto nos alegramos todos de eso, Baby!

—Todos… menos Simón, Din Peih.

El vietnamita se mordió los labios.

—Lo siento… No pude evitarlo. Le dije al americano que yo me quedaría allí, pero él dijo que precisamente yo era el más indicado para sacar de aquella trampa a su compañero, y que él escaparía luego hacia cualquier sitio… Me pidió que le dijera a usted que si no lo encontraban allí, lo olvidasen, que él se las arreglaría solo, cuando escapase…

—Pero no escapó, Din. Simón estaba allí.

—Lo sé. Yo… le oí gritar cuando recibió la primera herida.

—¿Y no volvió para ayudarle?

—¡Me lo había prohibido! Me dijo que si yo me dedicaba a algo más que no fuese llevarme de allí al ciego, me volaría la cabeza de un balazo… ¡Le juro que me dijo eso!

—Está bien, Din Peih. Le creo, desde luego… ¿Está mi otro compañero en la cueva?

—Sí… Estamos todos.

—¿Todos?

—Todos los que pueden ayudarnos, Baby. Agi Nah los fue reuniendo esta noche. Chi quedó encargado de vigilar el embarcadero, por si usted aparecía por allí.

—Y lo hizo muy bien. Excepto en una cosa: ¿no crees que debió avisaros de que yo estaba prisionera en un pesquero chino? ¿O lo hizo?

—No…

—Pregúntale por qué.

Din Peih se volvió hacia Chi Pen Dong, y se puso a conversar con él en el idioma de ambos. Por fin asintió con la cabeza, y dio la explicación a la espía:

—Chi dice que no habría ganado nada avisándonos, ya que sabía que nosotros somos pocos y que no habríamos podido hacer nada. En cambio él, rondando por allí, esperaba tener alguna oportunidad de intentar hacer algo por usted.

—¿De veras? Bueno, es muy de agradecer su actitud, de todos modos. Y, realmente, Chi me ha resultado muy útil… Entremos ya en la cueva, Din.

—Será mejor que me dé la mano…

Penetraron en el oscuro agujero; a un lado había un joven vietnamita, con una pistola en la mano. Brigitte vio solamente el brillo de sus ojos y su redondo rostro juvenil. No hizo el menor comentario, ya que obviamente, si aquel muchacho estaba allí era porque Din Peih confiaba en él.

En pocos segundos la oscuridad fue completa, y hasta Din Peih, que debía de conocer muy bien aquel recorrido, tropezó tres o cuatro veces.

Un par de minutos más tarde empezó a verse un leve resplandor al fondo… El resplandor fue aumentando hasta que, al girar hacia la derecha, se vio con toda claridad. Desde luego, cualquiera que entrase allí sin luz ni guía se perdería irremisiblemente. En cuanto a la vigilancia en la boca de la cueva, resultaba del todo acertada, ya que si alguien entraba en la cueva llevaría por delante al muchacho de la pistola, el cual llegaría a tiempo para avisar que apagasen la luz. Y sin ver ninguna luz era difícil imaginarse que en aquella gruta húmeda, llena de arañas y ratas, cuyo deslizarse se oía con toda claridad, pudiese haber seres humanos.

El quinqué estaba en un ensanchamiento lateral de la gruta, que formaba una espaciosa habitación. Din Peih dijo algo antes de llegar, de modo que el otro vietnamita que apareció por un lado, fusil en ristre, lo hizo ya completamente tranquilo.

Dentro de aquel cubil húmedo estaba Simón, sentado en el suelo, indiferente a todos y a todo. Había cuatro vietnamitas más, todos ellos armados. Y estaba también la joven y bonita Agi Nah, la compañera de la agente Baby en la audaz incursión al yate, *Manhattan*. Uno de los vietnamitas era Ban Tin Boh.

Se veían algunas mantas por el suelo y paquetes con víveres. Desde luego, no era aquella la primera vez que Din Peih y sus amigos utilizaban aquel escondite, en el cual, sin duda, dejaban las mantas, el quinqué, algunos víveres…

La espía se sentó ante Simón silenciosamente y le cogió una mano.

El ciego dejó escapar una exclamación y sus dedos palparon con afán de reconocimiento la pequeña manita fresca y fina.

—¿Baby?

—Hola, Simón.

—Es usted… Por fin ha vuelto… ¿Y Tad? ¿Viene con usted?

Brigitte palideció ligeramente.

—No —musitó.

—¿Pero escapó? Taddeus escapó, ¿no es cierto?

—¿Cómo está usted, Simón? ¿Bien?

—Quiero que Tad venga aquí… ¿Dónde está? ¿Dónde lo ha dejado?

—Creo que… sería mejor que no se preocupase por él, Simón.

—¿Por qué no? Es mi amigo… Hemos corrido juntos muchas de estas juergas de espionaje, nos entrenaron juntos para esto del yate…

—Vi a los muchachos del yate, Simón. Y a sus otros dos compañeros de misión. Ellos están bien. Pero hay uno que es un poco descarado, y estaba ya empezando a molestar a los *viets*…

—Ese es Michael —rio agudamente Simón-Kirk—. Tiene… demasiado sentido del humor. ¿De verdad estaban todos bien?

—Cuando yo salí de allí, sí.

—Me alegro tanto… Respecto a Taddeus…

—Él no volverá a la patria, Simón.

El espía ciego se estremeció un instante. Luego, durante casi un minuto, estuvo silencioso, tenso el rostro, prietos los labios, que al fin se movieron…

—Bien… —murmuró roncamente—. Supongo que usted tenía

razón, Baby…

—¿Razón? ¿A qué se refiere?

—A lo que dijo… Prohibido rigurosamente espiar… Sí, tiene razón… Debería estar rigurosamente prohibido…

—Así debería ser, Simón. Pero…

—Ya sé. Ni todos somos buenos, ni todos somos malos. Tenemos que vigilarnos unos a otros para saber quién es bueno y quién es malo. La solución sería… simple si todos fuésemos buenos o todos malos.

—¿Sería simple la solución si todos fuésemos malos?

—Claro… Como lo sabríamos, nos exterminaríamos unos a otros. Y con un poco de suerte quizá pronto acabásemos con la raza humana…

—¿Y no sería mejor que todos fuésemos buenos? —sugirió Brigitte amablemente.

—Sí… Sería mejor, sin duda. Pero eso, usted lo sabe muy bien, es… completamente imposible. Y por eso nos espiamos. Y seguiremos espiándonos siempre, por rigurosamente prohibido que esté o pudiera estar…

—Ya filosofaremos en otro momento, Simón. Ahora tenemos cosas más urgentes que hacer.

—Claro… Supongo que yo no puedo ayudar en nada, ¿verdad?

—Puede ayudar e un solo modo, por ahora: siendo dócil a mis indicaciones.

—Oh, sí… Lo entiendo. Los ciegos somos… paquetes que han de ser llevados de un lado a otro. Pero se me ocurre algo… Creo que podría ayudarles a todos, Baby.

—Bien… Su idea respecto a sacar el yate del embarcadero fue buena, Simón. Y pronto se llevará a cabo. En realidad, dentro de muy pocas horas todo habrá terminado, para bien o para mal. De un modo u otro, solo nos quedará una cosa por hacer: huir. Ya no se podrá hacer nada más… Pero si su idea anterior fue buena, quizá la de ahora también lo sea… ¿De qué se trata?

—De pegarme un tiro en la cabeza.

—Oh, vamos, Simón…

—Es el único modo en que podrán escapar todos. Ya ha muerto Tad por mi culpa. No quiero que usted tenga la molestia que yo represento, Baby. No, no quiero eso, sabiendo que está dispuesta a

jugar su baza para recuperar a otros dos compañeros nuestros y a doce muchachos americanos. Por lo tanto…

Brigitte le quitó a Simón la pistola de la cintura de un rápido manotazo.

—Simón —susurró—, comprendo su desequilibrio nervioso y cómo se siente, pero… no puedo dejarle hacer eso.

—¿Soy o no soy una molestia?

—Ciertamente.

—Entonces deje de portarse como una estúpida y devuélvame esa pistola.

—Más adelante. Créame que lo siento, Simón. Por favor, sea sensato.

—Yo… quiero pedirle un favor, Baby.

—Concedido, si está a mi alcance.

—Lo está… Le agradezco que no me permita suicidarme. Eso… no está bien, ¿verdad? No es religioso… Ni siquiera es inteligente. ¿Está de acuerdo?

—Por completo. ¿Cuál favor quiere de mí?

—Que me mate. Aquí y ahora. No será un suicidio, sino…

—Sino la última cosa que haría la agente Baby, a menos que hubiese perdido del todo la cordura. Oh, Simón, vamos a dejarnos de tonterías. Voy a darle instrucciones a Din Peih. Quiero que las escuche, que esté atento a todo. Y si tiene algo que decir, alguna sugerencia o modificación que hacer, quiero oírlo. ¿Está claro?

—¿No quiere matarme?

—No —Brigitte lo besó en una mejilla—. Todo el mundo puede ser útil en un momento dado, de manera que usted seguirá vivo. Ahora preste su atención. Eso es todo, Simón.

Se puso en pie, encarándose con Din Peih, que era el único de los reunidos que había entendido la conversación entre los dos espías americanos.

—Pudo decirle que su compañero estaba vivo, y que había escapado… —susurró.

—Las mentiras, Din Peih, son como esas minas enterradas en la arena del desierto: no se ven, pero pueden explotar en cualquier momento, a la menor imprudencia. Y siempre se guarda más rencor al enemigo que nos ha colocado una mina que a aquel que nos planta cara arma en mano.

—Me parece que la entiendo un poco —asintió Din Peih—. ¿Qué hacemos con el asunto del yate?

—Primero dígame una cosa: ¿puede todavía disponer de la radio con la que se comunicaba con los agentes de la CIA de Saigón?

—Quedó en la casa de Vinh. Quizá Wo Tin Tsing la encontró.

—No. No la encontró. Habrá que ir allá y…

—¿Volver a aquella casa?

—Ya no hay peligro, Din Peih.

—Pero los chinos… Todavía quedan muchos en el embarcadero…

—Cierto —sonrió Brigitte—. Y están tan asustados que se dedicarán en todo momento a vigilar que no les vuelen el pesquero. Nadie le molestará en Vinh, Din Peih. Es más, no creo que ese pesquero chino tarde mucho en zarpar. Muerto Wo Tin Tsing, las cosas se les han puesto difíciles.

—Ojalá sea cierto. ¿Y los rusos…?

—Los rusos no saben cuál es esa casa. Tuve que contarles lo que ocurrió, pero a mi manera y sin decirles dónde estaba esa casa. ¿Algún temor más?

—No. Bueno, yo diría que la cosa va muy en serio, de modo que usted no debe… disgustarse conmigo si tomo precauciones antes de arriesgar las vidas de mis amigos en lo que podría ser una trampa.

—No hace falta que vayan todos allí. Además, necesito algunos aquí, en Nghi Xuan, para… un pequeño trabajo. ¿Alguno de sus amigos habla inglés?

—No.

—¿Tampoco saben manejar la radio de la casa de Vinh?

—Dos de ellos sí.

—Magnífico. Enviaremos solamente a uno, Din Peih.

—¿No debería ir yo mismo? Si hay peligro…

—Habrá más peligro aquí que en aquella casa. Escoja a uno de esos dos hombres y envíelo para que transmita el siguiente mensaje a Saigón: el submarino…

—Pero ya le digo que ninguno de ellos habla inglés…

—No importa. Mis amigos de Saigón sí hablan su idioma, Din. Ese hombre que envíe usted a la casa de Vinh deberá enviar el siguiente mensaje a Saigón: el submarino deberá ser avisado para que, hacia el mediodía de hoy, esté navegando por superficie en

zona de aguas internacionales, preferentemente cerca del lugar donde fue recogida la agente Baby cuando se lanzó del caza de la USAF… ¿Cree que su amigo podrá recordar esto, Din?

—Espero que sí. ¿Qué debe hacer luego?

—Nada. Que se quede en Vinh, donde a usted le convenga. Ese hombre ya no volverá a sernos de utilidad. De los dos que saben manejar la radio, escoja al más joven.

—Está bien.

Din Peih llamó a uno de los muchachos que permanecían tan atentos como si entendieran lo que estaban hablando. Machacó por tres veces el contenido del mensaje, así como las instrucciones posteriores a su envío, respecto a que debía quedarse en Vinh.

Por fin, el joven vietnamita se fue, y Din Peih se quedó mirando a Brigitte.

—Seguramente habrá enviado el mensaje antes de un par de horas…, suponiendo que no tenga contratiempos en Vinh.

—No los tendrá. Ahora veamos si organizamos una pequeña jugada sucia, Din. Ah… Agi Nah no va a servirnos, de modo que también puede marcharse. Que lo hagan juntos, ella y el muchacho que debe radiar el mensaje. Y que no vuelva ninguno de los dos.

Din Peih pasó las instrucciones a Agi Nah, que asintió con la cabeza, miró a Brigitte y sonrió levemente. Brigitte le devolvió la sonrisa, alzando una mano.

—Buena suerte, Agi Nah.

Ya solo quedaban tres vietnamitas, más los dos que vigilaban en la gruta.

—¿Tenemos medios para conseguir algún *shampán*, Din Peih?

—No sé… Es probable que sí. Ban Ti Bob tiene amigos por Nghi Xuan. Quizá podría conseguir uno, sí.

Brigitte miró hacia Ban Ti Boh, haciéndole un gesto amistoso con la mano.

—Pregúntele, Din.

Este y Ban Ti Boh comenzaron a charlar inmediatamente en su idioma, bajo la atenta mirada de Brigitte. Al principio, Ban Ti Boh movía negativamente la cabeza, pero pareció recordar luego algo muy interesante, porque comenzó a moverla afirmativamente, muy abiertos los ojos, expresando alegría…

—Dice que sabe dónde podrá conseguir un buen *shampán*… Pero

que su amigo no lo presta jamás a nadie. Todo lo más que podría conseguir es que su amigo se lo dejase unas horas o un día… Depende de lo que le pague.

—Entiendo. Que le diga a su amigo que dentro de una semana recibirá, por medio del propio Ban Ti Boh, mil dólares. Y dígale a Ban Ti Boh que él los recibirá de manos de usted.

—Muy bien.

Nueva conversación vietnamita.

—Dice Ban que su amigo no querrá moneda americana, que es peligroso. Querrá moneda nacional.

—Eso no es problema. Que le ofrezca a su amigo el equivalente a mil dólares americanos por dejarnos el *shampán* durante el día de hoy. O sea, unos… tres mil quinientos dongs. Y pónganse de acuerdo de una vez, Din. No podemos estar charlando aquí todo el día. Que Ban le diga dónde podrán encontrarse para recogerlos en el *shampán*, a usted, a los demás y a mi amigo Simón.

Los dos vietnamitas quedaron de acuerdo por fin. Ban Ti Boh se fue, tras concretar sin lugar a dudas el punto de recogida. Hasta el momento, todo estaba organizándose de acuerdo a los secretísimos y poco menos que maquiavélicos planes de la espía internacional. Por supuesto, siempre falla algo, pero mientras ese fallo no fuese clarísimo, evidente, ella tenía que dar por sentado que todo iba bien. No actuar por temor al fracaso era una actitud que en nada encajaba con la personalidad de Brigitte Montfort.

—Bien, Din Peih… Ahora salgamos todos de aquí —se apresuró a adelantarse hacia el espía ciego—. Yo llevaré a Simón.

—¿Y quién la llevará a usted? —Sonrió Din Peih.

—Bueno… Será mejor que salgamos cogidos los tres de la mano. ¿Ha oído, Simón? Nos vamos.

—Sería mejor que yo me quedase aquí, y si todo le sale…

—Usted viene conmigo. —Brigitte le cogió de una mano y tiró de ella hacia arriba—. Y espero que no me obligue a llevarlo cargado en un hombro. En marcha. Déjenlo todo según su costumbre, Din.

Los últimos en salir fueron los dos vietnamitas, que se encargaron de arrinconarlo todo y de apagar el quinqué. En primer lugar iba el viejo Chi Pen Dong, que parecía capaz de ver en la oscuridad impenetrable de la gruta.

Cuando llegaron afuera, Din Peih habló unos segundos con el vietnamita que había allí.

—No hay novedad. Todo tranquilo.

—Magnífico. Ahora, Din Peih, usted y otro de estos muchachos se irán al lugar donde han quedado citados con Ban Ti Boh y vigilarán que todo esté en orden allá para cuando él llegue. Chi y los otros dos muchachos vendrán conmigo. Más tarde se reunirán con ustedes…

Y entonces, cuando estén todos juntos, subirán al *shampán*, con mi compañero Simón, naturalmente, y se irán mar adentro, rebasando el límite de las aguas *viets*. Navegarán desviándose hacia el sur, pero siempre tendrán que estar en un punto desde el cual puedan ver los dos navíos norvietnamitas que hay en la playa. Si los navíos se mueven, los seguirán mientras les sea posible. Si, como es de esperar, los dejan atrás, sigan navegando en esa dirección, en la misma ruta que los dos navíos *viets*. Es decir, hacia Haiphong, ya que se dirigirán allá sin ninguna duda. Pero siempre fuera del límite de doce millas mar adentro. ¿Lo ha comprendido bien, Din?

—Sí. ¿Usted se lleva a dos de mis amigos y a Chi?

—Eso es. Y quiero a los dos que sean más valientes, Din. Los que mejor sepan matar. A cuchillo, si es posible.

—¿Deben matar a alguien?

—Así es. A dos hombres blancos. Dos rusos. Chi Pen Dong los conoce. Dígale que son los de la cabaña adonde lo llevaron después de dispararle. No el que tenía tantas heridas, sino a los otros dos. Pregúntele si los reconocerá cuando los vea. Puesto que si conoce a uno, será fácil comprender que el otro será su compañero.

Din Peih se enzarzó en conversación con Chi Pen Dong, que asentía repetidamente con la cabeza.

—Lo recordará con toda seguridad. Pero dice que no sabe dónde están.

—Dígale que dentro de un par de horas ellos regresarán a la lancha que él vio antes, escondida junto al río. ¿La recuerda? ¿Recuerda el sitio?

Chi Pen Dong lo recordaba todo muy bien.

—Entonces todo está decidido. Chi y dos de sus amigos vendrán conmigo. Dígale a Chi que primero me indicará dónde está la lancha. Luego, él se reunirá con los dos muchachos y esperarán la

llegada de los dos rusos. Que no deben llegar a la lancha jamás. Dígaselo.

De nuevo Chi Pen Dong lo entendió todo muy bien. Y, además de eso, lanzó unos extraños chillidos, llevándose las manos a la boca. Brigitte lo miró asombrada, hasta que Din Peih, sonriendo, explicó:

—Los chillidos son de mono indonesio. Dice Chi que él y los dos chicos matarán a los rusos cuando regresen a la lancha. Y que chillarán como ha oído para que, al oírlo, usted sepa que los dos hombres rusos han muerto.

—Buena idea —sonrió Brigitte—. Espero que todo esté entendido, Din… ¿Qué pasa ahora?

Los cuatro jóvenes vietnamitas se habían enzarzado en una veloz discusión.

Din Peih hizo una seña con la mano a Brigitte, de modo que todos permanecieron silenciosos mientras duró la velocísima, agitada discusión.

Finalmente, dos de los vietnamitas se quedaron con los cuatro cuchillos del grupo y se volvieron, quedándose mirando a Brigitte.

—Ellos son los encargados de matar a los rusos, Baby —explicó Din Peih.

—Espero que no fallen.

—No —sonrió secamente Din—. Chi ha explicado que la lancha está en la zona pantanosa, entre los bambúes… Puede estar segura de que esos dos rusos no se moverán por allá con la soltura necesaria.

—Muy bien. Pregunte si alguien tiene alguna duda sobre lo que tiene que hacer, Din.

Nadie tenía ninguna duda.

Y en el cielo se veía ya la claridad del nuevo día, que, como suele suceder en el trópico, llegaría rápidamente.

Brigitte se acercó más a Simón, casi abrazándolo.

Pasó sus manitas por el tenso rostro del ciego espía americano, en una delicada caricia.

—Adiós, Simón. Sea buen chico… Recuerde que el mejor modo de ayudarme es portarse dócilmente. Déjese llevar. Todos los que le acompañan son amigos.

—¿Volveremos a vernos…? —Simón se mordió los labios—: A

oírnos, quiero decir…

—Espero que sí, Simón. Nos oiremos y nos veremos… Cuando esté en casa, tendrá los mejores médicos. A fin de cuentas, no es usted ciego de nacimiento o de enfermedad ocular muy larga y progresiva. Todo lo que tiene ahora es mala suerte. Un golpe, consecuencias dañinas para los nervios ópticos… Eso se podrá arreglar, no lo dude.

—¿Qué pierdo creyéndola? —rio amargamente Simón.

—Nada. Y gana una esperanza. ¿Por qué no pensarlo así? En cualquier momento, por cualquier motivo, quizás un golpe, una caída… Por cualquier cosa, en un momento dado puede volver a ver.

—Claro…

—Adiós, Simón.

—Adiós.

Brigitte besó a su compañero y se apartó, haciendo una seña a Din Peih, que tomó del brazo a Simón, llevándoselo. La espía estuvo allá inmóvil casi un minuto, hasta que el grupo de cuatro hombres se perdió entre la maleza.

Chi Pen Dong y los dos vietnamitas encargados de eliminar silenciosamente a Ivan y Alexei la miraron fijamente, esperando. No se decidían a creer que aquello que estaban viendo en los ojos de la hermosa mujer americana eran dos gruesas lágrimas…

Capítulo XVI

Cuando se izó a la cubierta de la lancha, el sol ya estaba en el cielo, todavía un poco rojo. Su luz se filtraba de un modo magnífico, resplandeciente, por entre las menudas hojas de los bambúes, formando una celosía brillante y cambiante.

Las aguas brillaban con su tono marrón, casi negro en algunos puntos. Muy cerca se oía el deslizarse del Song Ca, en su ya corto camino hacia el mar.

Quedó tendida en la cubierta, mirando hacia las puertecillas que llevaban a la cabina interior. Allá, pistola en mano, mirándola sonriente, estaba Andrei Bussailov, el hombre de la MVD que debía la vida a la agente de la CIA mundialmente conocida como Baby. Solo que, para él, aquella mujer debía ser Basilya Cherkov, simplemente.

Brigitte se deslizó hacia allí, y Bussailov se apartó, dejándola entrar. Luego cerró las dos puertecillas, mientras la espía descendía a la cámara de la lancha. Andrei descendió tras ella, guardando la pistola. En un rincón, sobre un taburete plegable, de lona, se veía el rosario de granadas de mano y el par de metralletas. Encima de todo aquello, el rojo maletín con florecillas azules estampadas.

—¿Alguna novedad, Andrei?

—Una muy buena —sonrió el ruso—: que has vuelto, en efecto.

—¿Ninguna llamada por la radio? —Sonrió también Brigitte.

Bussailov la abrazó fuertemente por la cintura, se inclinó y la besó en el cuello, despacio. Sus magullados labios recorrieron con gran suavidad la piel de la falsa rusa, mientras iba susurrando:

—Nadie… ha llamado…, ni yo… he llamado… a nadie…

—¿No sabes nada de Ivan y Alexei?

—No tardarán… en regresar…

—Suponiendo que regresen.

—¿Por qué no?

—Andrei, ¿qué… estás pretendiendo ahora? Suéltame…

—¿Me rechazas? —Se enderezó él, mirándola fijamente, con sus inteligentes y astutos ojos grises tan peculiares.

—No es eso… Pero estamos esperando a nuestros camaradas, y si ellos llegasen mientras tú y yo…

Bussailov volvió a abrazarla con fuerza, sonriendo.

—Si eso es lo que te preocupa, olvídalo. Ivan y Alexei se harían cargo de… nuestro amor.

—Andrei, por favor… Sé que dijimos que…

—Me parece que te estás echando atrás. ¿Por qué, Basilya? Es posible que tengamos que esperar una hora todavía. O quizá dos… O más. ¿Por qué no aprovechar ese tiempo de un modo… amable, de grato recuerdo para ambos?

—Andrei, tenemos… un trabajo que hacer…

—Se está haciendo ya, ¿no es así?

—Quizá no. Quizás hayan… matado a nuestros camaradas. Quizá mientras nosotros creemos que los paquetes con explosivo plástico están adheridos a los cascos de esos dos navíos norvietnamitas, lo que en realidad está ocurriendo es que tanto esas cargas con detonador a distancia como nuestros camaradas… están en el fondo del mar.

—¿En qué cambiaría eso las cosas? Nosotros ignoramos si ellos han conseguido o no colocar las cargas…

—Suéltame, Andrei… No, espera, eso… no…

—Y puesto que de todos modos debemos esperar para saber una cosa u otra…

—Andrei —gimió la espía—. No, Andrei, no…

Pero Bussailov se dedicó a besarla de nuevo, y Brigitte tuvo que callar, notando las manos del ruso, fuertes y grandes, en el sofocante abrazo. Era inevitable, y Brigitte lo sabía… Había querido evitarlo… Pero no podía ser. Allí estaba ella, abrazada por el espía ruso…

Y todo estaba decidido desde el momento en que se habían despedido con un «hasta pronto, camarada…».

—Andrei, las cargas de plástico…

—Deja ya las cargas de plástico. Si ellos lo han conseguido, no hay por qué preocuparse. Y si no lo han conseguido… tampoco creo que debamos preocuparnos por ello. Supongo que tú ya lo sabes,

Basilya Cherkov.

—¿Qué… es lo que sé…?

—Que en espionaje no siempre se gana. ¿Lo sabes?

—Claro…

—Entonces no necesitas demasiadas explicaciones. Si estás muerto, mala suerte. Pero si estás vivo, vive la vida. ¿No es así, camarada Basilya?

—Andrei, te lo… suplico… Me estás…

Pero Andrei Bussailov, espía soviético, no estaba dispuesto a soltar su presa.

* * *

Una hora más tarde, Brigitte oyó perfectamente aquellos extraños chillidos, muy cerca de la lancha. Andrei Bussailov la estaba besando, y al oírlos se separó un par de pulgadas.

—¿Qué ha sido eso? —musitó.

Brigitte sonrió de aquel modo tan dulce que la convertía, ciertamente, en la más hipócrita y embustera de las espías. Solo que, en aquella ocasión, dijo al menos una parte de la verdad:

—Parece el chillido de uno de esos monos indonésicos…

—¿Un mono por estos lugares pantanosos?

—Por eso debía de gritar… Ha debido de perderse.

El ruso no estaba demasiado conforme con eso, pero acabó por encoger los hombros, admitiendo:

—Debía de ser un mono, claro… No veo por qué otra clase de ser tiene que andar por aquí dando chillidos de mono. Basilya…

—Andrei, ya es muy tarde.

—Sí… Tienes razón. Y Alexei e Ivan no han vuelto… Algo les ha ocurrido. Tenían que estar de vuelta antes del amanecer, si era posible.

—Y ya hace más de una hora que amaneció. Creo que será mejor que empecemos a prepararnos para la marcha, Andrei.

—¿Con qué objeto? Si ellos no han vuelto es que no han podido conseguir su objetivo.

—¿Estás seguro de eso?

—Bien… No. No, desde luego.

—Entonces, nosotros vamos a actuar como si ellos hubieran

hecho su trabajo.

—Es un riesgo innecesario. Desde un principio advertí a la MVD que no se lograría nada por estos métodos. Es imposible que unas cuantas personas arrebaten ese yate a los *viets*… Sobre todo, teniendo delante dos navíos poderosos, vigilando en la playa. Creo que Alexei e Ivan están muertos ahora. Y nosotros lo estaremos pronto si insistimos en esta locura, Basilya.

Brigitte sonrió, acariciando las sienes del espía ruso. Ella sabía muy bien que los dos compañeros de este habían conseguido su objetivo. Los gritos de mono indonésico proferidos por el asombroso viejo Chi Pen Dong indicaban que Alexei e Ivan, agentes de la MVD, habían sido acuchillados a su regreso a la lancha. Y si los dos rusos habían podido regresar vivos y por su cuenta, solo podía significar que habían logrado colocar las cargas de explosivo plástico en los navíos, tal como ella les había indicado.

—¿Por qué no habían de conseguirlo, Andrei? —susurró—. Estoy de acuerdo contigo en que quizás en estos momentos ellos estén muertos. Sí, es posible… Pero ¿quién nos asegura que antes de morir ellos no habían colocado ya las cargas? ¿Qué perdemos intentando la última jugada?

—Podemos perder nuestras vidas.

—¿Y eso te asusta? Todos los espías sabemos, cuando aceptamos el… empleo y cada uno de nuestros trabajos, que estamos mal vistos, que está prohibido rigurosamente espiar. Pero somos espías. Eso, en cierto modo, quiere decir que estamos obligados a intentar lo imposible. Es nuestro trabajo, Andrei, querido.

—¿Crees que debemos intentar nuestra última jugada?

—Naturalmente. Si Alexei e Ivan no consiguieron colocar las cargas, nada pasará, y nosotros podremos continuar navegando hacia Hong Kong, por el Estrecho de Hainan. Una vez en Hong Kong, yo me las arreglaré para enviarte a Vladivostok… Pero si ellos consiguieron colocar esas cargas explosivas, tenemos muchas probabilidades de que el plan salga bien y de apoderarnos de ese yate. Conseguido esto, una llamada a nuestros dos escoltas, que deben de rondar estas aguas, haría el resto. El yate sería izado a bordo de uno de ellos, tú podrías regresar cómodamente a Vladivostok, yo a Hong Kong…

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos Andrei casi riendo

—. Y te aseguro que informaré a la MVD respecto a tu tenacidad y eficiencia. Eres… asombrosa, Basilya.

—¿Solo… asombrosa?

—Estaba hablando… profesionalmente. En el terreno personal, eres maravillosa. Supongo que no será fácil que volvamos a vernos…

—¿Por qué no? Los espías tenemos una ventaja: que no siempre trabajamos. Yo espero tener más de una ocasión para volar desde Hong Kong a Vladivostok, Andrei.

Este la abrazó y volvió a besarla en los tiernos y frescos labios sonrosados.

—Te estaré esperando siempre —dijo, ronca la voz. Ella le dio un besito en la barbilla, sonriendo.

—Pero ahora tenemos que marcharnos de aquí, querido. Si las cosas salen bien, mejor. Si no salen bien, de todos modos tenemos que escapar. Comunicaremos a nuestros dos escoltas que la misión ha sido imposible de conseguir y… que ellos actúen de acuerdo a las instrucciones que hayan recibido. ¿De acuerdo, camarada Andrei?

—De acuerdo. Ivan y Alexei ya no volverán…, de modo que partiremos inmediatamente. Tú quédate en la cubierta, Basilya.

—Está bien.

Subieron los dos a cubierta, y Andrei Bussailov saltó a las pantanosas aguas. Se colocó a popa y comenzó a empujar la lancha, hundiéndose alarmantemente en el lodo… Pero la lancha comenzó a deslizarse por la ciénaga silenciosamente, tras despegar su quilla del lodo en aquella parte poco profunda. Pero Andrei Bussailov todavía tuvo que estar empujando durante un par de minutos más, hasta que la lancha, tras haber encallado dos o tres veces más, llegó a aguas menos pestilentes y más profundas… Y poco después salían a las turbias aguas del Song Ca, ya el ruso en cubierta, empujando ahora con la pértiga.

Finalmente, se encontraron en medio de la corriente. Andrei dejó entonces la pértiga y tuvo que darse prisa en poner en marcha el motor, para dominar y enderezar la lancha, que comenzaba a girar como un simple tronco en la corriente del río.

Brigitte había vuelto abajo, y estaba supliendo sus desgarradas ropas de vietnamita por unos *shorts* de cualquiera de los tres rusos y

una camisa de colores brillantes que casi podía servirle de túnica, tan enorme resultaba para su fino cuerpo; sin duda pertenecía a Andrei, el gigantesco ruso rubio. Tuvo que cortar parte de la camisa, así como las mangas, que luego dobló graciosamente.

Cuando regresó a cubierta con aquel gracioso atuendo y en sandalias de paja, Andrei Bussailov casi soltó una carcajada.

—¿Te burlas de mí? —reprochó mimosamente la espía.

—Basilya: ningún hombre en su sano juicio se burlaría de ti. Estás… graciosa, simpática… Pero tengo malas noticias.

Brigitte miró hacia la playa, ya visible, y volvió a sonreír.

—¿Te refieres a que ya han partido los navíos *viets*, Andrei?

—En efecto.

—Pues no son malas noticias, querido, sino todo lo contrario. Podremos alcanzarlos con esta lancha. Pero antes pasa cerca del embarcadero, para asegurarnos que se han llevado el yate americano.

Estaban en plena desembocadura del Song Ca, y Andrei dirigía ya la lancha hacia el embarcadero. Había entendido muy bien los planes de su compañera de la MVD, y, realmente, precisaba pocas instrucciones complementarias. A fin de cuentas, él también era un experimentado espía… Les bastó una lejana pasada para comprobar que, efectivamente, el yate *Manhattan* había desaparecido del embarcadero. Y, por tanto, toda la intensa vigilancia ejercida en Nghi Xuan desde la incursión de Brigitte y posteriormente aumentada por la explosión del pesquero chino, había decrecido considerablemente.

—Ahora solo falta que Alexei e Ivan hayan podido colocar las cargas, Basilya.

—Es nuestra última posibilidad. Yo gobernaré la lancha, Andrei, mientras tú manejas la radio hasta conseguir contacto con esos navíos norvietnamitas… que se divisan a lo lejos. ¿Los ves?

—Sí.

Cierto. Los navíos *viets* se veían a lo lejos, disminuidos por la distancia. Una pequeña mancha blanca apenas podía distinguirse entre ambos: el yate *Manhattan*.

—Bien… ¿Qué esperas, Andrei?

—Estaba pensando que tú no hablas vietnamita, Basilya. ¿Cómo vamos a entendernos…? Bueno, soy un estúpido, ¿no?

—Solo un poco distraído, querido. Naturalmente, hablaremos en inglés con esos caballeros de los navíos. Date prisa en conseguir ese contacto.

—Allá voy.

Bussailov desapareció en el interior de la lancha, mientras la espía americana gobernaba esta con toda facilidad. La distancia era la apropiada, realmente, de modo que no convenía acortarla. Con ello, solo habría conseguido colocarse bajo el fuego de batería de los navíos norvietnamitas.

Durante quince minutos, manteniendo rumbo al norte, esto es, hacia la base *viet* de Haiphong, Brigitte permaneció al mando de la lancha, siempre a la misma distancia. El día era claro, de magnífica visibilidad. Todo tenía que salir bien… Un solo fallo, uno solo, significaría el derrumbe de todos sus planes, todos sus esfuerzos…

Andrei apareció en la cubierta, sonriendo.

—Los tengo en la radio —dijo.

—Hazte cargo de la lancha. Yo hablaré con ellos.

—Bien.

Brigitte bajó a la cámara, donde estaba ya la radio en marcha, conseguida la comunicación por Bussailov. La espía tomó el micro…

—Atención… Atención, navíos bajo el mando de Hanoi… Les está hablando una agente del espionaje internacional. Repito: les está hablando una agente del espionaje internacional. Digan si reciben la comunicación. Cambio.

Le respondieron también en inglés, con aquel tono gutural de los asiáticos, tan peculiar.

—Navío de Hanoi recibiendo perfectamente comunicación. Digan qué desean y quiénes son. Cambio.

—Somos espías, eso es todo. Ahora, atiendan bien estas instrucciones breves: coloquen a los catorce americanos en el yate *Manhattan*, dejen de remolcarlo y sigan su camino hacia Haipong. Nada más. Espero respuesta. Cambio.

La respuesta no se hizo esperar.

—Le aconsejamos que abandone estas aguas, espía internacional. No soltaremos a los agentes americanos, ni dejaremos de remolcar el yate.

Si persisten en seguirnos, serán cañoneados. Cambio.

—Perderán su tiempo y unos cuantos proyectiles. Nosotros, en cambio, estamos en mucho mejores condiciones para atacarlos. Insisto en que dejen marchar a los americanos en su yate. Cambio.

—Si ustedes están locos, es cuenta suya. ¿Cómo piensan atacarnos? Por otra parte, nosotros insistimos en que los americanos navegaban dentro de nuestros límites marinos, y no los soltaremos. Cambio.

—No pierdan contacto. —Dijo fríamente Brigitte—. Les hablaré de nuevo dentro de un par de minutos. ¿Está desocupado el yate americano? Cambio.

—Desocupado y remolcado. Cambio.

—Les llamo dentro de un momento. Mantengan contacto.

Fue a su maletín, sacó el emisor de señales de radio y se colocó ante el ventanal. Tuvo que pegar una mejilla al cristal para poder ver, al menos, uno de los navíos que llevaban delante. Sin vacilar colocó el dial en la posición número uno. Y por delante vio el gran surtidor de agua, a la izquierda del navío que estaba divisando. Con el surtidor blanco, una llamarada rojiza, empalidecida por la luz del día.

Luego, impávida, volvió a la radio.

—Atención, navíos de Hanoi. Esa ha sido la primera muestra de nuestro trabajo de dos días con hombres-rana en el embarcadero de Nghi Xuan. De momento, se han quedado sin el yate. Ahora atiendan: tienen cinco minutos para desembarcar a los americanos con un lanchón de salvamento y proseguir su marcha hacia Haiphon. Cinco minutos solamente. Cambio y espero su llamada.

Cerró la radio, dejó el emisor sobre ella y volvió a cubierta. Andrei Bussailov tenía las mandíbulas encajadas en una dura mueca de disgusto, casi de rabia.

—¿Te ocurre algo, Andrei?

—Has volado el yate… Me pregunto qué hacemos nosotros aquí, ahora que ya de ninguna manera podremos conseguirlo. Lo has enviado al fondo del mar, convertido en pedazos… ¿Qué esperamos ahora?

—Esperamos a los americanos.

—¡A los americanos…! ¿Para qué?

—Teniéndolos a ellos, todo será más fácil. Resulta más cómodo capturar una docena de hombres que un yate, con el cual,

llevándolo camino de Vladivostok, tendríamos no pocos contratiempos con las flotas americanas. En cambio, unos cuantos hombres bien escondidos en un escolta…

—Pero lo que interesaba era el yate, sus nuevos sistemas de espionaje electrónico…

—Los americanos nos construirán un yate igual al que acabo de hundir, Andrei.

—Bien… Es posible, Basilya.

—Temo que no has quedado muy conforme, querido.

—Quizá tengas razón… —Sonrió por fin Bussailov—. Tú ideaste todo esto, Basilya, de modo que sigue con ello a tu manera.

Brigitte sonrió, besó al ruso en un lado del cuello, y dijo:

—Regreso abajo. Pronto pasarán los cinco minutos que les di para una respuesta, y quiero saber qué piensan de la situación.

Capítulo XVII

Los dos espías de la CIA, Michael Vray y Foster Nash, fueron empujados hoscamente hacia la radio, en la gran sala del navío norvietnamita.

—Esa mujer está a la espera —dijo el oficial *viet*—. Ustedes mismos van a decirle lo que les ocurrirá a todos, a los catorce, si llevan a cabo otro ataque, por insignificante que sea. Hablen con ella.

—¿En inglés o en vietnamita? —preguntó Vray.

—En lo que quieran… ¡Pero pronto! ¡Están pasando los cinco minutos!

Michael Vray, el sarcástico agente de la CIA, se acarició pensativamente la barbilla.

—Hummm… Será mejor que hable en inglés, porque no entiendo ni una palabra de vietnamita. ¿De acuerdo, capitán?

El rostro del oficial *viet* se congestionó. Dio un paso hacia el agente americano, pero este alzó simpáticamente las manos, pidiendo paz.

—De acuerdo, de acuerdo, ya le hablo —se colocó ante el micrófono—. Atención, damita del espionaje internacional, le está hablando ahora un simpático turista americano llamado Michael Vray. Esta es mi primera pregunta, y según la respuesta, recibirá la consiguiente indicación sobre su proceder. Ahí va la pregunta, preciosa: ¿no será usted, por casualidad maravillosa, una jovencita llamada Baby? Cambio.

—Encantada de oírlo, Simón. ¿Están todos bien? Cambio.

Vray alzó la cabeza y miró sonriendo a Nash.

—¿No te lo dije, cenizo? Es ella. De manera que podemos considerarnos a salvo. Hey, capitán, ya puede empezar a ordenar que los muchachos suban a cubierta para…

La pistola del oficial *viet* se colocó a una pulgada de la sien

derecha de Michael Vray.

—Señor Vray —deslizó fríamente—: tiene cinco segundos para empezar a decirle a esa mujer que se aleje de nuestros barcos. Hable con ella inmediatamente, o…

Vray volvió a alzar las manos y se encaró de nuevo al micrófono.

—Hermosa muñequita internacional, le envío saludos de otro Simón. Tanto él, como yo y los muchachos, estamos muy bien, en lo que cabe. Pero esperamos estar mucho mejor cuando usted nos saque de aquí. De manera que siga adelante con su plan. ¡Viva el Tío Sam! Eso es…

El oficial norvietnamita golpeó a Vray en la cabeza con la pistola, derribándolo, con una brecha de más de una pulgada que comenzó a sangrar copiosamente en el acto. Tres marinos sujetaron férreamente a Nash cuando este intentó atacar al *viet*, que se colocó furiosamente ante el micrófono.

—Atienda bien, espía internacional. Si dentro de un minuto nuestra vigilancia no nos comunica que su embarcación ha virado de popa, morirá el primero de los americanos. Y a cada minuto irá muriendo uno de ellos. Cambio.

Respuesta:

—Dentro de tres segundos, señor, uno de sus navíos va a estremecerse ligeramente. Será la explosión de la más pequeña de las cargas que hemos colocado bajo la línea de flotación, y no creo que les cause daño alguno. Pero, si un minuto más tarde, no recibo indicaciones de que los americanos van a ser dejados en el mar en un lanchón de salvamento, habrá otra explosión más fuerte, que quizá les produzca una vía de agua de escasa consideración. Finalmente, si tres minutos más tarde «no veo con mis propios ojos» el desembarco de esos catorce hombres americanos, procederé a la siguiente activación de otra carga, aún más poderosa. Tengo la esperanza de que ustedes prefieran sus dos navíos a catorce turistas americanos. Eso es todo, definitivamente. De manera que… cambio y fuera.

La comunicación quedó cortada. Todavía en el suelo, Michael Vray soltó una de sus impertinentes risitas… Y todavía estaba riendo cuando el navío se estremeció ligeramente, en un suave bamboleo brusco, inesperado… Aunque no del todo.

—Esa chica es un demonio —comentó Vray.

El oficial *viet* lo miró, desencajado el rostro. Alzó su brazo izquierdo para mirar el reloj. Si aquella mujer no los estaba engañando, dentro de un minuto explotaría otra carga más potente…

Exactamente a los sesenta segundos, ni uno más ni uno menos, el navío norvietnamita volvió a estremecerse, ahora con bastante más fuerza, en un brusco balanceo que casi derribó a los que ocupaban la sala de radio y control general.

La sirena de alarma comenzó a sonar en todo el navío. Por el tubo de comunicación directa con la cubierta sonó el zumbido de llamada, que atendió el oficial de la sala de control. Escuchó durante unos diez segundos, y luego, demudado, miró al oficial *viet* que dirigía el interrogatorio de los dos agentes de la CIA. Le dijo algo, rápidamente, y el oficial se demudó aún más…

—¿Alguna pequeña vía de agua, capitán? —sugirió Vray, sonriendo, mostrando su diente roto de un culatazo.

—Dos vías de agua, señor Vray… Tenemos una nosotros y otra el navío que nos acompaña, que está escorando. Nada peligroso, no se haga ilusiones. No serán liberados.

—Usted no sabe con quién está jugando, capitán… Si esa chica ha dicho que los dos navíos van a ser hundidos, es mejor que empiece a colocarse su chaleco salvavidas… Aunque no creo que los comandantes de estos dos barquitos estén dispuestos a correr ese riesgo… Yo no lo correría por doce miserables *viets*, desde luego…

* * *

—Un minuto —dijo Brigitte, tensa la voz.

—No los soltarán —musitó Andrei Bussailov.

Brigitte no contestó. Estaba mirando con los prismáticos hacia los lejanos navíos. Habían visto las dos explosiones, las altas columnas de agua que se habían alzado, una al costado de cada barco *viet*. De donde se desprendía que Alexei e Ivan habían sabido cumplir bien su parte.

—Minuto y medio —dijo Andrei.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Notaba la boca tan seca como si fuese toda ella de piedra. Había movimiento en la cubierta de ambos navíos, pero no conseguía ver a sus compatriotas…

—Dos minutos, Basilya.

Si no los soltaban, nada habría servido de nada. Es decir, les había arrebatado a los norvietnamitas el yate *Manhattan*, de modo que los modernos sistemas electrónicos del espionaje norteamericano seguirían siendo un secreto USA, pero… ¿valía aquello las vidas de cuatro agentes de la CIA y doce muchachos americanos?

—Dos y medio —murmuró Bussailov.

¡Dos minutos y medio! Si antes de treinta segundos, los americanos no aparecían en la borda de uno de los navíos, todo estaría perdido, porque ya no había más cargas colocadas bajo su línea de flotación. Ya no podría hacer nada más. Y entonces, inevitablemente, los *viets* comprenderían que ya nada tenían que temer, y por tanto no soltarían a los prisioneros…

—Faltan diez segundos para…

—Andrei… —exclamó de pronto la espía—. ¡Los van a soltar! ¡Están en la cubierta, en la borda…! ¡Están bajando un lanchón…! ¡Los americanos lo están abordando! Dos, tres… Seis… Ocho, nueve, diez… Doce… ¡Y catorce! ¡Los están soltando, Andrei!

—No puedo creerlo.

—¡Míralo tú mismo! —Brigitte le tendió los prismáticos, riendo nerviosamente—. ¡Míralo tú mismo, y convéncete! ¡Los están soltando!

Bussailov miró unos segundos con los prismáticos, los bajó y miró con amable sonrisa a Brigitte.

—¿Por qué tanta alegría, Basilya? Son solamente unos cuantos americanos, ¿no?

—Oh… Bien, sí, así es, Andrei… Pero ¿no comprendes? Nos vamos a quedar con ellos, podremos entregarlos a nuestros barcos que vienen de Vladivostok…

—¿Los aviso por la radio?

—Todavía no… Espera un poco… Y otra cosa, Andrei: nada de complicaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Para esos hombres, nosotros tenemos que ser americanos… ¿Lo entiendes?

—No veo el motivo. Los apresaremos, llamo a nuestros barcos…

—¡Tenemos que recoger todavía a otros!

—¿Más americanos? —entornó los ojos Andrei.

—Uno más, que está ciego… Din Peih lo tiene ahora, en una embarcación… En un *shampán*. Solo tenemos que volver, regresar hacia Nghi Xuan, y los encontraremos, fuera del límite marino de los norvietnamitas. Ese americano es uno de los que escaparon del yate… El otro fue muerto por Din Peih cuando los localizaron.

—Todo esto… es increíble… Tenemos a todos los americanos, menos a uno, que murió. ¿Y tú has dirigido todo esto, Basilya?

Ella le miró, sonriendo luminosamente.

—Espero que, al menos, se me perdone que haya tenido que volar el yate.

—Eso es cosa del Comité Director de la MVD, pero, si por mí fuese, estarías perdonada. ¿Crees que esos americanos sabrán construir los aparatos electrónicos que llevaba el yate?

—Seguramente… Ese debe de haber sido un proyecto importante del espionaje americano. No creo que hayan colocado a agentes cualquiera para manejar esos aparatos. Tienen que ser buenos expertos en la materia, forzosamente… ¿No te parece?

—Como siempre, tienes razón.

—Entonces, recuerda: para esos hombres, nosotros somos americanos.

—Bueno, toma tus prismáticos… Ya están en el mar, en el lanchón…

Y los navíos norvietnamitas siguen navegando, a toda máquina.

—¡Directos a Haiphong! —rio Brigitte—. ¡Directos a la base, para que les hagan un remiendo! Más de prisa ahora, Andrei… ¡Más de prisa!

—Muy bien.

* * *

Los doce muchachos americanos saltaron alborozadamente a la lancha. Por fin, se habían dado cuenta de su situación exacta en manos de los *viets*, y poder escapar de ellos era un excelente motivo para sentirse más que satisfechos. A medida que iban saltando a la veloz lancha del ruso Andrei Bussailov, iban abrazando a este, y a Brigitte, lanzando gritos y risas… Algunos de ellos se volvieron hacia los dos navíos que se perdían en la distancia, y lanzaron un

abucheo que fue coreado por los demás.

Brigitte también reía, repartiendo besos incansablemente… Y de pronto se encontró abrazando a un tipo con la cara llena de sangre, que al sonreír mostraba un diente roto, y que, desde luego, no perdía la ocasión de abrazar a tan sensacional jovencita, tomándose a broma aquello de saltar y reír, colaborando así a que la lancha estuviese a punto de volcar…

—¿Simón? —exclamó Brigitte.

—Uno de ellos, preciosa vietnamita. ¿Todo bien?

Brigitte se abrazó a él, fuertemente, besándolo… Y cuando su boca pasaba junto a una oreja del americano, musitó:

—Siga riendo…, pero el hombre que está conmigo es ruso.

Michael Vray continuó riendo y saltando, siguiendo la algazara de la docena de estudiantes americanos…

—¿Lo mato?

—Todavía no. Y quizá no sea necesario… ¡Oh, el otro marino turista!

Soltó a Vray y se lanzó en brazos de Foster Nash, mucho más serio y comedido…, pero no tanto como para rechazar los besos de aquella bella muchacha.

—El gigante rubio es ruso, Simón. Pero no haga nada.

—Bien…

Los muchachos americanos parecían una violenta marea inundando la lancha. Andrei Bussailov, mirando a Brigitte, sonreía, rodeado de los excitados jóvenes. Y sin dejar de sonreír, señaló hacia la costa.

Brigitte miró hacia allí y vio los pequeños puntos oscuros que se iban aproximando: lanchas rápidas norvietnamitas, que llegaban un poco tarde en su escolta a los dos navíos.

—Muchachos… ¡Muchachos! —Tuvo que gritar Brigitte—. ¡Hay que largarse de aquí a toda máquina! Tiéndanse en la cubierta, por si nos disparan… ¡Vamos, vamos, de prisa! ¡Se acercan lanchas *viets*!

Andrei estaba ya al volante de la lancha, que salió disparada mar adentro, mientras los universitarios americanos, formando ahora un compacto grupo, cogidos de los hombros, lanzaban un fuerte abucheo hacia las lanchas…

—¡Tiéndanse! —gritó Brigitte—. ¡Pueden disparar contra

nosotros de un momento a otro!

Fue como si hubiese dado la voz de «¡fuego!»… Un surtidor de agua brotó en el mar, por detrás de ellos, pero a más de quinientos pies. Luego, otro, y otro…

Los abucheos habían cesado bruscamente y los muchachos estaban tendidos en la cubierta, ahora silenciosos…

Pero la situación duró muy poco.

Apenas dos minutos. El tiempo que necesitaron los tripulantes de las lanchas perseguidoras para comprender que jamás podrían alcanzar la velocísima lancha de Andrei Bussailov, que se iba adentrando más y más en el mar…

—Muy bien, chicos… —Sonrió Brigitte—. Pueden seguir gritando ahora, si quieren.

Hubo un último abucheo general, hasta que Brigitte, riendo, ordenó que bajasen todos a la cámara inferior…

Nash y Vray se acercaron entonces tranquilamente a Andrei Bussailov. Vray fue el primero en tender su mano.

—Chócala, compañero. Yo soy Michael. Este es Foster.

El ruso soltó una mano del volante, aceptando el apretón.

—Hola… —Sonrió—. Habéis tenido suerte, según parece.

—Psé… Pareces muy modesto, amigo…

—Andrew Peppard… Andy, para vosotros.

—*Okay*, Andy. Habéis hecho un buen trabajo, tú y nuestra querida amiguita… ¿Quieres un cigarrillo «Made in Vietnam»?

—Bueno… —rio Bussailov—. Parece que no os han tratado mal del todo.

—De momento solo se habían metido conmigo… Aquel oficial *viet* me tomó ojeriza, chico. No lo siento por mi belleza, sino porque no podré comer la carne tan cómodamente como hasta ahora… ¿Verdad que no es mal tabaco?

—No… —Sonrió Bussailov—. No es malo. Lástima lo ocurrido con el yate, ¿no es cierto?

—Hombre, te diré… Yates como ese se pueden construir a cientos. En cambio, tipos como nosotros no se consiguen fácilmente.

—De acuerdo —rio Bussailov—. ¡Completamente de acuerdo! Pero no creo que tú sepas construir un yate igual.

—El yate, no… —Vray guiñó un ojo—. Pero sí sabría construir ciertos… pequeños detalles de ese yate. ¿*Okay*? ¿Tú me entiendes,

Andy?

—Te entiendo. Bien… Veamos qué decide ahora nuestra comandante en jefe…

Señaló a Brigitte, que estaba mirando con los prismáticos alrededor de la lancha, sin dejar de escrutar un solo punto del mar que estuviese al alcance de los prismáticos. Los bajó, sonriendo, y señaló mar adentro.

—Poco hay que hacer, Andy. Seguiremos navegando hasta rebasar las quince millas de la costa. Luego, hacia el sur, para…

—¡Eh, señor Vray! —llamó uno de los muchachos, apareciendo en cubierta—. ¡Vea qué cosa tan linda he encontrado!

Mostraba en alto el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Brigitte se apresuró a quitárselo de las manos, sonriendo, y señaló de nuevo la puerta de la cámara.

—Abajo… —ordenó dulcemente—. Y no salgan de allí hasta que yo les avise, jovencitos. ¿Está claro?

—Yo iré con ellos… —dijo Bussailov—. Esos muchachos necesitan que alguien los calme un poco.

—Buena idea… —aprobó Nash—. Yo te ayudaré a sosegarlos, Andy. ¿Vienes, Michael?

—Me gusta la brisa del mar. Luego bajaré.

—*Okay*.

En la cubierta quedaron solamente Brigitte y Vray, el cual se hizo cargo de los mandos de la lancha. Bussailov había sido el primero en descender a la cámara, y Nash aprovechó la ocasión para mirar a Brigitte y hacer un significativo gesto, pasándose un dedo índice por la garganta, y señalando luego la espalda del ruso. Brigitte movió la cabeza negativamente, haciendo con la mano una señal de espera, de paciencia.

—¿Por qué no? —musitó Vray.

—Esperemos, Simón.

—Esperar… ¿qué cosa? Él es un ruso, ¿no es cierto? Y no me diga que está de nuestra parte.

—No lo está. Pero no lo mataremos si puedo evitarlo.

—Es una broma, claro —sonrió fríamente Vray.

—No es ninguna broma, Simón. Él se llama Andrei Bussailov, o al menos ese el nombre que yo conozco. Y es un espía. Igual que nosotros, Simón. Está haciendo su trabajo, eso es todo.

—Bien… Esto basta para convencerme de que usted es Baby. Por el amor de Dios… ¿cómo ha logrado sacarnos de ahí?

—Con un poco de suerte.

—¡Claro! ¡Un poco de suerte…! —Michael Vray se echó a reír de buena gana—. Sensacional… Oiga, ¿qué pasa con su cara? Parece que se está… No sé… Desplegando, o algo así. Sus ojos ya no son tan oblicuos… Casi nada, en realidad. Oh, oh, demonios: estoy viendo el auténtico rostro de la agente Baby, poco a poco… Pero ¿no son sus ojos azules como el cielo de primavera?

—Llevo microlentillas.

—No me diga… ¿Y qué espera para quitárselas?

—Todo llegará, Simón.

—¿Sabe? Todos los chicos que conozco de la CIA se mueren por ver el rostro de Baby… ¿No ha recibido las cartas?

—¿Qué cartas?

—¡El montón que no hace mucho escribieron algunos de los muchachos, enviándolas a la Central pidiendo su mano!

—No… —rio Brigitte—. No las he recibido… ¿Estaba usted entre ellos, Simón?

—¡Naturalmente! Pero ahora, con un diente roto, la cara llena de sangre…

—Oh, soy una estúpida… Abajo hay un botiquín. Vaya a curarse, Simón. Yo llevaré la lancha, hasta que recojamos a nuestro compañero.

—¿Nuestro…? ¿También los ha encontrado a ellos?

—Los encontré a los dos. Pero solo uno regresará, Simón.

Vray dejó de sonreír. Se aclaró la voz y estuvo unos segundos mirando sombríamente hacia el mar.

—Creo… —musitó—, creo que iré a limpiarme esta sangre…

Capítulo XVIII

El *shampán* fue divisado casi media hora más tarde, navegando a una distancia ciertamente prudente de la costa, casi a veinte millas. Brigitte puso proa hacia allí, buscando el punto donde convergerían ambos.

De cuando en cuando miraba hacia atrás, hacia la puerta que llevaba a la cámara de la lancha. Pero allí solo se oían voces excitadas, bromas, risas…

Oyó abrirse esa puerta cuando el *shampán* estaba a menos de un cuarto de milla. Volvió la cabeza una vez más y vio la espesa nube de humo que brotaba de allí, envolviendo a Andrei Bussailov, que llevaba la metralleta en una mano y el rosario de granadas colocado en el cuello. Por un instante, la mirada de Brigitte se alteró en un destello de alarma. Pero, enseguida, vio a Nash y Vray saliendo detrás del ruso, cada uno con una pistola, y se tranquilizó.

—Bien… —comentó Andrei—. Ahí tenemos al último de la lista. No se puede pedir que una mujer haga más con tan escasas posibilidades de triunfo.

—¿Por qué tanta arma, Andy? —musitó Brigitte—. ¿Para qué quieres ahora esas granadas, y la metralleta?

—Bueno… Andy, Foster y yo hemos pensado que sería muy desagradable que en ese *shampán* nos llegase una sorpresa. De manera que… Es solo por si las moscas, querida.

—Está bien. ¿Quieres hacerte cargo de los mandos? Miraré con los prismáticos, a ver si son ellos, sin novedad.

Bussailov tomó el volante, sonriendo. Brigitte miró de reojo a Vray, cuya cabeza se veía ahora vendada; Vray no se movía de la espalda del ruso, manteniendo una distancia inteligente de seguridad.

Y su pistola no podía estar más firmemente dispuesta para el disparo. Foster Nash parecía desentenderse del ruso. Se colocó junto

a Brigitte, que estaba mirando hacia el *shampán*, cuyo exótico velamen había sido abatido, de modo que estaba deteniéndose.

—¿Son ellos, los que está esperando? —musitó Nash.

—Sí.

—¿Puedo… mirar?

—Desde luego.

El agente de la CIA tomó los prismáticos y los alzó, lentamente. Estaba un poco pálido. Brigitte le vio mirar, luego morderse los labios…

—Taddeus… —musitó Nash—. Hemos perdido a Taddeus…

—Kirk viene ciego, Simón. No sé si ya estaba enterado de esto…

El espía no contestó. Continuó mirando unos segundos, hasta que, realmente, los prismáticos eran poco menos que innecesarios.

—Supongo que siempre se pierde algo, en cada trabajo… —susurró—. Debemos… aceptarlo como cosa lógica, en nuestra profesión… ¿No es así?

—Sí. Pero no significa gran consuelo, Simón.

—Ni grande, ni pequeño. El buen Taddeus… Creo que era el mejor de todos nosotros… Excepto Michael, quizá. Casi diría…

Se calló mortificado.

—¿Qué diría, Simón?

—Yo… diría que Taddeus no servía para espía. Tenía… demasiado buen corazón, como suele decirse.

—Entonces, alegrémonos —tembló la voz de Brigitte—: Dios le habrá perdonado todos sus pecados.

Foster Nash se quedó mirando a aquella sorprendente mujer, cuyo rostro estaba perdiendo rápidamente todo el exotismo oriental; los párpados se estaban estirando, perdiendo la forma oblicua muy rápidamente. Por lo demás, y a excepción de los ojos negros, Brigitte Montfort en nada se parecía ya a una vietnamita. Sin duda, al haber tenido que nadar, hundiendo la cabeza bajo el agua, el proceso de recuperación de su piel hacia la posición normal se había acelerado…

—Sí, claro… Dios le habrá perdonado…

Desde el *shampán*, Din Peih estaba haciendo señas, con un brazo en alto.

Brigitte contestó del mismo modo, y señaló luego al agente Simón-Kirk, sentado en la cubierta, inmóvil, impávido.

—Será mejor que ayude a nuestro compañero a subir a la lancha, Simón.

—Por supuesto.

Andrei Bussailov había detenido ya el motor y la lancha llegó suavemente impulsada por la marcha anterior hasta colocarse junto al *shampán*. Nash saltó inmediatamente, seguido de Brigitte, y ambos fueron directamente hacia el ciego espía americano.

Nash puso una mano en el hombro de su compañero.

—Kirk…

—Foster… ¿Eres tú?

—Sí, Kirk. ¿Cómo… cómo estás…? Bueno, quiero decir…

—Estoy bien, Foster. ¿Y Mikky?

—Michael está bien. Los dos estamos bien, Kirk. Y los muchachos del yate… Todos bien…

—Taddeus está muerto.

—Lo sé, Kirk.

—Él… ¿Sabes, Foster?: ese… ese idiota de Tad dio la vida por un maldito ciego que…

—Cálmate. Todo pudo ser mucho peor, Kirk. Muchísimo peor…

—Lo sé. ¿Estamos todos presos, Foster, o…?

—Todos estamos libres.

—Pero no gracias a mí, no… Lo único que lamento, aparte de la muerte de Tad, es que no he podido ayudaros en nada. Escapé, pero no he sido capaz de ayudaros en nada, de hacer nada…

—No importa eso, Kirk. Todo está bien ahora. Ella lo arregló todo.

—¿Baby?

—Sí, Kirk.

—Bendita sea… ¿Dónde está ella ahora…?

—Aquí, Simón —musitó Brigitte, cogiéndole una mano. La de Kirk se crispó fuertemente en la de ella.

—Gracias… Gracias por todo, Baby…

—Oh, vamos, no tengo ganas de llorar ahora, Simón. Tampoco tenemos tiempo para perder, porque nos está esperando un submarino unas cuantas millas mar adentro.

—Quisiera agradecerle de algún modo lo que… ha hecho por nuestros compañeros. Puesto que yo no pude…

—Ya basta de esa vieja canción, Simón. Usted recobrará la vista,

esté seguro. Pero, además, recuerde que siempre, todo hombre, toda persona inteligente y bondadosa, encontrará el modo de salir adelante, no solo para sí mismo, sino en beneficio de los demás.

—¿Incluso un ciego?

—También un ciego, Simón. Todos podemos ser útiles en un momento dado. Y ahora, sin más palabrería, póngase en marcha hacia nuestra veloz embarcación. Ayúdelo, Simón, ¿quiere? Yo tengo que hablar todavía algo con Din Peih.

Los dos espías se dirigieron hacia la borda, ayudando Foster Nash al ciego. Allá les estaba esperando Andrei Bussailov, dispuesto a ayudarles, teniendo siempre a su espalda, y pistola en mano, al sarcástico Michael Vray, no poco perplejo por el comportamiento del agente ruso. Brigitte tendió la mano a Din Peih, y luego a los demás vietnamitas que había en el *shampán*. El último fue el viejo Chi Pen Dong, que sonreía de un modo extraño, solo con el brillo de sus astutos ojos negrísimos.

—Gracias a todos, Din Peih… A todos. Sé que esto no se paga con dinero, pero pediré a la CIA el envío de veinticinco mil dólares para que se los repartan… Si pueden ser más de veinticinco mil, mejor. Y, de todos modos, ocurra lo que ocurra, cuenten que siempre podrán disponer de mí, en todo momento.

Din Peih inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y ahora? —musitó.

—Seguiremos mar adentro. Espero que nuestro amigo haya conseguido ponerse en contacto con Saigón, de modo que hacia el mediodía aproximadamente, un submarino nos recogerá. Hemos perdido el yate, pero eso… es lo de menos.

—Usted lo ha hecho todo, Baby.

—Yo sola no habría logrado nada. Absolutamente nada. Ah, Din Peih, un último favor…

—El que sea.

—En la casa de Vinh quedó el cadáver de mi compañero. Si todo va bien por allí, y resulta posible, quisiera que lo enviasen, de un modo u otro, a Saigón, para que desde allá sea enviado a Estados Unidos.

Din Peih sonrió casi imperceptiblemente.

—Le pagaré a mi amigo más de tres mil quinientos dongs, y me quedaré el *shampán* unos cuantos días más. Seguramente…

intentaré llegar a cualquier playa de Vietnam del Sur.

—Gracias… De nuevo gracias, Din Peih. Y… adiós.

De nuevo estrechó las manos de todos. Regresó a la lancha, donde la estaban esperando expectantes, en silencio. Fue ayudada a subir, luego permaneció junto a la borda, viendo cómo se hinchaban al viento marino las rectangulares velas del *shampán*… Poco después agitaba por última vez la mano, correspondiendo al saludo de Din Peih.

—Bien… —Se volvió—. Creo que ahora solo nos queda estar muy atentos, esperando al submarino. Pero antes, Andrei, tengo una proposición que hacerte.

El ruso alzó las cejas, muy sorprendido, al parecer.

—¿Una proposición? ¿A mí?

—Sí, Andrei.

—Bueno… ¿Qué proposición es esa?

—Tu vida a cambio de tu ayuda… De la ayuda que me has prestado, Andrei.

—No sé si comprendo…

—Es fácil de comprender. Te estoy llamando Andrei, no Andy… ¿No lo habías notado? Mis compañeros ya saben que eres un agente de la MVD.

—¿Estás loca? Basilya, estás estropeando…

—No me llamo Basilya Cherkov, Andrei. Soy americana, y pertenezco a la CIA.

—Increíble… —Sonrió secamente Andrei Bussailov—. ¿Y quieres hacerme una proposición, tú, una espía americana? ¿Tú, la famosísima agente Baby, según he podido comprender, quieres hacer un trato conmigo?

—Así es, Andrei.

—Bien. Te escucho, americana.

—Los muchachos están abajo. Aquí solo estamos los profesionales del espionaje. Ellos, esa docena de chicos, nada saben de todo esto, del yate con sistemas modernos de espionaje electrónico… Cuando regresen a sus hogares, contarán lo ocurrido, Andrei. Pero, en ningún momento mencionarán a la CIA. Y si lo hacen, será para decir, con tono divertido y de gran aventurero, que los *viets* los confundieron con espías. La cosa les… divertirá a todos, ¿no crees?

—Es posible. Entiendo que esos muchachos no saben la verdad del yate, ni que sus profesores del yate son agentes de la CIA.

—Exactamente. Ellos, los doce, podrán decir, ciertamente, que los acusaron de espías…, pero a todos. A todos los americanos que iban en el yate. Naturalmente, la CIA negará del todo que mis cuatro compañeros sean agentes secretos. Asimismo, lo negarán, claro está, los mismos muchachos, con respecto a ellos…

—Espera… Tú lo que quieres es que nadie sepa que la CIA ha utilizado a una docena de jóvenes americanos para un proyecto nuevo de espionaje electrónico… ¿No es eso?

—Eso es exactamente, Andrei. Me alegra que me comprendas. Si volvemos todos, tranquilamente, lo más malo que ocurrirá será que tendremos que culpar a los norvietnamitas de… piratería turística. Negaremos que el yate estuvo en sus aguas jurisdiccionales, negaremos que en ese yate viajase espía alguno… Lo negaremos todo, en realidad… Y todo lo que quedará de este asunto será el… censurable comportamiento de los *viets* con unos turistas americanos, que fueron injustamente acusados de espías, maltratados, uno de ellos muerto…

—Toda la culpa para los *viets* —sonrió Bussailov.

—Exactamente, Andrei. Nadie debe saber, en ninguna parte del mundo, y especialmente en Estados Unidos, que la CIA ha utilizado a una docena de estudiantes. Cosa que yo deploro más que nadie, puedes creerme, y así lo haré constar en mi informe a la Central de la CIA. Sin embargo, las cosas son como son y, puesto que los muchachos están convencidos de que nadie de este yate pertenece a la CIA, y ni los *viets* ni nadie podrán probar lo contrario, yo tengo la obligación de… proteger el nombre y las actividades de la CIA, aunque, personalmente, no esté de acuerdo con ella.

—Todo está muy claro.

—Agradezco tu comprensión, Andrei.

—Solo una cosa me intriga: si no estás de acuerdo con la CIA, ¿por qué tú, nada menos que la agente Baby, aceptaste el trabajo de venir a Asia a recuperar el yate *Manhattan*?

—¿El yate *Manhattan*? —Casi rio Brigitte—. ¡Te aseguro que es en lo que menos he pensado, Andrei! ¡Al diablo el yate y sus aparatos electrónicos de espionaje! Ya fabricarán más, si quieren…, pero sin inocentes muchachos americanos engañados con el

pretexto de una vuelta de estudios al mundo. Ellos, y mis compañeros de la CIA, me impulsaron a venir a Asia. Ellos, Andrei. ¿El yate? Bueno, ya viste lo que hice con él.

—Muy bien, Baby. ¿Y ahora? ¿Cuál es ahora tu… oferta?

—Entrega esa metralleta, y las granadas. Tienes que quedar completamente desarmado, Andrei. Luego, cuando nosotros estemos ya abordando el submarino, estropearé tu radio y te dejaré libre. Podrás navegar hacia el punto que tú elijas.

—¿Me permitirías marchar, vivo, sabiendo quién eres y cómo eres…?

—Mi rostro no es todavía el de siempre, Andrei. Además…, el mundo es muy grande. Es posible que jamás volvamos a vernos. Vladivostok está muy lejos de Estados Unidos.

—No demasiado.

—¿Y bien? ¿Qué contestas?

—El caso es —sonrió Bussailov— que tengo todavía la metralleta y las granadas, agente Baby…

La voz de Michael Vray sonó tras el ruso, seca, áspera:

—Yo solo tengo una pistola, Andrei… Pero está apuntando a su espalda. Será mejor que aproveche esta oportunidad que le brinda Baby. Jamás en su vida le sucederá nada igual.

—Estoy de acuerdo. Pero…

—¡No se vuelva!

El ruso sonreía cada vez más ampliamente.

Y al mismo tiempo sus grises ojos iban adquiriendo una tonalidad dura, acerada, brillante.

De pronto, alzó la metralleta, apuntando al vientre de Brigitte.

—Vaya hacia popa, Baby. Vayan todos hacia popa… Clic, clic, clic…

El inconfundible sonido de una pistola funcionando sin balas hizo sonreír a Andrei Bussailov definitivamente de un modo frío, regocijado.

Se volvió hacia el estupefacto y pálido Michael Vray, que ahora miraba su arma, sin comprender.

—No se asombre, americano, no se asombre… No demasiado, al menos. Se creen que son los más listos del mundo, ¿no es así?

Brigitte también había palidecido, sobre todo cuando, tras apretar Foster Nash el gatillo de su pistola, volvió a oírse el clásico

«clic-clicclic» de arma descargada, de arma vacía…

—Parece… que no somos los más listos del mundo, Andrei —susurró.

—Puedes asegurarlo, Basilya… Oh, perdón: he querido decir Baby…

¿Qué creíste? ¿Que unas cuantas mentiras, unos besos, unos abrazos, eran suficiente? Andrei Bussailov es tonto, debiste pensar… Sí, un pobre tonto que se enamora de la bella Basilya Cherkov, la cual hace con él lo que quiere. Y luego, generosamente, le perdona la vida. ¿Así veías tú las cosas, Baby?

—No pensé que eras tonto, Andrei… Pero tampoco tan listo… ¿Cómo sospechaste de mí?

—Para ser sincero, te diré que al principio conseguiste engañarme. En realidad, me estuviste engañando hasta que salimos de la ciénaga, hacia el mar… Pero, al no volver Alexei, ni Ivan, comprendí que tú tenías algo que ver en ello. Habías ido con el viejo vietnamita, habías vuelto tranquilamente… En cambio, mis compañeros Alexei e Ivan no volvieron… A partir de ese momento, comprendí que tú estabas jugando tu propia baza. Y luego, algunos pequeños detalles que antes me había… esforzado en no concederles toda la importancia que tenían…

—Parece que hemos jugado astucia contra astucia, Andrei.

—Sí, eso parece. Y también parece que he ganado yo.

—Evidentemente, Andrei. ¿Cuándo descargaste las armas?

—Todas, menos la metralleta, naturalmente… Cuando estuve solo abajo, buscando la onda de radio de los navíos norvietnamitas. ¿Para qué tantas armas cargadas a bordo, Baby?

—Bien… Has ganado, simplemente. ¿Y ahora?

—Ahora, y puesto que también avisé a los dos escoltas que vienen de Vladivostok, solo tengo que ir a su encuentro. Es lo que vosotros llamáis «escapar de la sartén para caer al fuego». Os escapáis de los *viets* y vais a caer en manos de los rusos.

—Mala suerte… ¡Y yo que creí que te había engañado, Andrei!

—Pues ya ves que no. Ahora, tú bajarás a la cámara, y quedarás allí encerrada, con esos doce jovencitos americanos, tan ruidosos y estúpidos.

—¿Nosotros no? —musitó Vray.

—Ustedes, no. Ustedes tendrán que venir conmigo, a uno de los

barcos escolta rusos.

—No comprendo… ¿Acaso no hará lo mismo con todos?

—¿Para qué? La agente Baby no conoce los nuevos sistemas de espionaje electrónico. Ni tampoco los muchachos. Ustedes, sí. Los tres. Serán los únicos que vendrán conmigo.

—¿Y los demás? —preguntó Baby.

—Bueno… Quizá les parezca cruel mi decisión, pero… lo que no sirve debe… ser destruido.

Brigitte palideció intensamente.

—Andrei… ¿Vas a matar a doce muchachos que nada tienen que ver con esto?

—Digamos que la lancha saltará en pedazos, Baby. Doce muchachos, y tú harás el número trece. Mal número para los americanos. Ahora, ve abajo. Ya no más conversación. Oh, me olvidaba… Primero atarás muy bien a tus amigos. Vamos, vamos, de prisa…

—Andrei, no puedo creerlo… —gimió Brigitte—. Escucha, puedes matarme a mí, a nosotros… Somos espías, sabemos estas cosas… Yo ordené las muertes de Ivan y Alexei, y comprendo que quieras vengarlos. Lo entiendo, Andrei. Pero esos muchachos…

—Ya no quiero más conversación. Haz lo que te he dicho.

—No… no creí que… que fueses tan monstruoso, Andrei…

—¿Qué me importa a mí lo que tú creas? Los dos hemos estado jugando a mentiras, a besos y a sonrisas. Yo te he seguido el juego y he ganado. Eso es todo. Ahora, ata a…

—No, Andrei.

—¿Cómo?

Brigitte Montfort sonrió, de pronto. De aquel modo congelado, seco, que parecía petrificar sus ojos.

—Andrei, no vas a salirte con la tuya. Y te diré algo más: no llegarás jamás a Rusia. Mi decisión está tomada.

—¿Cuál decisión? —rio Bussailov.

—La de matarte.

—¿Estás loca? Con una sola ráfaga puedo partirte en mil pedazos…

—Ciertamente. Pero mientras tú te dedicas a eso, Andrei, mis compañeros van a saltar contra ti. No podrás con todos. Uno de nosotros te matará, te machacará la cabeza a golpes de pistola… No

sé lo que ocurrirá, pero te aseguro que esos doce muchachos van a volver a nuestra patria.

—Estás loca —palideció Bussailov.

—¿Eso crees? Muy bien: mira las expresiones de mi amigos… Míralas bien, Andrei, y dime si no te parece que ellos están de acuerdo conmigo. Podrás matarme a mí, quizás a otro más… Y el tercero te partirá la cabeza. Míralos bien, Andrei.

Bussailov desvió la mirada fugazmente hacia los tres espías americanos. El único que permanecía impasible era el ciego. El más serio, Foster Nash, parecía haber hundido las cejas hacia sus ojos, que brillaban intensamente. El sarcástico Michael Vray mostraba su diente roto en una simpática sonrisa.

El ruso se pasó la lengua por los labios.

—Bien… —Parpadeó, sobrecogido—. Puesto que así lo queréis…, veremos quién gana. Desde luego, no serás tú, agente Baby, porque…

—¡AHORA! —gritó el espía ciego.

Y guiado por la voz de Andrei Bussailov saltó velozmente contra él, con las manos por delante, gritando… Bussailov retrocedió vivamente un paso, sobresaltado, lívido… Apretó el disparador de la metralleta y la ráfaga alcanzó al agente Simón-Kirk en el pecho, deteniéndolo en seco, crispado, alzándose sobre las puntas de los pies, chillando, gritándoles a sus compañeros ferozmente que lo matasen…

Nash y Vray estaban en actitud de atacar, ya casi saltando, cuando el ruso se volvía hacia ellos, frenéticamente, moviendo expertamente la metralleta… Todos se movían con gran rapidez en la cubierta de la lancha.

Todos.

Pero, como siempre, Brigitte Montfort, alias Baby, dijo la última palabra… Como siempre, se movió más veloz que nadie. Su manita derecha se hundió entre los senos y salió empuñando la pistolita de cachas de madreperla, disparando ya, con aquella clarísima intuición de tiradora nata, incomparable…

Plop.

La bala dio en el hombro izquierdo de Andrei Bussailov cuando la segunda ráfaga brotaba de la metralleta, desviada en la última fracción de segundo por el brusco movimiento que hizo el ruso al

recibir la pequeña bala en el hombro… Y mientras las balas se perdían hacia el cielo azul para luego volver al mar, Andrei Bussailov, soltando la metralleta, caía por la borda, girando, gritando… Se hundió en el agua, mientras la lancha, dando bandazos, continuaba su veloz marcha, alejándose, saltando peligrosamente sobre el mar ligeramente picado.

Michael Vray se apresuró a recoger la metralleta, mientras Nash corría hacia los mandos de la lancha, deteniéndola. Brigitte se arrodilló junto a Simón-Kirk, que gemía débilmente, tendido en la cubierta, cara al cielo…

—Simón… —gimió—. Simón, muchacho…

Tenía todo el pecho lleno de sangre, pero aún pudo hablar:

—Baby, usted… tenía… razón en… en todo…

—No hable, Simón. Intentaremos…

—Es… inútil… todo… Pero yo… yo he conseguido… he conseguido ser,… ser útil a… mis… compañeros por… por fin…

—Más útil que nadie, Simón. ¡Mil veces más útil que yo misma, puede estar seguro! Usted… usted ha salvado la vida a todos los viajeros del *Manhattan*, a mí misma…

—Gra… gracias… —Sonrió el moribundo—. ¿Sabe…? Usted tenía… razón en… en…
to-todo
… ¡La… la estoy viendo… ahora! ¡La veo!

—Simón… ¿me está viendo? ¿Ha recuperado la vista? ¿Lo ha conseguido, Simón?

—La… la veo… muy bien, y veo… el cielo azul…
Ho-hola
, Mikky, Fos… Foster… ¿Estáis… bien…?

—Maldito loco… —gimió Vray—. ¡Pudiste hacerlo de otra manera!

—Os… estoy viendo… a los tres…, pero yo… yo creía que los… los ojos de Baby eran… eran como… como el cielo que… que tenemos…

Brigitte se humedeció rápidamente los dedos índice y tocó con las yemas las microlentillas de contacto, retirándolas y tirándolas al mar. Se soltó los negros cabellos y se pasó enérgicamente las manos por el rostro, borrando los últimos efectos de la pequeña operación de cirugía-maquillaje.

—Simón… ¿De qué color los ve ahora? ¿Los ve, Simón?

—Los veo… azules como… como el cielo… Yo… voy ahora a… a decirle a… a Taddeus que… que Baby es… es… es muy… muy bonita y… La más bonita… mundo… Tad comprenderá… muerto en misión de… no consta en archivo… CIA no… no conoce a… a Kirk Ma… Maloney… Taddeus… cielo… ojos…

—No hay nada que hacer —musitó roncamente Vray.

—… razón, Baby… hibido… ri-rigurosa… rigurosamente… es… esp… espiar…

Se quedó con los ojos abiertos, inmóvil de pronto su boca que apenas había podido susurrar las últimas palabras. Foster Nash adelantó una mano hacia los ojos de Simón-Kirk, pero Brigitte la detuvo suavemente.

—No, Simón. Déjelo que siga contemplando el cielo, mientras… mientras va… va hacia allí…

—Maldito cabezota… —Casi lloró Vray—. ¡Se salió con la suya de sernos útil, al fin!

Brigitte estuvo unos segundos contemplando los ojos de Kirk Maloney, alias Simón, muerto en acto de servicio, en favor de la CIA, que, si fuese requerida, negaría todo conocimiento del tal Kirk Maloney…

Miró de pronto la metralleta, en manos de Vray. Se la quitó, en silencio, y se puso en pie, acercándose a la borda, mirando hacia atrás. Vray comprendió, y fue a los mandos, poniendo de nuevo en marcha la lancha, virando…

Encontraron muy pronto a Andrei Bussailov, sosteniéndose con sus últimas energías, manchando de rojo el agua del Golfo de Tonkin, en el Mar del Sur de la China. Empezó a chillar, al ver que la lancha se acercaba, agitando su brazo sano, apareciendo y desapareciendo… Por fin, bajo el experto manejo de Simón-Vray, la lancha volvía a detenerse, ahora junto al espía ruso…

—¡Ayúdenme…! ¡La mano…! ¡Denme la mano! ¡Me voy a hundir si no me… ayudan…!

Vray y Nash miraban a la espía internacional, cuyo rostro no podía parecer más frío, más lívido, más desencajado. Siempre en silencio, la agente Baby sacó la metralleta por la borda y apuntó firmemente al pecho de Andrei Bussailov, cuyos ojos se desorbitaron de espanto.

—¡No! ¡Noooo…!

¡Tacataca-tacata-tacatac…!

Al principio pareció que el cadáver de Andrei Bussailov fuese a quedar flotando… Pero no. No. Se fue hacia el fondo, lleno de plomo, dejando encima una gran mancha roja, que se disolvía rápidamente en las verdiazules aguas del mar…

* * *

Cuando el último de los americanos había pasado ya al submarino, Baby acababa de escribir el cartelito, en visibles caracteres rusos, perfectamente legible. Pronto, dos escoltas rusos pasarían por allí, seguramente, y encontrarían la lancha.

Sí. Seguramente.

Y cuando la encontrasen, encontrarían también el cartelito, en perfecto ruso, que decía:

> LA CIA AGRADECE LA AYUDA RECIBIDA POR PARTE DE ANDREI BUSSAILOV, AGENTE DE LA MVD, CUYO CADÁVER ESTÁ EN EL FONDO DEL MAR. NOS ES GRATO DEVOLVERLES SU LANCHA.
>
> Firmado: *BABY*

* * *

El gran aparato tomó tierra felizmente en una de las pistas de la base aérea americana de Son Ton Nut, en Saigón. Al pie de las escalerillas esperaban media docena de hombres, impacientes. Empezaron a descender muchachos americanos; luego, dos hombres… Finalmente, una mujer, de largos cabellos negros, ojos grandes y azules…

El piloto se volvió hacia el joven copiloto que fumaba junto a él, impaciente, y tendió su mano diestra.

—*Okay*, Perry: cinco dólares.

—Espera… El avión que han enviado esta vez al portaaviones es

muy grande… Quizás aún esté ahí dentro…

—No seas bobo, muchacho. Aquella chica no volverá. Te lo dije. Son cinco dólares.

—Espera, hombre… Ahí viene esa chica de los ojos azules… Podemos preguntarle…

—Muy bien. Es tu última oportunidad.

Era cierto. La chica de los ojos azules se dirigía hacia ellos, al parecer directamente. Se plantó delante de los dos y sonrió dulcemente.

El joven copiloto abrió la boca, dispuesto a preguntar por la vietnamita que cuarenta y ocho horas antes le había entregado un cigarrillo apenas a medio fumar, para recogerlo a su vuelta…

—Hola, muchachos… —saludó la morena de los maravillosos ojos azules—. ¿Me guardaron el cigarrillo?

A punto de desmayarse de la sorpresa, el joven copiloto abrió el bolsillo de su camisa, sacó el aplastado cigarrillo con la punta ya quemada y lo tendió a la muchacha. Sí, aquella voz…, la voz de aquella muchacha…

—¿Me da fuego, simpático?

La mano del joven copiloto temblaba cuando ofreció la llamita de su encendedor.

—Gracias. Espero que no le haya causado muchas molestias guardarme el cigarrillo.

—No… No, yo no… Claro… No…

Pero aquella jovencita de los radiantes ojos azules se alejaba ya, sonriendo, fumando…

—Ro… Robert, creo… creo que me debes… cinco dólares.

Este es el final

—El señor Pitzer, señorita.

Brigitte cerró los ojos, desalentada ante el anuncio hecho por su fiel doncella Peggy.

—Oh, no…

Pero, fatalmente, Pitzer apareció en el saloncito, sonriendo ampliamente y, como siempre, lanzando exclamaciones de admiración:

—¡Éxito completo, Brigitte! ¡Todo ha…!

—No tan completo… —interrumpió la espía—. Oh, vamos, tío Charlie, ¿no podría usted dejarme en paz siquiera fuese un par de semanas? ¡Van a despedirme del *Morning News* si continuó así, siempre en danza por esos mundos…!

Pitzer no hizo el menor caso a esto, y se sentó junto a ella, desdoblando algunos periódicos enérgicamente.

—¿Ha leído los periódicos…?

—Escribo en uno, tío Charlie. Por Dios: ¿no sabe usted hablar de otra cosa que no sea espionaje o periódicos?

—Bueno… Solo quería leerle algunas cabeceras que demuestran lo limpiamente que la CIA ha resuelto el problema de esos estudiantes universitarios…

—¿La CIA? Vaya, qué divertido…

—Por cierto: ¿qué hay de esa parte de su informe respecto a que ha sido una cochinada de la CIA eso de enviar muchachos…? ¿Se da cuenta de que la Dirección General de la CIA en peso está ahora, todavía, leyendo ese informe suyo?

—No me echo atrás: eso ha sido otra de las cochinadas de la CIA. Y no admito discusiones. Si quieren reclamar, que vayan a buscarme a Rio de Janeiro.

—¿A…?

—A Rio de Janeiro. En castellano, Río de Enero… ¿No sabe que

el carnaval, ese carnaval famoso en todo el mundo, está a punto de empezar?

—Bueno, sí, pero… Oh, olvidaba que usted habla ahora también portugués… ¿Acabó de aprenderlo?

—Espero tomar unas cuantas lecciones en Río, tío Charlie. La última vez que estuve allí fueron muy amables, conmigo… ¡Y hasta me regalaron dos docenas de rosas rojas!

—¿De veras? —masculló Pitzer.

—Sí, sí… ¿Y quién cree que tuvo esa delicadeza?

—No sé… ¡Qué demonios sé yo de eso! ¡Usted solo me cuenta lo que quiere…!

—Fue ni más ni menos que el gobernador del estado de Guanabara.

—¿De veras? —repitió atónito Pitzer.

—¿Se cree que me paso la vida mintiendo, querido? También digo la verdad, de cuando en cuando. Ya ve: un gobernador me regala dos docenas de rosas rojas, y usted… ¡Bah! ¡Tacaño!

—Bueno, yo… ¿Realmente se va a Río?

—Realmente. Prometí volver para el carnaval más famoso del mundo. Y la agente Baby cumple siempre lo que promete…, mientras está viva, claro.

—Espero que no se meta allá en ningún lío —gruñó Pitzer.

—Oh, no… Le aseguro que durante mi estancia en tan maravilloso lugar, tendré bien presente que está prohibido rigurosamente espiar…

FIN

Notas

[1] Véase *El último tentáculo*, publicada en esta misma colección. <<

[2] Véase *Siempre surge la muerte*, de esta misma colección. < <